François Ansermet
Pierre Magistretti

Los enigmas del placer

Primera edición, 2011
Primera reimpresión, 2012

© Katz Editores
Benjamín Matienzo 1831-10ºD
1426-Buenos Aires
Calle del Barco Nº 40, 3º D
28004-Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *Les énigmes du plaisir*
© Odile Jacob, septiembre de 2010

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien de Culturesfrance, opérateur du Ministère Français des Affaires Etrangères, du Ministère Français de la Culture et de la Communication et du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo de Culturesfrance, operador del Ministerio Francés de Asuntos Extranjeros, del Ministerio Francés de la Cultura y de la Comunicación y del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en Argentina.

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français/Ministère français des affaires étrangères et européennes.

ISBN Argentina: 978-987-1566-61-7
ISBN España: 978-84-92946-37-2

1. Sociología de la Cultura. I. Magistretti, Pierre
II. Goldstein, Víctor, trad. III. Título
CDD 306

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España Romanyà Valls, S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: B-3764-2012

De los mismos autores

A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente,
Buenos Aires/Madrid, Katz editores, 2006

Otras obras de François Ansermet

Clinique de l'origine. L'enfant entre la médecine et la psychanalyse,
Lausana, 1999

Parentalité stérile et procréation médicalement assistée. Le dégel du devenir
(en colaboración con Claudia Mejía Quijano y Marc Germond),
Ramonville, Francia, 2006

Otras obras de Pierre Magistretti

De la synapse à l'image. Leçons inaugurales du Collège de France,
París, 2008

François Ansermet
Pierre Magistretti

Los enigmas del placer

Traducido por Víctor Goldstein

katz discusiones

Índice

7 Agradecimientos
9 Preámbulo. Elogio de lo insabido

15 1. El placer por Internet
Retorno sobre el malestar en la cultura
27 2. Los mercados de la pulsión
Estados somáticos y representaciones
37 3. El hombre devorado
Goce y displacer
41 4. La "isla" de la pulsión
Lecturas de los estados del cuerpo
59 5. De los pampers al fantasma
Del exceso de lo viviente a la representación
73 6. La cabeza en la bandeja
Placer, displacer y goce
85 7. El dragón bajo la cama
La compulsión a la repetición
97 8. La cara oculta del placer
Pulsión, compulsión y procesos oponentes
113 9. El cadáver en el bosque
Angustia
119 10. Las pecas
Más allá de la experiencia: la huella
135 11. La neurona de Jennifer Aniston
Más allá de la sinapsis: los conjuntos de neuronas

151 12. De Mitra a San Clemente
Determinado para no serlo
171 13. Un notable desconocido
¿Qué inconscientes?
185 14. Las partes inferiores del iceberg
El costo energético de lo viviente

201 Epílogo. La salida
205 Bibliografía

Agradecimientos

Quisiéramos expresar nuestros más profundos agradecimientos a Émile Pralong por su perseverancia en la transcripción de este manuscrito, a Cristina Calvo por su habilidad de bibliotecaria en la ubicación de las referencias y a Sylvain Lengacher por su disponibilidad y su eficacia en la preparación de las figuras.

Preámbulo
Elogio de lo insabido

El inconsciente sorprende, desconcierta. Cuando están reunidas todas las condiciones para un placer esperado, a menudo uno deja de interesarse en él. En ocasiones, también, el objeto del deseo, una vez alcanzado, no procura el placer esperado, sin duda porque el placer, finalmente, estaba más en el deseo que en el objeto: hay un placer en desear.

La vida está hecha de una inagotable profusión de malentendidos consigo mismo y no solamente con el otro. ¿Un desconocido decidiría en vez de nosotros, sin nosotros saberlo? Freud llamó a ese insabido *Unbewusst.* Así designa al inconsciente.[1] El inconsciente freudiano está habitado por una lógica ilógica que no deja de manifestarse. Sueño, lapsus, acto fallido, olvido, síntoma, nues-

1 Véanse los grandes textos de Freud sobre las formaciones del inconsciente: Freud, S., "L'interprétation du rêve" [1900], *Œuvres complètes*, París, PUF, 2004, vol. IV; Freud, S., *La Psychopathologie de la vie quotidienne* [1901], París, Gallimard, "Connaissance de l'inconscient", 1997; Freud, S., *Le Mot d'esprit et sa relation avec l'inconscient* [1905], París, Gallimard, "Connaissance de l'inconscient", 1988. Para la concepción de lo que Freud designa como su primera tópica (Inconsciente, Preconsciente, Consciente), véase la carta inaugural de Sigmund Freud a Wilhelm Fliess del 6 de diciembre de 1896; Freud, S., *La Naissance de la psychanalyse* [1895], París, PUF, 1956, pp. 153-160; véase también, entre otros textos metapsicológicos, Freud, S., "L'inconscient" [1915], *Métapsychologie*, París, Gallimard, col. "Idées", 1976, pp. 65-123. Para lo que designa como su segunda tópica (Yo, Ello, Superyó), véase Freud, S., "Le moi et le ça" [1923], *Essais de psychanalyse*, París, Petite Bibliothèque Payot, 1981.

tra vida a menudo está dominada por esas manifestaciones que nos sorprenden, más allá de los proyectos conscientes que creíamos dominar, pero que pueden ser perturbados desde esa otra escena que es el inconsciente, que se debe tener en cuenta.

Cuanto menos se quiere saber de las formaciones del inconsciente, cuanto más se rechaza ese saber insabido que entra en juego, cuanto más se reprime[2] lo que manifiesta el inconsciente, tanto más éste se impone, retorna. Frente a esta lógica, el placer deja de ser una brújula: un placer puede convertirse en un displacer, una tensión puede volverse un placer.

En el placer hay un equívoco: las cosas ocurren en dos escenas diferentes, que obedecen a lógicas distintas. La primera lógica, consciente, es secuencial, respeta las contradicciones, se resigna con las oposiciones, tiene en cuenta la realidad con la que se enfrenta; la otra, inconsciente, es instantánea, adimensional, ignora el tiempo.[3] Está directamente regulada por las exigencias inmediatas del placer, implica una escena fuertemente determinada por los estados del cuerpo: lo psíquico y lo somático se encuentran aquí anudados, por oposición a la escena de la lógica consciente en que el cuerpo, lo viviente, está más bien ausente y, si se manifiesta, se vuelve molesto.

En este libro veremos cómo la cuestión del placer puede resultar ambigua, incluso enigmática, según la lógica de una u otra escena. Lo que se puede enunciar de entrada es que el equívoco es consustancial al placer. El displacer se mezcla con el

2 Freud, S., "Le refoulement" [1915], *Métapsychologie*, *op. cit.*, pp. 45-63.

3 Freud designa este funcionamiento adimensional del inconsciente con el término de proceso primario, caracterizado por la ausencia de contradicción, la ausencia de negación, la atemporalidad, la no espacialidad, todos ellos sometidos –según su concepción en ese momento– al principio de placer sin consideración por la realidad; véase Freud, S., "L'inconscient", *Métapsychologie*, *op. cit.*, pp. 96-101.

placer. Este equívoco implica lo que la clínica nos presenta en lo cotidiano, a saber, un malestar del sujeto que nuestra sociedad contemporánea explota de múltiples maneras, abriendo el mercado de las promesas de felicidad. Y este malestar no es sólo el del sujeto sino, como Freud ya lo había señalado en 1929, en plena crisis del sistema financiero, el de la cultura.[4]

Lo que querríamos mostrar aquí es que las herramientas que tenemos a nuestra disposición para encarar la cuestión del enigma del placer, del malestar del sujeto y de la cultura, son insuficientes. Por un lado están las neurociencias llamadas cognitivas, o incluso afectivas, que realizaron notables avances por lo que respecta a los basamentos neuronales de los procesos cognitivos, como la memoria, la atención, las funciones ejecutivas, hasta de algunos procesos no conscientes cognitivos y emocionales. No obstante, estos abordajes, que se apoyan particularmente en protocolos de imagen cerebral y de neuropsicología, aplicados a colectivos de pacientes, extraen de ello promedios que terminan por instituir un sujeto ideal que, en sí mismo, anula la singularidad. Sin duda alguna, son útiles para describir procesos neuronales universales que hacen progresar el conocimiento, pero, paradójicamente, descartan al sujeto. De hecho definen una suerte de doble idealizado respecto del cual cada individuo está más o menos en falta. Del otro lado está el psicoanálisis, que no construye un individuo ideal, pero que pone a la teoría en posición de ideal y que, por ello, asume el riesgo de limitarse a interpretaciones preconcebidas, listas para usar para cada sujeto, más que recrearlas caso por caso. Sin embargo, para Freud el psicoanálisis no constituía un sistema cerrado,[5] sino que requería un

4 Freud, S., *Malaise dans la civilisation* [1929], París, PUF, 1971.

5 Para Freud, en efecto, el psicoanálisis no es ni una concepción del mundo ni un sistema terminado, cerrado: "Opino que el psicoanálisis es incapaz de crear una cosmovisión particular. No le hace falta; él forma parte de la

trabajo de investigación permanente, y no la repetición de una doctrina. Junto a su clínica, el psicoanálisis se desarrolla también en afinidad con otras disciplinas que le son conexas pero al mismo tiempo necesarias, entre las cuales está la biología.

Por supuesto, no se trata de hacer aquí la crítica general de una u otra disciplina. Las neurociencias hacen un aporte formidable al conocimiento del cerebro y el psicoanálisis al del psiquismo.[6] No obstante, nos parece que un camino diferente, precisamente aquel que por otra parte era el solicitado por Freud, se está abriendo en la actualidad:[7] un camino que tenga en cuenta los topes comunes a las dos disciplinas, alrededor del inconsciente como lo que hay de más humano y del estado del cuerpo que se traduce por la pulsión. Uno da paso a una biología de lo

---

ciencia y puede adherir a la cosmovisión científica. Pero ésta apenas merece ese grandilocuente nombre, pues no lo contempla todo, es demasiado incompleta, no pretende absolutismo ninguno ni formar un sistema", en Freud, S., "Sur une *Weltanschauung*" [1933], *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse*, París, Gallimard, 1984, p. 243 [trad. esp. cit.: "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. XXII, 1993, p. 168].

6 Sin embargo, podría integrarse el psicoanálisis para dar un nuevo marco a las cuestiones que subyacen a la investigación en neurociencias. A este respecto, obsérvese que Freud imaginó un lugar particular para el psicoanálisis entre la biología y el hecho psíquico, llamando la atención sobre "la vastísima mediación que el psicoanálisis establece entre la biología y la psicología", en Freud, S., "L'intérêt de la psychanalyse" [1913], *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1984, vol. I, p. 205 [trad. esp. cit.: " El interés por el psicoanálisis", *Obras completas*, vol. XIII, 1988, p. 185].

7 Freud, S., "Au-delà du principe de plaisir" [1920], *Essais de psychanalyse*, *op. cit.*, pp. 121-122: "Es probable que los defectos de nuestra descripción desaparecieran si en lugar de los términos psicológicos pudiéramos usar ya los fisiológicos o químicos. [...] La biología es verdaderamente un reino de posibilidades ilimitadas; tenemos que esperar de ella los esclarecimientos más sorprendentes y no podemos columbrar las respuestas que decenios más adelante dará a los interrogantes que le planteamos. Quizá las dé tales que derrumben todo nuestro artificial edificio de hipótesis" [trad. esp. cit.: "Más allá del principio del placer", *Obras completas*, vol. XVIII, 1993, p. 58].

insabido, el otro a los elementos propios de lo viviente que determinan el acto del sujeto. En este libro, por lo tanto, vamos a proponer lo que entendemos por inconsciente, en la interfaz de las neurociencias y del psicoanálisis, con el objeto de encarar las cuestiones enigmáticas del placer y el displacer que dan paso tanto a la creatividad como a la destructividad, las cuales, también, son lo propio de lo humano.

1
El placer por Internet
Retorno sobre el malestar en la cultura

> [...] el propósito de que el hombre sea dichoso
> no está contenido en el plan de la "Creación".
> **Sigmund Freud**, "El malestar en la cultura".[1]

¿Cómo definir el placer? El placer es lo más subjetivo que existe. Lo que es placer para uno no lo es para otro. No hay receta para el placer. Felizmente, tal vez. Por otra parte, Freud da del placer una definición por defecto. El placer sería primero una ausencia de displacer: y, debido a eso, el principio de placer freudiano es ante todo un principio de no displacer. El displacer, en cambio, es menos enigmático. Hasta se impone con demasiada insistencia. Como para esa mujer que frecuenta sitios de encuentros que le programan una felicidad garantizada. Ella comienza a intercambiar mensajes, se imagina a un compañero, pone en escena un encuentro. Construye escenarios, da un rostro a ese hombre que le responde, del que construye una identidad que corresponde a sus propios puntos de referencia imaginarios. No será como su marido, que no dejó de engañarla mientras le reprochaba su indiferencia. Tampoco como ese padre que, cuando ella era una joven adolescente, la embarcaba

1 Freud, S., *Malaise dans la civilisation* [1929], París, PUF, 1971, p. 20 [trad. esp. cit.: "El malestar en la cultura", *Obras completas*, vol. XXI, 1990, p. 76].

en demandas perversas de las que salía mortificada, con asco. Conoce el displacer hasta la náusea. Lo que ella quiere es construirse una vida distinta. Finalmente encuentra al hombre del sitio de Internet, y luego a varios otros. Cada vez vuelve a caer en un punto que pone nuevamente en juego su historia, de una forma o de otra. Apunta a un placer nuevo, pero que la remite a los caminos del displacer que tantas veces recorrió. Esta repetición del displacer hace cada vez más enigmática su búsqueda del placer.

Aquí se trata de un displacer individual. En ocasiones este proceso, que hace pasar de la búsqueda del placer a un displacer invasor, también puede involucrar a la cultura. Para ilustrar la complejidad de este fenómeno podría recordarse que Freud inicialmente había dado por título "La desgracia en la cultura" (*Unglück*) a su ensayo que finalmente será "El malestar en la cultura" (*Unbehagen*). La tendencia individual a la desgracia ¿participa en producir el malestar en la cultura? Esta cuestión puede parecer incongruente cuando se ve el estado de desasosiego del mundo contemporáneo. Pero, por otro lado, ¿sabemos qué es la felicidad? ¿Tiene que ver la felicidad con el placer? Se puede tener un placer en el displacer. Volveremos sobre esto. ¿Se puede tener una felicidad en la desgracia? Vemos que estas dos palabras, felicidad y placer, no expresan la misma noción. Por lo tanto, permanezcamos en la interrogación sobre el placer.

Si se pudiera elegir entre una puerta que conduce al placer y otra que conduce al displacer, ¿por qué la mayoría de los seres humanos se precipitarían hacia la del displacer, al tiempo que tienen la ilusión de ir hacia la del placer? El proyecto de placer no se sostiene, como con tanta frecuencia lo viven quienes adhieren a las promesas de los sitios de encuentros. ¿Por qué esa elección hacia el displacer, en la medida en que se pueda utilizar el término "elección" a propósito de algo que se juega de manera

inconsciente? ¿Habría una dicotomía entre lo que constituye nuestra satisfacción en el nivel consciente y lo que se juega en el nivel inconsciente? ¿Habría una tendencia inconsciente a encontrar una satisfacción paradójica en la insatisfacción, un placer en el displacer?

Fue esta misma pregunta la que llevó a Freud a considerar un *más allá del principio de placer*.[2] La vida psíquica no descansa en un simple principio de placer orientado por un mantenimiento fisiológico de una homeostasis que regula el retorno hacia un estado de equilibrio, como pensaba Freud al comienzo de su obra, antes de que los topes y los obstáculos de la clínica le revelasen ese más allá. La idea de un principio de placer que rige la vida psíquica pasa en Freud por la descarga de lo que él designaba como un exceso de excitación, en la fuente del displacer. Así, el principio de placer era para él lo que se podría designar hoy como un principio de homeostasis. También Lacan, al comienzo de su *Seminario*, concebía el cerebro como un órgano de homeostasis.[3] La clínica y lo que se manifiesta en la cultura llevan a comprobar la insuficiencia del principio de placer solo.

Freud plantea un más allá del principio de placer que no cesa de ir contra el bien de cada uno. Ese más allá invade la vida

2 Freud, S., "Au-delà du principe de plaisir" [1920], *Essais de psychanalyse*, París, Petite Bibliothèque Payot, 1981.

3 Como dice Lacan, "Freud partió de una concepción del sistema nervioso según la cual éste siempre tiende a volver a un punto de equilibrio. [...] Freud trató de edificar sobre esa base una teoría del funcionamiento del sistema nervioso, mostrando que el cerebro opera como órgano-amortiguador entre el hombre y la realidad, como órgano de homeostato", en Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro 11 [1954-1955]: *Le Moi dans la théorie de Freud et dans la technique de psychanalyse*, París, Seuil, 1978, p. 96 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 2: *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Barcelona/Buenos Aires/México, Paidós, 1986, p. 121].

psíquica. Está caracterizado por el exceso, la insatisfacción, la búsqueda compulsiva de un supuesto placer que puede resultar un displacer, que se manifiesta en forma de un malestar, individual o colectivo, que invade toda la escena. Freud llevará esta tendencia a ir contra el propio bien hasta postular una pulsión de muerte que descubrirá al cabo del más allá del principio de placer.[4] Para designar esta invasión antinómica al placer apuntado, Lacan, por su parte, propondrá el término de goce: el goce como lo que obliga al individuo a ir más allá de sus objetivos conscientes, que él supone persiguen el principio de placer. El goce pasa por el exceso, resulta del exceso, produce el exceso; es antinómico al placer.

Estas diferentes verificaciones pueden ser reducidas a una simple pregunta, que reaparecerá a todo lo largo de nuestro libro: ¿cómo es posible que lo que funciona para las regulaciones fisiológicas del cuerpo resulte ser tan disfuncional en la vida psíquica? ¿No será que no entró en el plan del hombre el propósito de ser feliz, como escribe Freud en *El malestar en la cultura*?[5] ¿Sería una especificidad del hombre la de ser, entre los seres vivos, el que perdió sus instrucciones de uso?

En efecto, en el animal impera una fuerte determinación genética. Sus comportamientos están determinados por el programa genético, que se manifiesta por el instinto. En el plano de las relaciones con el otro sexo, todo está así determinado en una coreografía precisa, común a todos los miembros de la es-

4 En esto, el goce en Lacan sería la libido más la pulsión de muerte, según la esclarecedora formulación de J. A. Miller en "Le programme de la psychanalyse", *Quarto*, 1989, 37-38, p. 122.

5 "Este [el principio del placer] [...] entra en querella con el mundo entero, con el macrocosmos tanto como con el microcosmos", en Freud, S., *Malaise dans la civilisation*, *op. cit.*, p. 20 [trad esp. cit.: "El malestar en la cultura", *Obras completas*, vol. XXI, 1990, p. 76].

pecie. Si se toman los amores del faisán y la hembra, su ballet amoroso está codificado, probablemente según una instrucción de uso totalmente determinada genéticamente; los compañeros tienen la instrucción de uso del sexo y de sus preliminares. Si, en cambio, se observa a una pareja humana, el espectáculo es, digamos, patético: cada uno está solo, arrebatado y desamparado, suspendido de lo que el otro piensa, llevado por algo que no domina, cuyo origen no conoce, una fuerza que en cierto modo le es ajena, que escapa a toda razón. Llamemos a esta fuerza por su nombre: es la pulsión, y de hecho no hay una instrucción de uso para canalizar la exigencia pulsional.[6] Sin embargo, esta ausencia de instrucciones de uso lleva en sí el germen de la libertad individual, de la singularidad, cada uno chapuceando a su manera para que la pulsión pueda finalmente descargarse.

En consecuencia, aquí se impone una distinción, aquella que diferencia radicalmente instinto y pulsión, que a menudo fueron utilizados de manera intercambiable. El instinto es un comportamiento surgido del programa genético, mientras que la pulsión es precisamente el producto de la insuficiencia de determinación genética (figura 1.1). Esta insuficiencia es lo que fuerza a cada uno de nosotros a inventarse, a escurrirse en medio de exigencias que lo desbordan. Cada uno se revela forzado a ser libre, y esta libertad le sirve y lo perjudica al mismo tiempo. Puede conducirlo tanto a la felicidad como a la desdicha, a la creatividad como a la destructividad. ¿No es ésta la esencia misma de la condición humana?

6 Tal vez sea una manera metafórica de retomar lo que entendía Lacan cuando decía que "no hay relación sexual", es decir, que no hay una escritura, una fórmula para la relación sexual.

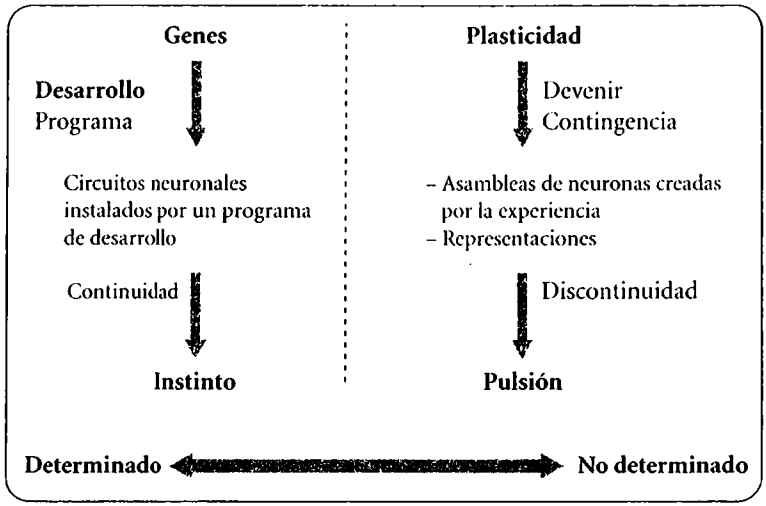


Figura 1.1. Distinción fundamental entre instinto y pulsión; uno deriva de un programa basado en el desarrollo (instinto) y la otra de la contingencia y la plasticidad (pulsión). Véanse también los capítulos 11 y 13 para las nociones de "asamblea de neuronas" y de "discontinuidad".

La cotidianidad de la clínica revela lo que no funciona, lo que no responde al programa. Hasta se podría decir que manifiesta las diversas maneras en que el sujeto padece la condición humana. La perplejidad frente a las exigencias pulsionales desempeña aquí un gran papel. Es lo que le ocurre por ejemplo al niño o al joven adolescente, desbordado por un goce que de pronto lo invade y que le resulta ajeno.[7] Fundamentalmente, la cría

7 Véase lo que decía de esto Lacan a propósito del pequeño Hans, embargado de perplejidad frente a la erección que presenta y que vive como ajena: "El goce que resultó de *Wiwimacher* le es ajeno, al punto de estar en el principio de su fobia", en Lacan, J., "Conférence à Genève sur le symptôme", *Le Bloc-Notes de la psychanalyse*, 1985, 5, p. 18.

humana viene al mundo sin saber cómo arreglárselas ni con lo viviente que lo constituye ni con el mundo que lo rodea.

Otros ejemplos nos lo suministra la vida de todos los días. Algunos muy triviales como la pasión por las baratijas. La publicidad y el marketing proponen una infinidad de objetos que pasan casi sin transición del estatus de objetos de codicia al de desechos. Es el caso del teléfono portátil, inmediatamente pasado de moda y que hay que cambiar a como dé lugar. Uno se encuentra en lista de espera para algo que poco después habrá de desechar. La promesa de felicidad a través del objeto sin embargo triunfa: sin esta prótesis uno sufre, está en falta. Una vez obtenido el objeto tan querido, éste pierde su valor ilusorio y se impone un nuevo objeto de recambio. El mercado sigue a las mil maravillas la lógica de esta compulsión: siempre hay algo faltante que nos atormenta. Nunca se accede a ese placer supuesto que se sustrae no bien se obtiene el objeto. Encontramos ese mecanismo de búsqueda compulsiva de un placer evanescente entre los toxicómanos. Por otra parte, existen toxicomanías sin sustancia, cuando se instala una dependencia a una conducta, como en la pasión del juego, el sexo compulsivo o cuando el uso de la Red se transforma en adicción. Trataremos más en detalle los aspectos neurobiológicos de este tipo de fenómenos en el capítulo 8.

En el centro de todas estas dependencias está la compulsión a reproducir al infinito, hasta el sinsentido, comportamientos que hacen espejear un placer que se sustrae. No sólo se sustrae, sino que ese comportamiento se erige en un sistema de goce en que el placer inevitablemente conduce al displacer, en que el placer es consustancial al displacer, en que placer y displacer están anudados de manera indisociable. Del mismo modo, los escenarios fantasmáticos, inconscientes, que se desarrollan sin nosotros saberlo, establecen una suerte de dependencia: el fantasma no deja de llevar al sujeto en una dirección contraria a su

bien; no deja de repetirse de manera compulsiva encerrándose cada vez más en la repetición. La cura analítica apunta a llevar más allá de ese encierro compulsivo. Su objetivo no es sólo apuntar al sentido, la comprensión de lo que con mejor o peor suerte se hizo al capricho de la vida de cada uno; sobre todo es desconectar al sujeto de ese sistema de goce constituido por el fantasma. En el fondo, el proyecto de un análisis es hacer de tal manera que, de ser esclavo del fantasma, cada uno pueda convertirse en un autor un poco más libre de su devenir. Y lo que está en juego no es solamente individual. Cada uno debe encontrar su propia respuesta (respuesta y responsabilidad tienen la misma etimología). Cada uno es responsable de su respuesta,[8] no sólo en el plano individual, sino también en el colectivo.

Por consiguiente, pasemos a los problemas colectivos, al malestar en la cultura. Encontramos en obra los mismos mecanismos, y pueden desembocar en los escenarios más aterradores, como las guerras o los fanatismos, que llevan consigo una destructividad sin límites. Lo que constituye el malestar es a la vez individual y colectivo. Por otra parte, lo que habita a un sujeto está iluminado por lo que se revela en lo colectivo: como decía Freud, toda psicología individual es al mismo tiempo colectiva.[9]

Entonces, ¿de dónde viene el mal? ¿Cuáles son las fuentes del mal, de la destructividad, de la violencia? ¿Por qué al hombre lo

8 "De nuestra posición de sujeto somos somos siempre responsables", en Lacan, J., "La science et la vérité" [1966], *Écrits*, París, Seuil, 1966, p. 858 [trad. esp. cit.: "La ciencia y la verdad", en *Escritos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, vol. 2, p. 816].

9 "[...] desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo", en Freud, S., "Psychologie des foules et analyse du moi" [1921], *Essais de psychanalyse*, *op. cit.*, p. 123 [trad. esp. cit.: "Psicología de las masas y análisis del yo", *Obras completas*, vol. XVIII, 1993, p. 67].

habita tal pasión por destruir, por destruir al otro, por destruirse? A menudo se piensa en incriminar a su parte animal, pero ningún animal es capaz de una destrucción comparable a las que produce el ser humano.[10] Hay una destructividad sin límites que nos es propia. ¿Cómo comprender la repetición de las guerras y los genocidios en un solo siglo tan cercano a nosotros, el XX, sin apelar a esa destructividad sin límites? Auschwitz, Srebrenica, Ruanda, la Argentina de los generales son nombres que erizan la piel; todos están ligados a atrocidades humanas. Nada de este orden se observa en el reino animal.

Ciertamente, la sociedad civil, la religión, las prohibiciones están presentes para taponar esa destructividad sin freno. Todas apuntan fundamentalmente a poner límites a la pulsión. Aquello que en el animal es intrínseco a los programas del instinto genéticamente determinado, en el ser humano debe ser instalado por la cultura. Legítimamente, pues, se puede oponer pulsión y cultura: del lado de la cultura está la ley, el superyó, la capacidad de soportar la frustración, la culpabilidad, el principio de realidad; finalmente, todo cuanto nos permite vivir en colectividad sin destruirnos.[11] La cultura se caracteriza por el precio que hay que pagar para alcanzarla. En esto ella es a la vez una solución y un problema.

¿Por qué la guerra? Ésta es la pregunta a la que Freud intenta dar respuesta en un intercambio epistolar con Einstein acerca de la Sociedad de Naciones. Allí enuncia la paradoja que se en-

10 Como escribe Lacan, refiriéndose a Baltasar Gracián en un capítulo de su *Criticón*: "[...] la ferocidad del hombre para con su semejante supera todo cuanto pueden los animales [...] ante la amenaza que representa para la naturaleza entera, hasta los carniceros retroceden horrorizados", en Lacan, J., "Fonctions de la psychanalyse en criminologie" [1956], *Écrits*, *op. cit.*, p. 147 [trad. esp. cit.: "Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología", en *Escritos*, *op. cit.*, vol. 1, p. 148].

11 Freud S., *Malaise dans la civilisation*, *op. cit.*

cuentra en la base de la violencia: el hombre se salva de su propia destrucción, de su propio desamparo, destruyendo al otro.[12] Ya que al comienzo es el desamparo, ligado con el carácter no acabado de la cría humana en su nacimiento. El desenlace de este desamparo implica al otro, al acto salvador del otro. A través de este acto, la cría humana recibe también todo cuanto lleva el otro consigo, es decir, la cultura y la civilización, con sus contradicciones, sus aspectos protectores, acogedores, salvadores, pero también potencialmente destructivos, invasores, parásitos, según los movimientos colectivos en los que quede atrapado; un padre y una madre, incluso cálidos y solícitos, pueden transmitir una cultura de segregación y exclusión del extranjero...

Lo hemos dicho, el malestar colectivo y el malestar individual se prolongan uno y otro como en la banda de Moebius, en una sola y misma cara. Es una dialéctica: el sujeto es modelado por el otro, por la cultura, está hecho por la historia que lo atraviesa; al mismo tiempo, por sus opciones, sus actos, participa en la historia, la suya y en cierta medida también la de los otros. La Boétie decía que cada individuo participa en crear al tirano que lo tiene bajo su yugo, en una servidumbre voluntaria.[13] En su camino, cada uno puede perderse, no querer su bien, caer en las trampas que él mismo se tiende.

Uno se encuentra en situación de pérdida frente al tiempo, al tiempo que uno pierde, al tiempo en el que uno se pierde. Lo que uno pensaba que iba a suceder demasiado temprano ha ocurrido demasiado tarde, uno nunca está a tiempo, siempre está al cos-

12 "El ser vivo preserva su propia vida destruyendo la ajena, por así decir", Freud, S., "Pourquoi la guerre?" (correspondencia con Albert Einstein en 1932, publicada por la Sociedad de Naciones en 1933), *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, vol. II, p. 211 [trad. esp. cit.: "¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)", *Obras completas*, vol. XXII, 1993, p. 194].

13 La Boétie, E. de, *Le Discours de la servitude volontaire*, París, Payot, 1976.

tado. Todo eso nos reduce a lo insoportable que nos constituye, a lo insoportable que generamos, para nosotros o para los otros. Algunos vuelven el malestar contra sí mismos, otros lo ponen en el exterior, lo exportan. Algunos sufren síntomas interiorizados, otros los ponen afuera. Actos destructivos de sí mismo: el suicidio; actos destructivos del otro, de todos: la violencia. Como quiera que sea, el malestar individual alcanza al malestar colectivo, al malestar en la cultura. Lo que está en juego, para cada uno y para la civilización, es salir de ese círculo vicioso.

2
Los mercados de la pulsión
Estados somáticos y representaciones

Todo está bien para este hombre. Él está ahí en su yate, en el Mediterráneo, con su mujer a la que ama, sus hijos de quienes está tan orgulloso y con quienes se entiende tan bien. Mira todo eso, pero un malestar lo invade. No saborea ese placer que la vida le ofrece. Está en un momento en que todo se halla a su disposición, en que todo le sale bien, pero el sentimiento que lo invade es primero el fastidio. No tiene placer, no puede saborear lo que está ahí ante sus ojos, piensa en su vida y la garganta se le cierra. Ni su mujer, ni sus hijos, ni ese escenario en el mar, ni esas vacaciones sin preocupaciones llegan a apaciguarlo, a satisfacerlo. Acaba de tener un éxito excepcional en un negocio. Su casa en la Costa lo espera. Y es el displacer lo que lo invade. Incluso en su cuerpo él está mal. Sin embargo, no está enfermo. No puede aprovechar lo que está ahí. Todo le parece exterior, vacío. Se siente afuera de lo que está viviendo. Todo está bien, pero él se siente mal.

¿Cómo es posible algo semejante? Volvemos a encontrarnos con la cuestión con la que tropieza Freud a propósito del principio de placer.[1] Algunos se encontrarían en un movimiento que los conduce no hacia el placer, sino, por el contrario, hacia un

1 Freud, S., "Au-delà du principe de plaisir" [1920], *Essais de psychanalyse*, París, Petite Bibliothèque Payot, 1981.

más allá, hacia el displacer. ¿Actuaría una fuerza contra el bien del sujeto? ¿Contra el placer? Retomemos brevemente los dos momentos opuestos de la concepción de Freud a propósito del placer, que ya hemos señalado en el capítulo precedente.

En un primer momento, Freud imaginó que la actividad psíquica del sujeto está ante todo regulada por el principio de placer:[2] el placer resultaría de la descarga de un exceso de excitación que hoy relacionaríamos con estados somáticos.[3] En ciertas situaciones, en particular en casos de desamparo, de traumatismo, esa compensación se rompe, y el placer no puede ser alcanzado. Es el *más allá del principio de placer*[4] freudiano: la evidencia de una compulsión a repetir experiencias desagradables, las cuestiones ligadas con el masoquismo, ciertas formas de resistencia al tratamiento psicoanalítico, esas reacciones terapéuticas negativas, donde cuanto más avanza el análisis, peor va el paciente.

¿Qué entiende Freud por el término "más allá"? El más allá freudiano –*jenseits*– significa del otro lado, en la otra orilla del placer. No es un más allá trascendente; por el contrario, es una línea de proximidad,[5] una proximidad entre el principio de placer

2 "La tendencia principal a que estos procesos primarios obedecen es fácil de discernir; se define como el principio de placer-displacer (o, más brevemente, el principio de placer)", en Freud, S., "Formulations sur les deux principes du cours des événements psychiques", 1911, *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1884, vol. I, p. 136 [trad. esp. cit.: "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico", *Obras completas*, vol. XII, 1993, p. 224].

3 Damasio, A. R., *L'erreur de Descartes: la raison des émotions*, París, Odile Jacob, 1994.

4 Un más allá del principio de placer que pone en entredicho el principio de placer: "[...] en verdad, es incorrecto hablar de un imperio del principio de placer sobre el decurso de los procesos anímicos", en Freud, S., "Au-delà du principe de plaisir", *op. cit.*, p. 52 [trad. esp. cit.: "Más allá del principio del placer", *Obras completas*, vol. XVIII, 1993, p. 9].

5 Assoun, P.-L., *Dictionnaire des œuvres psychanalytiques*, París, PUF, 2009, p. 221.

y su fracaso.[6] En cierto modo, pues, el psicoanálisis puede ser considerado como la ciencia del fracaso del principio de placer.

En consecuencia, algo va en contra del principio de placer. Freud empieza por pensar que es el principio de realidad,[7] es decir, la prueba de la realidad a la que cada uno se ve enfrentado: uno se enfrenta con el otro, con la sociedad, con los límites de la realidad que vienen a contrarrestar la obtención del placer. Pero Freud cambia de opinión, de óptica, remite el fracaso del principio de placer a otra cosa. Es entonces cuando concibe la existencia de otra vertiente del placer, un más allá del principio de placer, inconsciente. Tras haber postulado la existencia de procesos inconscientes que van en el sentido de una descarga de la excitación, siguiendo una línea de mayor pendiente destinada a disminuir el displacer, tras haber imaginado que el movimiento del inconsciente va primero hacia el placer, aquí lo tenemos frente a la evidencia clínica de la compulsión a la repetición, esa tendencia inconsciente a repetir acciones que desembocan en el displacer. Opta por la posición contraria: el inconsciente no es visto ya como correlativo a un equilibrio, sino como un "desarreglo constitutivo";[8] desarregla lo que está arreglado, trabaja contra el bien del sujeto; es "lo que no puede ser reabsorbido en la homeostasis del placer".[9]

El caso de ese hombre con el que se abría este capítulo dista de ser único. Hoy vivimos en una sociedad en la que predominan el displacer y la insatisfacción, incluso en aquellos que no están sometidos a una situación penosa, de displacer, en la rea-

6 Safouan, M., *L'Échec du principe de plaisir*, París, Seuil, 1979.

7 Freud, S., "Formulations sur les deux principes du cours des événements psychiques", *op. cit.*

8 Miller, G., "L'acte sexuel comme acte manqué", *Lacan*, París, Bordas, 1987, p. 88.

9 *Ibid.*, p. 89.

lidad. Este displacer inexplicable es el dolor de vivir, la depresión, la anhedonia, el hecho de no poder saborear lo que es, lo que uno tiene, lo que nos rodea. Es el hecho de buscar siempre algo distinto, en otra parte, de otro modo. ¿Cómo es posible que uno no pueda adueñarse de lo que ofrece el presente? Una gran cantidad de personas, en su vida cotidiana, se encuentran así en una suerte de errancia, en la espera, la falta, la decepción, la frustración. Consumen medicamentos, ansiolíticos, antidepresivos, y ese consumo termina por superar todas las incidencias conocidas de los trastornos ansiosos o de los trastornos del humor. Es sabido que en Francia una proporción muy importante, hasta un cuarto de la población,[10] consume medicamentos psicotrópicos para equilibrarse y al mismo tiempo dar socialmente la apariencia de vivir bien. Vivimos también una época en la que reina una suerte de obligación de aprovechar la vida, lo que refuerza todavía más ese displacer prominente. Las publicidades presentan esa exhortación a la felicidad como una coerción, como un criterio de éxito social o personal.

Cada uno sueña en lo que podría ser si no fuera lo que es. Esto lo ocupa en forma permanente. El otro siempre tiene más que él. El otro que él debería ser. El otro que él habría podido ser. El otro que, tal vez, un día sea él. Si él fuera el otro, por fin él sería él mismo. Mientras tanto, permanece sumido en una errancia, una carrera, una escalada. El mundo del consumo apuesta a ese displacer, con sus chucherías, sus objetos comerciales que son una promesa de placer sobre la base de una comprobación de displacer. Tal es la ley del mercado, que va hacia la producción de innumerables medios ilusorios de satisfacerse.

10 Lecadet, J., Vidal, P., Baris, B., Vallier, N., Fender, P., Allemand, H. y el grupo Médipath, "Médicaments psychotropes: consommation et pratiques de prescription en France métropolitaine: 1 - Données nationales, 2000", *Revue médicale de l'assurance-maladie*, 34, 2, 2003, pp. 75-84.

Una jornada a su disposición, ¿qué hacer? ¿Poner un disco, interrumpirlo, encender la televisión, cambiar de canal, tomar una revista, cambiarse de ropa, hacer una llamada, enviar un texto, abrir la computadora, volver a telefonear, salir, vagar por las calles, entrar en una tienda, comprar una prenda que no se necesita, encontrarse con alguien y no decirle nada, no escucharlo? Tal es el flujo en el que cada uno se ve tomado, en busca de sí, en busca de un placer inalcanzable, de un placer perdido, soñado y tanto más tiránico cuanto que es esperado. ¿Dónde está pues ese famoso principio de placer que debería reinar en la vida psíquica? En lo cotidiano, todo parece mostrar lo contrario: el placer es inalcanzable y el displacer, inevitable.

Y una vez más tropezamos con la misma pregunta: mientras que todo podría transcurrir tan bien siguiendo el plano biológico, fisiológico, hete aquí que en el plano psíquico algo se pone en marcha y nos lleva a trabajar contra nosotros mismos: pero ¿cómo es posible convertirse así en su mayor enemigo? ¿Por qué?

Hay algo en el plano psíquico que fracasa allí donde tiene éxito en el plano orgánico. Lo propio de los organismos vivientes es mantener un equilibrio, una homeostasis, una constancia del medio interior gracias a mecanismos de regulación propios de la fisiología.[11] Por ejemplo, los niveles de glucosa son mantenidos en límites muy fijos, incluso después de una comida copiosa, rica en azúcares. Si se hace un esfuerzo sostenido, el ritmo cardíaco se adapta de manera tal de suministrar suficiente sustrato energético a los órganos. Los mecanismos que apuntan al mantenimiento de la homeostasis y del equilibrio son totalmente operacionales en el cuerpo. Entonces, ¿por qué no en la vida psíquica? Una manera de soslayar la dificultad sería decir que

11 Magistretti, P., Ansermet, F., *Neurosciences et psychanalyse*, París, Odile Jacob/Collège de France, 2010, pp. 83-91.

cuerpo y espíritu están separados. Pero no es así. Este punto radicalmente dualista no corresponde a los datos de la neurofisiología. En efecto, el estado de nuestro cuerpo es detectado en forma permanente por nuestro cerebro a través de los circuitos neuronales llamados interoceptivos;[12] apreciaremos su importancia para la vida psíquica un poco más adelante, en el capítulo 4.

Los trabajos de William James,[13] el gran psicólogo bostoniano, identificaron claramente el papel central del estado del cuerpo en la producción de las emociones. James postula que la percepción de un acontecimiento, en particular cuando éste está emocionalmente cargado, trae aparejadas reacciones somáticas. Es una experiencia que todo el mundo conoce. Un perro que ladra de manera agresiva aparece de pronto en la esquina. Nuestro cuerpo responde: el ritmo cardíaco aumenta, el de la respiración también, las pupilas se dilatan. Una respuesta fisiológica del cuerpo ha acompañado la percepción de una situación de miedo. Según James, es más precisamente la puesta en relación entre el estado del cuerpo y la percepción lo que permite la producción de la emoción: en sí misma, la percepción es emocionalmente neutra, es el estado del cuerpo asociado a esta percepción lo que produce la connotación emotiva.

Pero esta puesta en resonancia del cuerpo puede hacerse también sin percepción: la reactivación de recuerdos, o incluso el hecho de imaginar una situación que evoque el miedo, basta para inducir modificaciones similares en el cuerpo. En efecto, hay en nuestro sistema nervioso todo tipo de huellas de estados somáticos activados por la experiencia. Imagine la llegada a su

12 Craig, A. D., "How do you feel – now? The anterior insula and human awareness", *Nature Reviews Neuroscience*, 10, 1, 2009, pp. 59-70.

13 James, W., *Précis de psychologie* [1890], París, Les Empêcheurs de penser en rond, 2003.

casa de un funcionario de Hacienda con miras a una rectificación impositiva. Sin duda alguna, usted tendrá una reacción somática. Cuerpo y cerebro tienen más puntos en contacto de lo que se podría creer.

Esta teoría de las emociones fue retomada y elaborada más profundamente por Antonio Damasio. En su tesis original de los "marcadores somáticos",[14] los estados del cuerpo no son solamente los elementos constitutivos de la vivencia de las emociones, también son los determinantes de la toma de decisión. La anticipación del estado somático en el que una persona se va a encontrar como consecuencia de una decisión determinará el acto de esa misma persona. Tomemos un ejemplo sencillo, sacado de lo cotidiano: tenemos que anunciar una mala noticia a alguien. Dos posibilidades: llamarlo por teléfono o enviarle un mail. En el primer caso, se experimenta cierta molestia en el cuerpo ante la idea de oír la voz de nuestro interlocutor y su reacción a la mala noticia; la segunda solución parece "somáticamente" más neutra, lo que nos lleva a tomar la decisión de escribir. El estado del cuerpo realmente entró en juego en la determinación de la acción. Las experiencias dejan huellas en nuestra red neuronal por los mecanismos de la plasticidad, y esas huellas, como mostramos en nuestro libro *A cada cual su cerebro*,[15] están asociadas con las del estado somático que desencadenó la experiencia de marras. Se establece así un lazo entre representación "R" de la experiencia y estados somáticos "S", de acuerdo con el punto de vista de Damasio y el de James.

14 Damasio, A. R., "The somatic marker hypothesis and the possible functions of the prefrontal cortex", *Philosophical transactions of the Royal Society of London, Series B, Biological science*, 351, 1346, 1996, pp. 1413-1420.

15 Ansermet, F., Magistretti, P., *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2006; véase también Magistretti, P., Ansermet, F., *Neurosciences et psychanalyse*, *op. cit.*

Esta interfaz entre lo somático y lo psíquico también está en el corazón de la teoría de la pulsión en Freud.[16]

Volvamos por un instante a la fisiología. Según los principios de la homeostasis, cuando un estado somático representa una desviación del estado fisiológico se ponen en juego algunos mecanismos para restablecer el equilibrio fisiológico. En la vertiente psíquica, el estado somático puede ser asociado a una representación.[17] En tales condiciones, por lo tanto, el equilibrio fisiológico puede ser restablecido también por la puesta en juego de una representación. Así, una representación puede tener una función de compensación fisiológica en el nivel somático. Esta compensación puede pasar por la puesta en juego de un acto o de un objeto ligados a la representación. En términos psicoanalíticos, es la definición misma de la pulsión la que tiende a descargarse a través de un acto o de un objeto, para alcanzar la satisfacción.

La teoría de los marcadores somáticos, en consecuencia, puede ser relacionada con la teoría de la pulsión. La anticipación del placer o del displacer que preside la toma de decisión, en el nivel consciente según Damasio, puede ser puesta en relación con la pulsión en el nivel inconsciente (figura 2.1). La homeostasis será restablecida por la puesta en acción del contenido de la representación asociada al estado somático; en términos freudianos, la descarga de la pulsión permite recuperar un estado anterior al de excitación.

16 Según Freud, en efecto, la pulsión es "un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático", en Freud, S., "Pulsions et destins des pulsions" [1915], *Métapsychologie*, París, Gallimard, col. "Idées", 1976, p. 18 [trad. esp. cit.: "Pulsiones y destinos de pulsión", *Obras completas*, vol. XIV, 2000, p. 117].

17 En efecto, la pulsión es considerada por Freud "como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma", *ibid.* [trad. esp. cit.: *ibid.*].

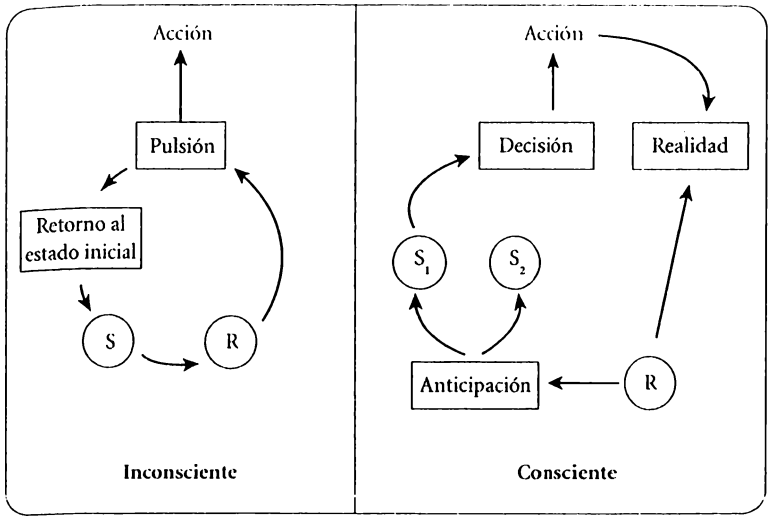


Figura 2.1. Correspondencia entre las nociones de pulsión (Freud) y de toma de decisión (Damasio). En ambos casos, los estados somáticos entran en juego de manera determinante (véase también figura 4.2).

En efecto, Freud identifica la fuente, el objeto, el objetivo y el impulso de la pulsión.[18] Su fuente está en un estado del cuerpo. Su objetivo apunta a la descarga, al restablecimiento de un equilibrio, en definitiva, a la realización de un estado homeostático. La pulsión debe cerrarse:[19] para que esto sea posible, es necesario que ella ponga en juego un objeto, gracias al cual pueda alcanzar su objetivo. Este objeto es lo que hay de más indiferente, pero es preciso que esté intrínsecamente ligado a la representa-

18 *Ibid.*, pp. 18-20.

19 "El ver [...] ser mirado [...] inserción de un nuevo sujeto, al que uno se muestra a fin de ser mirado por él", *ibid.*, p. 29 [trad. esp. cit.: *ibid.*, pp. 124-125]; véase también Lacan, sobre el cierre del circuito de la pulsión: Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro XI: *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse* [1964], París, Seuil, 1973, pp. 162-163.

ción R asociada con el estado somático S. Es precisamente por esta razón que se pueden proponer tantos objetos propicios para este fin. Cualquier objeto puede potencialmente convenir. Lo vimos con la baratija que logra infiltrarse de manera muy eficaz en esta operación. Cualquier objeto puede ser el que hace las veces del objeto de la pulsión, en la medida en que moviliza una representación que esté asociada a un estado somático. El mercado vive de la pulsión.

3
El hombre devorado
Goce y displacer

Eros persigue la meta de complicar la vida.
Sigmund Freud.[1]

¿Por qué con tanta frecuencia el displacer toma la delantera? Algunos hombres llegan en su historia a repetir cada vez el mismo obstáculo con una mujer. Van a separarse, hacer un nuevo encuentro que los conducirá al mismo punto. Alrededor de ellos se encontrará incluso que las mujeres con las cuales se unen se asemejan todas un poco. Todas esas mujeres, ¿serían equivalentes, a su manera de ver? Como decía Freud, citando a George Bernard Shaw, ¡"estar enamorado significa sobrestimar indebidamente la diferencia entre una mujer y otra mujer"![2] Y sin embargo, en este registro, las mujeres no tienen nada que enseñar a los hombres. Tomen la serie *Sex and the city*: la búsqueda del amor imposible, del hombre perfecto, del encuentro decisivo siempre desemboca en la insatisfacción. La cuestión es saber

1 Freud, S., "Le moi et le ça. Les deux espèces de pulsions" [1923], en *Essais de psychanalyse*, París, Petite Bibliothèque Payot, 1981, p. 282 [trad. esp. cit.: "Las dos clases de pulsiones", en "El yo y el ello", *Obras completas*, vol. XIX, 2000, p. 41].

2 Freud, S., "Psychologie des foules et analyse du moi" [1921], en *Essais de psychanalyse*, *op. cit.*, p. 238 [trad. esp. cit.: "Psicología de las masas y análisis del yo", en *Obras completas*, vol. XVIII, 1993, p. 133].

cuál es la satisfacción en juego en la repetición de los mismos obstáculos.

Hay situaciones en las cuales un displacer se encuentra en el punto más extremo del placer. Otro ejemplo: un banquero presenta una reorganización en una sucursal importante. Apenas repara en la joven colaboradora que le hizo una pregunta durante su exposición. Pero ella comienza a enviarle mails, y cada vez con mayor frecuencia, primero a propósito de puntos técnicos concernientes a su trabajo en el banco; luego, progresivamente, el contenido de sus mensajes comienza a cambiar, el tono se vuelve más personal, más sorprendente, más alusivo; cae en la seducción, casi en la provocación. Él responde, sin saber demasiado por qué; entra en el juego. Su correspondencia se vuelve más rápida y apremiante. El estilo se libera, roza lo íntimo. Él se siente apresado por ese modo de intercambio que no conocía. Los cuerpos, aunque separados, virtuales, entran en escena. Ahí lo tenemos, progresivamente desorientado, pasándose el tiempo ante su computadora, esperando las frases que aparecen y se suceden en la pantalla, que se encadenan, se mezclan, se yuxtaponen, se entrelazan. Como cuerpos. En adelante, los mensajes transmiten claramente un contenido erótico, y esto lo pone de cabeza. No piensa más que en eso, la quiere, está agarrado. Una pasión lo invade, lo sume en una realidad desconocida.

Ahí lo tenemos, sobrecogido de vértigo, haciendo equilibrio en una cuerda, sin poder explicar la pasión que lo llena y lo moviliza por completo. Ya no puede concentrarse en su trabajo. No piensa más que en ella. Y ella lo invita a encontrarse. Él se niega. Ella insiste. Un día toma el tren, se dirige a la casa de ella. En el umbral, sus cuerpos se estrechan, se abrazan. Se siente sumergido. Durante días se queda con ella. Durante meses, vuelve a tomar el tren. Su vida se desorganiza, se aísla de los suyos. Ya no sabe quién es. Esa pasión lo vuelve ajeno a sí mismo,

a los otros, a las cosas. Se ausenta de su trabajo. Se pierde. Para recuperarse, tiene que verla. Va hacia ella. Ella viene a él. Ella ya no lo suelta y él tampoco. Deja de dormir. Toma el auto en mitad de la noche. Viaja bajo la nieve, por rutas cubiertas de hielo, para encontrarla de mañana, cuando sus cuerpos se aprietan, durante horas, en un estado anormal.

Poco a poco, se agota. Lo aquejan las náuseas. Todo lo que lo vinculaba con su profesión, su familia, sus amigos, se va a la deriva. Todo se tambalea. Él se vuelca fuera de sí mismo. Su vida cotidiana se le vuelve ajena, y también su cuerpo. Esa pasión fuera de los límites disloca su vida. Ya no puede respetar sus compromisos, poner en orden sus asuntos. Le gustaría recuperar el equilibrio anterior, pero está absorto tanto por esa pasión como por esa mujer. Tiene la sensación de desaparecer en esa historia. Su cuerpo se deshace. Físicamente, está extenuado. Sus piernas ya no lo sostienen. Está sudoroso, vacilante, amoratado. Se imagina como un pordiosero, arrojado fuera de las fronteras del mundo común. Ya no existe, arrastrado como por un terremoto. Experimenta un displacer absoluto que nunca experimentó, descubre también los más fuertes goces de toda su vida. Esa mujer lo posee, lo incluye y, al mismo tiempo, lo desposee de él mismo; ella lo volvió dependiente, celoso, carente de dignidad. Placer, goce, displacer, destitución subjetiva: se disuelve. Esa pasión lo conduce al displacer. Se destruye toda posibilidad de estar en el mundo, incluso la posibilidad de hablar. En el límite de sus fuerzas, todavía tendrá el arranque de solicitar una consulta: para él es la última posibilidad de zafar, de salir de su desaparición, de volver, de acabar con el horror que encontró en el punto más extremo de lo que, un día, le pareció el placer supremo.

Por consiguiente, vemos que no se trata solamente de una relación entre placer y displacer, sino más bien de algo antinómico al placer: acaso justamente lo que Freud localizó como lo

que está más allá del principio de placer y que Lacan[3] tomó bajo el término de goce, en el que placer y displacer están anudados.

Como lo ilustra la historia de este hombre devorado por su pasión, por su goce, el sujeto está desbordado por estados del cuerpo sin significación, que lo invaden, que lo llevan fuera de él mismo. ¿Cómo es posible algo semejante? Encontramos aquí la cuestión del capítulo precedente, la del desfallecimiento de la homeostasis en un organismo sometido a las regulaciones fisiológicas. El más allá del principio de placer es un más allá de la fisiología. ¿Cómo explicarlo en el plano biológico? Es precisamente en esto en lo que Freud fracasó, y lo que lo llevó a suponer que los progresos que llevaría a cabo la biología en el futuro permitirían superar ese tope:

> Es probable que los defectos de nuestra descripción desaparecieran si en lugar de los términos psicológicos pudiéramos usar ya los fisiológicos o químicos. [...] La biología es verdaderamente un reino de posibilidades ilimitadas; tenemos que esperar de ella los esclarecimientos más sorprendentes y no podemos columbrar las respuestas que decenios más adelante dará a los interrogantes que le planteamos.[4]

¿Hemos llegado a ese punto que menciona Freud? ¿Puede la biología de hoy esclarecernos, permitir que revisitemos el *más allá del principio de placer*?

3 Lacan, J., Le Séminaire, Libro XX: *Encore* [1972-1973], París, Seuil, 1975.

4 Freud, S., "Au-delà du principe de plaisir" [1920], *Essais de psychanalyse*, *op. cit.*, pp. 121-122 [trad. esp. cit.: "Más allá del principio del placer", *Obras completas*, vol. XVIII, 1993, p. 58].

4
La "isla" de la pulsión
Lecturas de los estados del cuerpo

Como lo explicamos ampliamente en nuestra obra anterior, *A cada cual su cerebro*,[1] una experiencia está asociada a un estado somático (figura 4.1) –un marcador somático, como diría Damasio–[2] y nunca se insistirá lo suficiente en el papel central de los estados somáticos en la inscripción de la experiencia, la constitución de la realidad interna del sujeto y la toma de decisión (figura 4.2).

Así, recordemos que la experiencia está inscrita en la red neuronal por los mecanismos de la plasticidad. Estos mecanismos inducen modificaciones estructurales y funcionales que así constituyen huellas que codifican para las representaciones[3] y los estados somáticos asociados.

Pero ¿qué hay que entender precisamente por "estados somáticos"? ¿Cuáles son las vías neuronales que permiten detectarlos? ¿Cuáles los mecanismos neurobiológicos que entran en juego en la determinación de las acciones del sujeto? Todo organismo está

1 Ansermet, F., Magistretti, P., *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2006.

2 Damasio, A. R., *L'erreur de Descartes*, París, Odile Jacob, 1994; véase también Damasio, A. R., "The somatic marker hypothesis and the possible functions of the prefrontal cortex", *Philos. Trans. R. Soc. Lond. B. Biol. Sci.*, 351, 1346, 1996, pp. 1413-1420.

3 Estas nociones, ya tratadas en *A cada cual su cerebro*, serán retomadas también en los capítulos 10, 11 y 13.

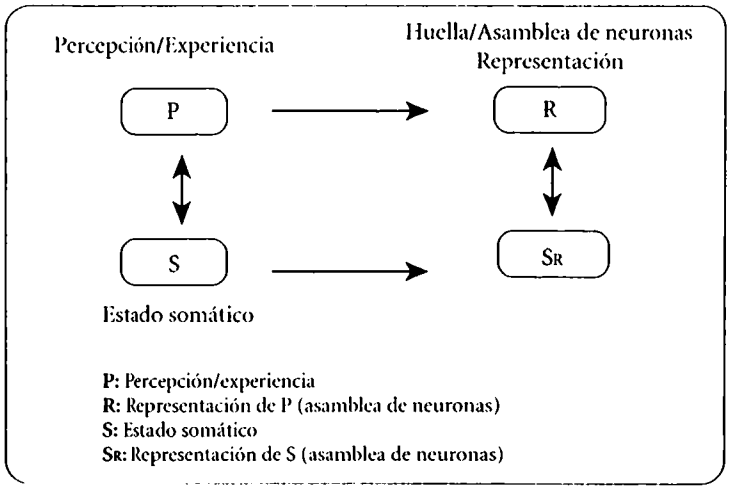


Figura 4.1. El estado somático S asociado a la percepción "marca" también la representación R.

expuesto a cada instante a estímulos que proceden tanto del medio exterior como de su propio cuerpo. Son los sistemas sensoriales *exteroceptivos* como la visión, el olfato, el gusto, el oído o el tacto los que permiten percibir los estímulos procedentes del mundo exterior. Los sistemas sensoriales *interoceptivos*,[4] por su parte, permiten percibir en forma permanente el estado general del cuerpo, el *Gemeingefühl* de los alemanes, informando al cerebro sobre el estado de las vísceras, de las glándulas y de los músculos. Mientras que el funcionamiento de los sistemas neuronales exteroceptivos fue estudiado en detalle desde hace más de un siglo, sólo recientemente el sistema interoceptivo llamó la atención de los neurobiólogos. Un abordaje importante fue realizado en particular gracias a los trabajos de Bud Craig en

4 Craig, A. D., "How do you feel – now? The anterior insula and human awareness", *Nature Reviews Neuroscience*, 10, 1, 2009, pp. 59-70.

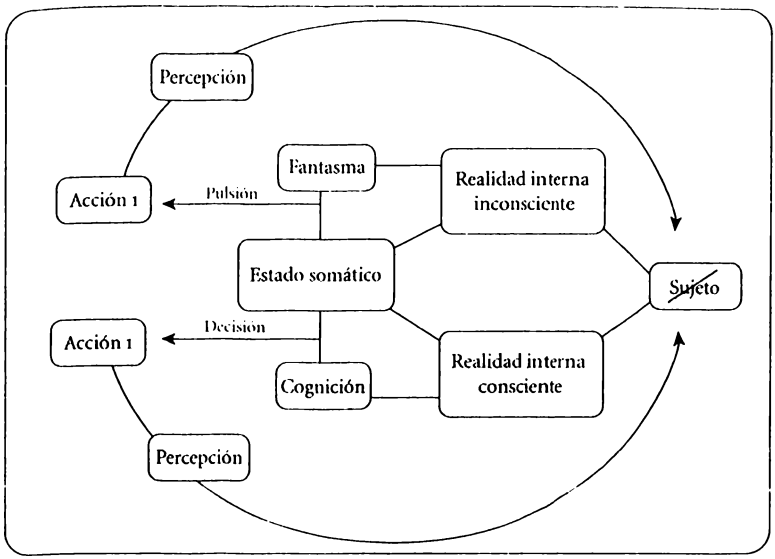


Figura 4.2. Por los mecanismos de la plasticidad se constituyen las realidades internas del sujeto, consciente e inconsciente, ambas asociadas a estados somáticos. De la tensión entre los estados somáticos y las representaciones que constituyen las realidades internas derivan la toma de decisión (en el nivel consciente) y la pulsión (en el nivel inconsciente). Las acciones producidas por estos dos procesos son igualmente percibidas por el sujeto.

Phoenix, Arizona.[5] Así, se sabe que esas vías interoceptivas transmiten la información desde las vísceras hacia la médula espinal, en la que penetran, como todas las fibras sensoriales, por la parte posterior (figura 4.3). Estas fibras son de pequeño diámetro y poco o nada mielinizadas; por lo tanto, conducen la información de manera relativamente lenta (de 0,1 a 1 metro/segundo), como

5 Craig, A. D., "Interoception: The sense of the physiological condition of the body", *Current Opinion in Neurobiology*, 13, 4, 2003, pp. 500-505.

las fibras de tipo A y C que transmiten la información dolorosa; a título comparativo, la velocidad de conducción de las fibras del tacto es de 10 a 50 metros/segundo. A partir de ese primer relevo en la médula espinal, las fibras interoceptivas cruzan, pasan a la vertiente anterior de la médula constituyendo un haz que hace de relevo en el nivel de núcleos del tronco cerebral y que en el hombre luego prosigue hacia el tálamo (figura 4.3). Desde ahí, se proyectan hacia una región específica del córtex cerebral llamada ínsula. Esta ínsula, suerte de "isla" que se encuentra en la cara interna de los lóbulos frontales, comprende dos partes: una anterior y la otra posterior.

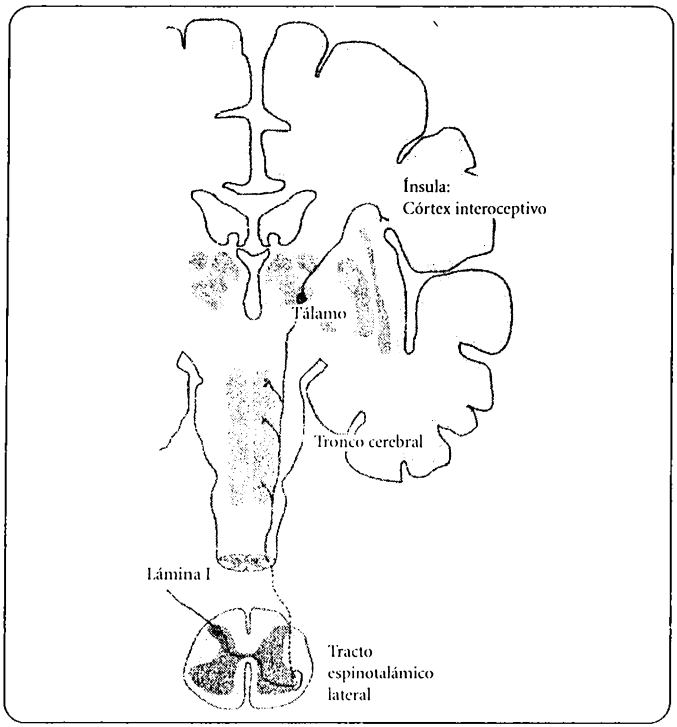


Figura 4.3. Vías interoceptivas.

Todas las informaciones sobre el estado fisiológico del cuerpo, incluido el de las vísceras, son así conducidas por ese sistema aferente homeostático hasta la parte posterior de la ínsula. Hay aquí una fuerte analogía con el sistema del tacto, que va de la piel a la región parietal del córtex y que transmite las informaciones procedentes del mundo exterior. No obstante, todavía no está claro si existe una representación de tipo somatotópica en el nivel de la ínsula posterior, es decir, una cartografía precisa por la cual cada parte del cuerpo estaría representada en una subregión, como existe una para el córtex somatosensorial parietal donde se proyectan las vías del tacto y en el cual se encuentra el famoso homúnculo de Penfield.[6]

Una primera función de este sistema interoceptivo es la de participar, con el sistema neurovegetativo, en el mantenimiento de la homeostasis, es decir, en la integridad del organismo. El mantenimiento de la temperatura corporal, el ajuste de la frecuencia cardíaca durante el esfuerzo, la liberación de enzimas en el nivel del intestino durante la digestión, el aporte de sangre a los cuerpos cavernosos del pene durante la excitación sexual, representan regulaciones fisiológicas fundamentales cuya ejecución es asegurada por la actividad coordinada de los sistemas simpático o parasimpático. El equilibrio entre estas dos divisiones del sistema neurovegetativo, que ejercen efectos opuestos, garantiza el mantenimiento de la homeostasis y el ajuste fisiológico de las funciones vitales del organismo.[7] Estos sistemas efectores, que tienen su origen en núcleos del tronco cerebral y en la parte lateral de la médula espinal, constituyen la rama motriz de un bucle reflejo cuya vertiente sensorial está representada por las vías interoceptivas (figura 4.4).

6 Bear, M., Paradiso, M. A., Connors, B. W., *Neuroscience: Exploring the brain*, 3ª ed., Filadelfia, Lippincott Williams & Wilkins, 2007.

7 *Ibid.*, p. 403.

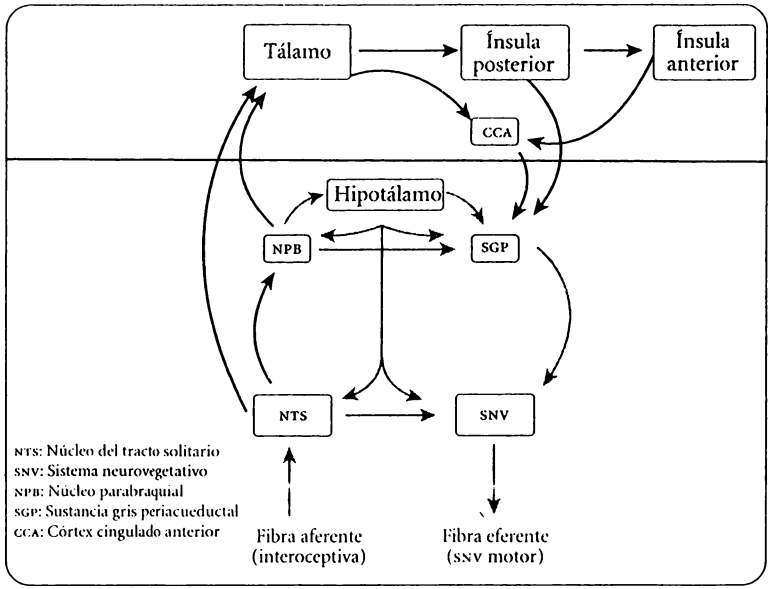


Figura 4.4. Esquema simplificado de las vías aferentes interoceptivas, que transmiten las informaciones sensoriales procedentes de las vísceras, y de las vías eferentes del sistema neurovegetativo (motrices), que modifican el estado somático actuando sobre las vísceras. El hipotálamo participa igualmente en estos bucles sensoriomotores que contribuyen a mantener la homeostasis. Estos bucles (flechas grises), que en la figura se ubican por debajo de la línea transversal, funcionan esencialmente de manera refleja. Entre los primates superiores y en particular en el humano, estos bucles reguladores (flechas negras) se extienden al tálamo, a la ínsula y al córtex cingulado anterior (vías por encima de la línea transversal en la figura). Esta extensión implica una mentalización de las regulaciones homeostáticas.

Este bucle sensoriomotor (figura 4.4) permite así ajustes fisiológicos reflejos con un enfoque homeostático.

Un nivel funcionalmente importante de este bucle es el tronco cerebral donde, como acabamos de verlo, las vías interoceptivas

activan los núcleos del sistema neurovegetativo motor presentes en esta región del sistema nervioso. También existen algunas conexiones recíprocas entre estos centros del tronco cerebral y otra región del cerebro implicada en las regulaciones endocrinianas que contribuyen al mantenimiento de la homeostasis: el hipotálamo (figura 4.4). Las vías interoceptivas también hacen sinapsis con las neuronas del sistema neurovegetativo en otros niveles, sobre todo el de la parte lateral de la médula espinal.[8]

Así, existen mecanismos que podrían calificarse de automáticos para el mantenimiento de la homeostasis cuyos elementos están restringidos a los niveles más primitivos del sistema nervioso –médula espinal, tronco cerebral e hipotálamo– que no comprometen a los centros superiores como el córtex cerebral (figura 4.4). Pero el mantenimiento de la integridad del organismo no sólo pone en juego estas regulaciones reflejas, también implica comportamientos más o menos complejos para los cuales las regiones cerebrales comprometidas en las funciones ejecutivas, como el córtex frontal, son movilizadas. Piénsese en la búsqueda de alimento –la caza en el hombre primitivo o las compras en el supermercado entre nuestros contemporáneos– o en la búsqueda de un compañero sexual, sobre la base de una relación amorosa o mercantil: tanto en uno como en otro caso, el sujeto debe producir determinados actos, y el motor energético de estos actos va a descansar en la motivación, la anticipación del placer o de la recompensa –fenómenos más bien de orden consciente– y, en un nivel inconsciente, en la pulsión.

El sistema interoceptivo, por su parte, transmite informaciones referentes al estado fisiológico del cuerpo hasta la ínsula posterior. Ésta es conectada a regiones que subyacen a las funciones

8 Craig, A. D., "How do you feel – now? The anterior insula and human awareness", *op. cit.*

ejecutivas como el córtex cingulado anterior o el núcleo accumbens para los mecanismos de recompensa.[9] Es interesante observar que la extensión de las vías interoceptivas más allá del tronco cerebral y del hipotálamo hasta el nivel cortical representado por la ínsula es una característica de los primates, característica particularmente acentuada en el ser humano (figura 4.4). En las otras especies, esas vías interoceptivas, en efecto, se limitan a las regiones subcorticales implicadas en las regulaciones de tipo homeostático reflejo y no presentan más que algunas proyecciones difusas hacia las regiones anteriores del cerebro, sin pasar por los niveles de integración de la información que son el tálamo y la ínsula.[10] En otras palabras, entre los primates existe una representación del estado fisiológico del cuerpo en la ínsula (posterior y dorsal) que está conectada con otras regiones implicadas en los comportamientos motivados (figura 4.5); en las otras especies, en cambio, la integración se hace en cuanto a lo esencial en el nivel del tronco cerebral, lo que implica respuestas homeostáticas motrices de tipo reflejo.

Hay que insistir en la unicidad de la vía interoceptiva que inviste la ínsula en el ser humano y, en un grado menor, en el mono, pero no en las otras especies.[11] Esta vía permite constituir una representación del estado fisiológico del cuerpo. Entre los animales que no poseen más que los rudimentos de esta vía, las aferencias interoceptivas intermedian directamente con núcleos del sistema neurovegetativo en el tronco cerebral, núcleos motores que gobiernan las regulaciones homeostáticas, en un modo automático, mediante el sistema neurovegetativo efector o bucles neuroendo-

9 Bear, M., Paradiso, M. A., Connors, B. W., *Neuroscience: Exploring the brain*, *op. cit.*

10 Craig, A. D., "How do you feel – now? The anterior insula and human awareness", *op. cit.*

11 *Ibid.*, pp. 490-497.

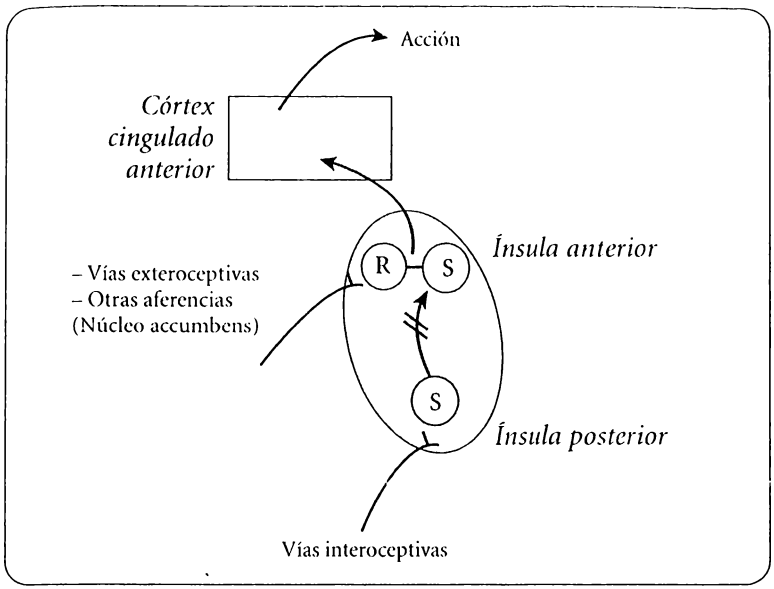


Figura 4.5. Relaciones entre la ínsula posterior (representaciones primarias de los estados somáticos), la ínsula anterior (re-representaciones que integran informaciones exteroceptivas y aferencias procedentes de sistemas implicados en la motivación como el núcleo accumbens) y el córtex cingulado anterior (funciones ejecutivas).

crinianos. En esos animales, la homeostasis es restablecida de manera refleja, sin mentalización, podría decirse. En el ser humano, en cambio, las informaciones procedentes del cuerpo constituyen representaciones primarias en la ínsula posterior que están asociadas a otras en re-representaciones secundarias, abriendo así un modo de regulación más libre que escapa a los automatismos y a los reflejos propios de las especies inferiores (figura 4.5).

Pero volvamos a la ínsula. Según Craig, en el nivel de ese córtex interoceptivo que es la ínsula, la representación primaria del estado fisiológico del cuerpo en un momento dado se haría en el nivel posterior, luego integraría la información vehiculizada por afe-

rencias procedentes de otras áreas sensoriales en el nivel de la ínsula anterior para desembocar en una re-representación del estado somático, esta vez contextualizada con el conjunto de las informaciones sensoriales (percepciones) disponibles en un momento dado (figura 4.5).[12] Es así como las percepciones procedentes del mundo exterior mediante vías sensoriales exteroceptivas estarían integradas a la percepción del estado somático vehiculizado por las vías interoceptivas en el nivel de la ínsula anterior.

Este tipo de integración, por otra parte, es análoga a la de las áreas sensoriales exteroceptivas (por ejemplo, el tacto o la visión), en cuyo nivel se produce una primera representación del estímulo en el área sensorial primaria y luego es integrada a otras informaciones en el nivel de áreas sensoriales secundarias que permiten contextualizar la significación del estímulo primario.

De manera totalmente sorprendente, encontramos en estos datos recientes de la neurobiología un sustrato anatómico y funcional que apoya las conceptualizaciones propuestas por James en su teoría de las emociones[13] y por Damasio en su teoría de los marcadores somáticos. Las asociaciones iniciales entre percepción y estado somático, sobre todo si tienen relación con una situación emocionalmente cargada, se inscriben en las redes neuronales de la ínsula anterior por los mecanismos de la plasticidad. Es así como es posible reproducir un estado somático reactivando el recuerdo de una situación dada. Usted no tiene más que volver a pensar en una interacción conflictiva reciente con uno de sus colegas de trabajo para experimentar una sensación somática desagradable. Esta posibilidad de reactivar la representación de un estado somático, el *as if loop* de Damasio, desempeña un papel esencial en

12 Craig, A. D., "How do you feel – now? The anterior insula and human awareness", *op. cit.*

13 James, W., *The principles of psychology* [1890], Nueva York, Dover, 1950.

la teoría de los marcadores somáticos como determinante de la toma de decisión. Repitamos el elemento importante que aporta esta teoría: la anticipación del estado somático en el que uno va a encontrarse al efectuar un acto que es más que todo determinante. Tomamos la decisión por la cual anticipamos el estado somático más agradable o, en su defecto, el menos desagradable.

La consideración de la anatomía funcional de la ínsula desde el punto de vista de la teoría psicoanalítica reserva aperturas sorprendentes que justifican el hecho de llamarla "isla de la pulsión". Si el ser viviente o, mejor, la exigencia del ser viviente, el *Lebensnot*, debe poder descargarse, si realmente hay una exigencia de homeostasis que apunta al mantenimiento de la integridad del organismo, entonces sin duda es del lado de la pulsión, concepto límite en Freud entre lo somático y lo psíquico, donde hay que ir a ver.[14] Máxime cuando el mismo Freud propone la existencia de una primera representación de lo viviente, lo que correspondería al estado fisiológico del cuerpo, que él llama *Vorstellung*, la que luego es objeto de una segunda representación, o sea, de una re-representación, para la cual propone el término *Vorstellungsrepräsentanz*,[15] traducido en nuestro idioma por "representante de la representación". En la óptica de Freud, la *Vorstellungsrepräsentanz* es una suerte de "embajador" que representa a lo viviente en el sentido de un diplomático que representa a su país en sus interacciones con el "extranjero".[16]

Los datos neurobiológicos actuales atestiguan la existencia de una re-representación en la ínsula anterior del estado somático

14 Freud, S., "Pulsions et destins des pulsions" [1915], en *Métapsychologie*, París, Gallimard, col. "Idées", 1976, p. 18.

15 Freud, S., "L'inconscient" [1915], en *Métapsychologie*, *op. cit.*

16 Lacan, J., "Sur l'ambassadeur de la pulsion", en *Le Séminaire*, Libro XI: *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse* [1964], París, Seuil, 1973, pp. 200-201.

inicialmente representado en el nivel de la ínsula posterior. En el caso de la ínsula anterior, el "extranjero" no sería otro sino el conjunto de las representaciones de las otras modalidades sensoriales exteroceptivas que contextualizan y se asocian con el "representante" del estado somático detectado por las vías interoceptivas. La ínsula anterior sería así el sitio de integración de las representaciones de la experiencia sensorial vivida e inscrita por los mecanismos de la plasticidad con las re-representaciones de los estados somáticos asociados (figura 4.6). Insistimos: no se trata de ver aquí un proceso únicamente en términos de localización, sino más bien como una dinámica que introduce dos niveles discontinuos en los procesos de representación. Lo que es importante no es necesariamente la localización, sino la existencia de dos niveles discontinuos en los procesos de representación.

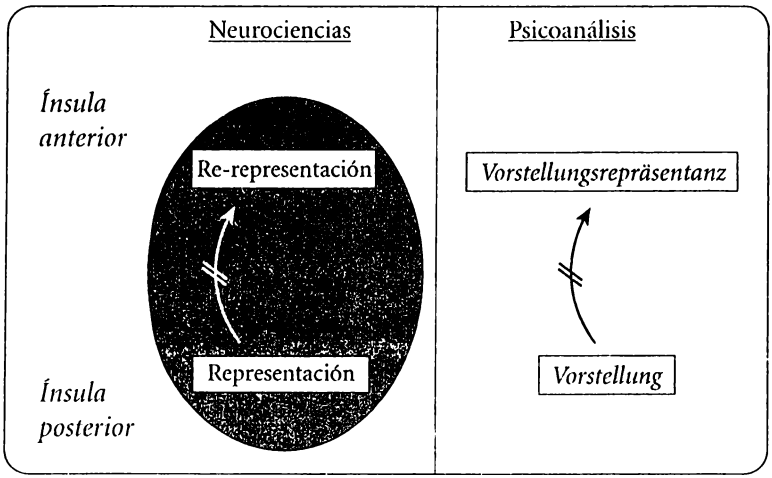


Figura 4.6. Proposición de correspondencia entre, por un lado, representación (ínsula posterior) y re-representación (ínsula anterior) (neurobiología) y, por otro lado, *Vorstellung* y *Vorstellungsrepräsentanz* (psicoanálisis).

Desde el momento en que una experiencia es inscrita en la red neuronal, en que se la puede reactivar en ausencia de toda estimulación externa, también puede considerársela como formando parte de lo psíquico. A partir de entonces los elementos de la pulsión –a saber, la re-representación del estado somático, que se denominará "S", y la representación psíquica de la experiencia, que llamaremos "R"– se encontrarían anudados en la ínsula anterior. Como lo mostraremos en los capítulos siguientes, esta asociación estrecha entre R y S es un elemento fundamental para el mantenimiento de la homeostasis, y su ausencia se manifiesta por síntomas patológicos. El destino fundamental de la pulsión, a través de la tensión surgida de R y S, es su descarga, que sólo puede ejecutarse por un acto que implique un objeto.

¿Qué ocurre entonces con las relaciones entre el aspecto sensorial, ya sea éxtero- o interoceptivo, y la dimensión motriz? También aquí, los datos recientes de la neurobiología nos ilustran. Los estudios de imagen funcional, en efecto, demostraron que prácticamente en todas las circunstancias en que la ínsula anterior está activada, otra región también lo está: el córtex cingulado anterior.[17] El interés de esta observación es que esta última región está fuertemente implicada en la iniciación del acto motor, y desempeña un papel central en lo que es definido en términos neuropsicológicos como la motivación de la acción.[18]

De hecho, todo un haz de datos neuroanatómicos y neurofisiológicos indica que la ínsula anterior y el córtex cingulado anterior tienen puntos en contacto. Estas dos regiones son consideradas como el relevo sensorial (ínsula anterior) y el relevo motor (córtex cingulado anterior) del sistema límbico, que está

17 Craig, A. D., "How do you feel – now? The anterior insula and human awareness", *op. cit.*

18 Fuster, J. M., "The cognit: A network model of cortical representation", *Int. J. Psychophysiol.*, 60, 2, 2006, pp. 125-132.

muy implicado en el tratamiento de las emociones; sin que esto sea sorprendente, están activas en forma simultánea (figura 4.5). El córtex cingulado anterior, al igual que la ínsula posterior, recibe aferencias de las vías interoceptivas: en consecuencia, ella está informada, en línea, del estado del cuerpo. Por otra parte, la ínsula anterior y el córtex cingulado anterior están conectados por neuronas que se encuentran únicamente en el ser humano: las neuronas de Von Economo.[19] Es interesante observar que en la demencia frontotemporal, una enfermedad neurodegenerativa que resiente las regiones frontales y en particular las neuronas de Von Economo, los pacientes presentan indiferencia emocional y apatía, o sea, una ausencia de motivación para iniciar actos.[20]

Esta conectividad entre la ínsula anterior y el córtex cingulado anterior parece implicar que los conjuntos de neuronas que codifican las representaciones "R" y los estados somáticos asociados "S" en el nivel de la ínsula anterior puedan activar las neuronas del córtex cingulado anterior para iniciar una acción (figura 4.5) que desemboque en la descarga de la pulsión –desde el punto de vista psicoanalítico– o en la ejecución de un comportamiento motivado por una intención homeostática, en la óptica de las neurociencias cognitivas. Más adelante veremos en esta línea que la ínsula anterior también está conectada con el núcleo accumbens, fuertemente implicado en los mecanismos de recompensa. También veremos las relaciones que existen entre dichos mecanismos de recompensa y la noción de principio de placer, central en la teoría psicoanalítica. Otra conexión de la ínsula anterior

19 Allman, J. M., Tetreault, N. A., Hakeem, A. Y., Manaye, K. F., Semendeferi, K., Erwin, J. M., Park, S., Goubert, V., Hof, P. R., "The Von Economo neurons in frontoinsular and anterior cingulate cortex in great apes and humans", *Brain Struct. Funct.*, 214, 5-6, 2010, pp. 495-517.

20 Seeley, W., "Anterior insula degeneration in frontotemporal dementia", *Brain Struct. Funct.*, 214, 2010, pp. 465-475.

que merece ser subrayada es la conexión con el córtex orbitofrontal. Los estudios clínicos poslesionales y los de imágenes cerebrales funcionales, en efecto, indican que esta región está muy implicada en la anticipación de las consecuencias de la acción y, por ello, en la toma de decisión, lo que vuelve a conducirnos a la teoría de los marcadores somáticos de Damasio.

Así, parece legítimo proponer una comparación entre toma de decisión y pulsión, la primera de las cuales emana de representaciones conscientes, y la última de representaciones inconscientes (véase también la figura 4.2). Si la pulsión freudiana implica la descarga del exceso de lo viviente ligado al estado somático S a través del contenido psíquico ligado a la representación R, puede considerarse que el anudamiento entre R y S se opera en el nivel de la ínsula anterior y que la descarga por el acto se opera por la activación del córtex cingulado anterior, gracias a las conexiones garantizadas por las neuronas de Von Economo que relacionan estas dos regiones (figura 4.5).

Como la pulsión se descarga en el acto, el sujeto percibiría por los sistemas exteroceptivos, por ejemplo la vista o el oído, la manifestación exterior del estado somático en el origen de la pulsión. En otros términos, y de manera sorprendente, lo viviente en nosotros, con un ligero desfase temporal, se manifestaría por el sesgo de la pulsión, que nos lo revela por la percepción del acto a través de nuestros sistemas exteroceptivos. El sujeto que nosotros somos estaría así dividido por su acto (figura 4.2).

Más adelante desarrollamos este punto de vista, que permite abordar la cuestión de la conciencia de sí. Siguiendo el camino de las proposiciones de Craig y Damasio, por lo tanto, podría decirse que la percepción del estado somático en el nivel de la ínsula posterior, *vía* el sistema interoceptivo, pero sobre todo su re-representación en el nivel de la ínsula anterior, suministran los elementos constitutivos de la sensación misma de ser uno

en cada instante. No obstante, la percepción del acto surgido de la pulsión introduce un aspecto más dinámico en la emergencia de la conciencia de sí, porque compromete no sólo el aspecto interoceptivo S, sino también las representaciones R surgidas de la experiencia única del sujeto. Es así como la conciencia de sí puede ser invadida por la pulsión.

Un hecho clínico puede ilustrar aquí nuestra idea, el de la conversión. El problema de la conversión, es decir, la transformación de un conflicto psíquico en un fenómeno somático, ocupó el fin del siglo XIX con Charcot y el debate sobre motricidad, memoria y lenguaje. A menudo, en esa época, la conversión adopta la forma de una parálisis de tipo histérico. Este tipo de parálisis sin lesión está en la fuente del trayecto de Freud hacia la constitución del psicoanálisis.[21] Tras haber supuesto una etiología sexual traumática a la histeria, reconoce luego[22] que un fantasma inconsciente puede tener la misma función etiológica que un traumatismo. Este cuestionamiento de la etiología traumática, por otra parte, desembocará en el despliegue del psicoanálisis más allá de la hipnosis y de la sugestión. Sea como fuere, la conversión de un conflicto psíquico en un fenómeno somático da un valor de expresión a los fenómenos somáticos respecto del conflicto psíquico que está latente, enmascarado, pero al mismo tiempo develado por la conversión. Hay un aspecto metafórico, lingüístico, representacional.

La posibilidad de una re-representación del estado del cuerpo entre la ínsula posterior y anterior introduce una vía de explo-

21 A este respecto, véase Freud, S., "Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hystériques", *Archives de Neurologie*, París, 1893, así como M. Brener, *Études sur l'hystérie* [1895], París, PUF, 1975.

22 Freud, S., "Lettre à Wilhelm Fliess du 21 septembre 1897", en Freud, S., *La Naissance de la psychanalyse*, París, PUF, 1956.

ración nueva en la comprensión de los fenómenos de conversión. Tomemos un ejemplo. Tras una tentativa de suicidio por venosección en el brazo izquierdo, una adolescente desarrolla una parálisis del brazo derecho. Otra presenta una parálisis de los miembros inferiores con las piernas retraídas al día siguiente de una tentativa de violación por un amigo de su madre: es el solo recuerdo inscrito en su cuerpo del acto que vivió y del que es incapaz de hablar. Puede verse la conversión como el salto de una representación en una dimensión somática. Es uno de los destinos posibles del R-S. Tal vez se trate del reemplazo de un R por otro en su asociación con S.

Como contrapunto de la conversión, puede evocarse lo que a veces se llama en psicoanálisis los fenómenos psicosomáticos.[23] Freud los opuso a los fenómenos de conversión propios de la histeria. En el caso de la conversión, se trata de una expresión somática de la representación; en el caso de los fenómenos psicosomáticos, se trata del cuerpo que se impone sin la representación. En la conversión, R se manifiesta a través del cuerpo. En el fenómeno psicosomático, es S el que desborda a R, en un cortocircuito somato-somático por defecto de representación R.[24] Por ejemplo, algunos pacientes somatizantes que sufren de dolores crónicos con un cuerpo completamente desinvestido por la representación. Como esa mujer, alrededor de la menopausia, deprimida, que va de consulta reumatológica en consulta de antalgia, con un jogging arrugado, aspecto abatido, sin otra posibilidad que hacer el recuento de sus dolores y de lo que éstos le impiden hacer. Todas estas enfermedades que se encuen-

23 Miller, J.-A., "Quelques réflexions sur le phénomène psychosomatique", en *Le Phénomène et la psychanalyse, Analytica*, 48, París, Navarin, 1986, pp. 113-126.

24 Como en los cortocircuitos de la neurosis actual definida por Freud; a este respecto, véase el capítulo sobre la psicomática en Ansermet, F., *Clinique de l'origine. L'enfant entre la médecine et la psychanalyse*, Lausana, Payot, 1999.

tran en las fronteras de lo que hoy se llaman las *non diseases*, las "no-enfermedades", implican numerosas consultas y costos importantes en salud.[25] En ciertas formas de patologías, el estado somático ocupa toda la escena, sin relevo psíquico, desbordando las capacidades de representación. El lazo R-S no es mantenido por un exceso de S sobre las posibilidades de asociación a representaciones.

En el contexto de este modelo de relación R-S, también se puede recordar la escarificación que practican algunos adolescentes, que se cortan superficialmente los antebrazos u otras partes del cuerpo. Estos actos, que podrían ser fuente de dolor, paradójicamente les procuran un alivio. Les dan una representación de dolor para luchar contra un malestar que los sumerge, que los proyecta fuera de los límites de su cuerpo, a veces en la fragmentación, a menudo en la ausencia de sí. En términos más técnicos, se diría que esos adolescentes producen una representación R que tapona el desborde de estados somáticos S que los invadían. A falta de algo mejor, se cuidan mediante la escarificación, expresando un alivio como resultado del dolor y la vista de la sangre.

25 Smith, R., "In search of non-diseases", *B. M. J.*, 324, 2002, pp. 883-885.

5
De los pampers al fantasma
Del exceso de lo viviente a la representación

En el comienzo está el exceso de lo viviente. En efecto, partamos del comienzo. El recién nacido, inconcluso al nacer, es el más neoténico de los seres vivos. Cae en el mundo en un estado de desamparo,[1] invadido por ese viviente que lo constituye, que se introduce abruptamente, sin que nada de lo que se manifiesta esté todavía enlazado a una significación precisa. Lo que será identificado luego como el hambre, la sed, el hecho de tener demasiado calor, demasiado frío, de estar mojado, sucio, envuelto en Pampers húmedos y fríos, todo eso no tiene de entrada ningún sentido. Sólo retrospectivamente, a partir de la respuesta necesaria del otro, encontrarán su significación una satisfacción experimentada más allá del desamparo y esas manifestaciones.

1 A propósito del estado de desamparo del lactante (*Hilflosigkeit*), véase en particular Freud, S., "Esquisse d'une psychologie scientifique. L'épreuve de la satisfaction", *La Naissance de la psychanalyse* [1895], París, PUF, 1956, pp. 336-338; Freud, S., *Inhibition, symptôme et angoisse* [1926], París, PUF, 1973, cap. VIII, pp. 61-62; *ibid.*, cap. X, pp. 82-83. Jacques Lacan retomará esta cuestión en particular en su seminario sobre la angustia, donde habla del "insuperable *Hilflosigkeit*, el desvalimiento absoluto en el momento de entrar al mundo", véase Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro X: *L'Angoisse* [1962-1963], París, Seuil, 2004, p. 162 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 10: *La angustia*, Barcelona/Buenos Aires/México, Paidós, 2006, p. 152]; véase también *ibid.*, pp. 376 y ss.

Así, al comienzo no es la satisfacción sino el desamparo. Éste puede resolverse en una satisfacción. A partir de entonces no habría tal vez una satisfacción originaria que uno trataría de recuperar, sino por el contrario una satisfacción retroproyectada, sobre la base de una insatisfacción. Uno podría imaginar que nos pasamos la vida buscando una satisfacción inicial perdida, mientras que lo que nos marca es por el contrario un desamparo, nuestro primer contacto con el mundo. Es esta experiencia de una insatisfacción primordial lo que funda la búsqueda permanente de una satisfacción que permanece inalcanzable. Se podría llevar más allá la argumentación postulando que la huella dejada por la experiencia de satisfacción, y el estado somático que le está asociado, puede llevarnos a recrear estados de desamparo para reproducir el placer que se asocia con el desenlace ya experimentado. El cine explotó el efecto atractivo del horror o del suspenso como lo que da paso a una descarga programada de una tensión creada de manera artificial. Se encuentra este mecanismo en el niño pequeño, a quien le gusta tener miedo para que luego lo mimen. A partir del juego entre desamparo y satisfacción se ve que placer y displacer están entrelazados, con el cuerpo como teatro de un lazo indefectible.

Pero volvamos al bebé, cuyas sensaciones interoceptivas constituyen la mayor parte de las estimulaciones a las que está sometido. El bebé no está todavía en condiciones de constituir representaciones susceptibles de tratar ese exceso de lo viviente. Sólo poco a poco, sobre la base de las respuestas del otro –del *Nebenmensch*,[2] como dice Freud, del "otro humano"– el niño va a entrar en el mundo del lenguaje, que le ofrece con qué constituir representaciones para dar un sentido al sinsentido del desamparo.

2 "L'épreuve de la satisfaction", *La Naissance de la psychanalyse*, *op. cit.*, p. 336.

La respuesta del otro es un proceso fundamental por el cual se constituye la realidad psíquica. La posibilidad de constituir huellas a partir de esta respuesta, y también a partir de la experiencia, participa en producir representaciones. Estas representaciones que llamamos R están asociadas a estados somáticos S, a su vez asociados a la experiencia. Así se constituye una serie de asociaciones de huellas que ponen en juego representaciones de la experiencia (R) y representaciones de los estados somáticos ligados a dichas experiencias (S).

De esta tensión entre R y S proviene la exigencia de una descarga de la excitación para recuperar un estado de homeostasis, para reducir el estado somático al equilibrio. Encontramos aquí lo que hemos identificado como lo que está en juego en la exigencia de descarga pulsional. La pulsión debe encontrar un objeto para cerrarse y realizar su objetivo, que es su satisfacción. Como lo observa muy claramente Freud, "la meta de una pulsión es en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión".[3] A lo cual todavía agrega que diversas vías son posibles, aunque el objetivo final permanece invariable, a saber: la satisfacción.

Este movimiento de tensión y de descarga es permanente. Lo esencial es que el trayecto de la pulsión pueda cerrarse,[4] llevando a constituir de manera permanente nuevas huellas, y por tanto nuevas representaciones. En esta capacidad de constituir representaciones, el lenguaje desempeña un papel esencial, porque permite nombrar o constituir representaciones o imágenes.

3 Freud, S., "Pulsions et destins des pulsions", *Métapsychologie*, París, Gallimard, col. "Idées", 1976, p. 18 [trad. esp. cit.: "Pulsiones y destinos de pulsión", en *Obras completas*, vol. XIV, 2000, p. 118].

4 Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro XI: *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse* [1964], París, Seuil, 1973, p. 169.

El término representación es muy general, portador de varias definiciones muy diferentes, en epistemologías a veces opuestas. Freud hablaba de representaciones de cosas, inconscientes, y de representaciones de palabras, inconscientes o preconscientes.[5] Esto vuelve a plantear la cuestión del estatuto lingüístico de la huella: ¿se trata de un significante, de una letra en el sentido de Lacan,[6] es decir, de la parte real del lenguaje? ¿O bien de un índice en el sentido de Peirce?[7] ¿O bien de un nudo en el sentido de Lacan, de un anudamiento entre lo viviente y el lenguaje? Como quiera que sea, podría considerarse aquí que las representaciones resultan de articulaciones de huellas, que las neurociencias contemporáneas designan como "conjuntos de neuronas" (*neuronal assemblies*, véase el capítulo 11).

Retomemos el problema. La cría humana,[8] al nacer, es invadida por el malestar. Vive en el desamparo –*Hilflosigkeit*– aunque potencialmente tiene la capacidad de crear huellas por medio de su ajuste al mundo preexistente del lenguaje.[9] Como consecuencia

5 "[...] la representación consciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, y la inconsciente es la representación-cosa sola", en Freud, S., "L'inconscient", en *Métapsychologie*, *op. cit.*, pp. 118-119 [trad. esp. cit.: "Lo inconsciente", *Obras completas*, vol. XIV, 2000, p. 198].

6 "Por la razón primera de que el lenguaje con su estructura preexiste a la entrada que hace en él cada sujeto en un momento de su desarrollo mental", en Lacan, J., "L'instance de la lettre dans l'inconscient ou la raison depuis Freud" [1957], *Écrits*, París, Seuil, 1966, p. 495 [trad. esp. cit.: "La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud", *Escritos*, *op. cit.*, vol. 1, p. 463].

7 Peirce, C. S., *Écrits sur le signe*, París, Seuil, 1978, pp. 153-161.

8 A este respecto, véanse también los desarrollos sobre el estado de desamparo del lactante y la experiencia de satisfacción tal como los hemos tratado, a partir de Freud, en Ansermet, F., Magistretti, P., *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2006, y en Magistretti, P., Ansermet, F., *Neurosciences et Psychanalyse*, París, Odile Jacob/Collège de France, 2010.

9 El acto del otro transforma el primer grito, un grito ligado al exceso de lo viviente, en un llamado, desde entonces inteligible para el otro. Véase a este

de esta premadurez, ahí lo tenemos, pues, invadido por estados somáticos de desamparo, por toda una serie de malestares implicados por el hambre, la sed, la incoordinación motriz, los malestares digestivos, la incapacidad de controlar sus esfínteres, que desembocan en una incomodidad evidente que domina su existencia. Frente a esta invasión de sensaciones somáticas, vehiculizadas por los sistemas interoceptivos,[10] el recién nacido se siente totalmente pasivo, tomado por los excesos de lo viviente, en una dependencia absoluta del otro, de la respuesta vital del otro.

En consecuencia, nos hallamos frente a un estado inicial muy particular en el cual R no puede ser constituido, mientras que S domina. Para decirlo de otro modo, la cría humana es invadida por lo viviente sin ninguna posibilidad de taponar este exceso por medio de representaciones. Progresivamente, sin embargo, mediante la intervención del otro, y la del lenguaje que viene con el otro, la cría humana, sobre un fondo de desamparo, va a poder constituirse como sujeto. Enganchado en el mundo del lenguaje, va a poner en juego representaciones R que se hacen cargo, taponan, ese exceso de lo viviente, que le permiten dar un sentido al sinsentido que lo invade (figuras 5.1 y 5.2). Este taponamiento de S por R, por otra parte, podría corresponder a lo que Freud consideraba como la "descarga" de la excitación.

Es así como la huella tiene una función equilibrante, homeostática. Las redes de huellas –cualquiera que sea la manera de designarlas, articulaciones significantes o representaciones– entran en la construcción de escenarios conscientes y sobre todo inconscientes. Estos escenarios inconscientes también participan en tratar lo viviente, en darle un destino en un escenario fantasmá-

respecto Lacan, J., "Remarque sur le rapport de Daniel Lagache: psychanalyse et structure de la personnalité" [1961], *Écrits*, *op. cit.*, p. 679.

10 Craig, A. D., "Interoception: The sense of the physiological condition of the body", *Current Opinion in Neurobiology*, 13, 4, 2003, pp. 500-505.

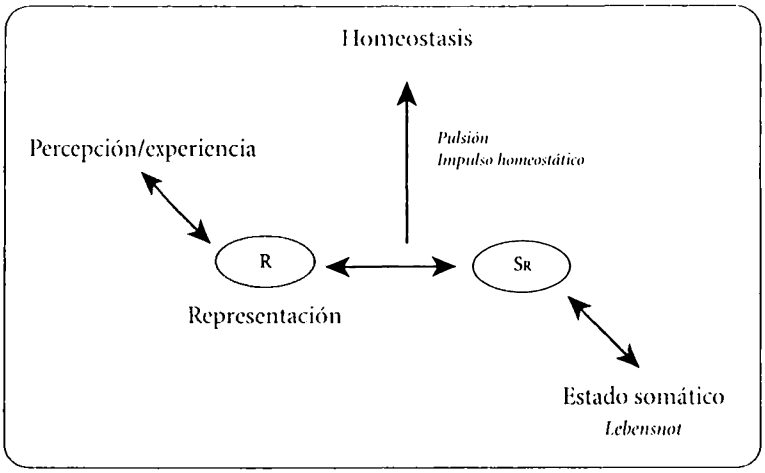


Figura 5.1. El impulso homeostático resultante del lazo entre R y S permite la descarga de la excitación y el restablecimiento de un estado de homeostasis.

tico. El fantasma es precisamente esa solución por la cual las representaciones pueden desempeñar ese rol de tapón. El fantasma, escenario imaginario inconsciente que se construye como una representación, da sentido al sinsentido. No por ello deja de ser en ocasiones inoperante y puede plantear un problema en virtud del desfase de la solución producida con respecto a la realidad. El fantasma es una ficción que deforma la realidad produciendo nuevos problemas. Puede convertirse en una trampa en vez de una solución. Por medio de las representaciones que lo constituyen, mantiene en forma indirecta un contacto con lo viviente intratable, S, que a través de él puede invadir la escena a partir de una multitud de acontecimientos o de estímulos tanto internos como externos que de manera imprevista volverán a poner en contacto con estados somáticos que se creían neutralizados.

Por lo tanto, en la cría humana los que dominan son la ausencia de R y la invasión de S. Otras situaciones, sobre todo en

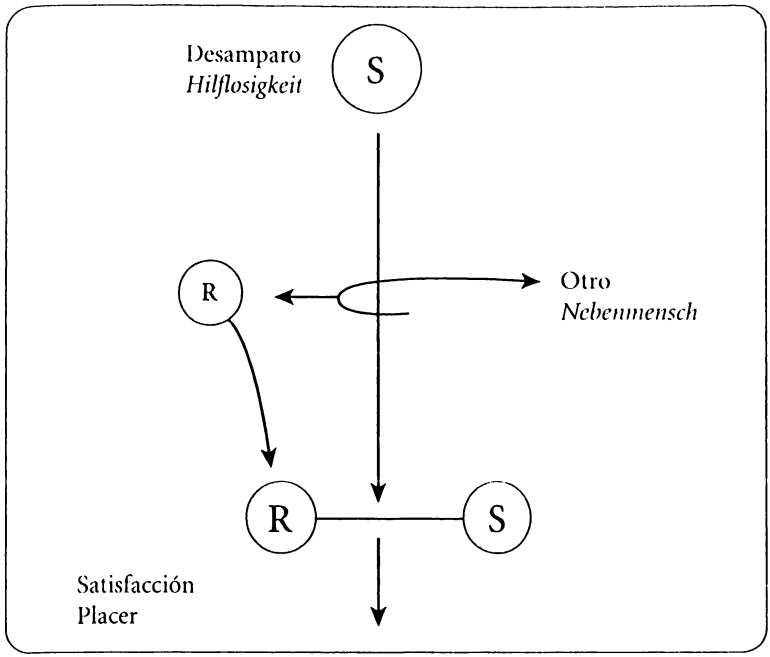


Figura 5.2. La acción del otro permite que la cría humana constituya representaciones R que taponan el exceso de lo viviente S que caracteriza el estado de desamparo.

clínica psicogeriátrica, tienen su interés desde ese punto de vista. Es el caso de los pacientes que padecen demencia. En virtud del déficit cognitivo importante que presentan, ligado a la pérdida de sinapsis y de neuronas, y por tanto a la pérdida de la capacidad de constituir huellas y constituir o mantener representaciones R, estos últimos se encuentran invadidos por S y padecen un retorno del estado de desamparo, el aflujo incoercible del exceso de lo viviente. Los psicogeriatras de buena gana evocan la importancia de este desamparo en el cuadro clínico que redactan de sus pacientes. En tales personas desprovistas, desamparadas, no es la angustia lo que impacta, sino más bien un

desborde fuera de sentido, un desamparo inicial que retorna, que produce una fractura. Puede postularse que, en ese estado de desamparo, los estados somáticos están en el primer plano y que invaden a un sujeto incapaz de taponarlos mediante la constitución de representaciones R. Hay allí, en consecuencia, en la otra extremidad de la vida, una situación en la cual la función que puede desempeñar R está alterada o perdida.

Para hacer sentir mejor ese lazo fundamental entre representación y estado somático, también puede darse un ejemplo extraído de la literatura. Se lo encuentra en la famosa *Carta de Lord Chandos* de Hugo von Hofmannsthal.[11] Esta carta es la de un joven poeta que tuvo mucho éxito al comienzo de su carrera y que vive un momento de abatimiento que le impide escribir. Llegado a cierta etapa de su creación, experimenta una catástrofe. La lengua se descompone. Todo se fragmenta. Él se describe como arrebatado, sumergido por el sinsentido: "En pocas palabras, éste es mi caso: he perdido totalmente la facultad de pensar o de hablar de manera coherente sobre cualquier cosa".[12] El lenguaje ya no lo sustenta. La envoltura narrativa ha dejado de funcionar. Está invadido de manera desordenada por un exceso de sensaciones que ya no puede ubicar. Está desorganizado por el impacto de un viviente que lo desborda. Como escribe a continuación: "Justamente la lengua en la cual tal vez me habría sido permitido, no sólo escribir, sino también pensar, no es ni la latina, ni la inglesa, ni la italiana, ni la española, sino una lengua cuyas palabras, de la primera a la última, me resultan desconocidas, una lengua en la que las cosas mudas me hablan".[13] Una manera de decir que la lengua ya no organiza los estados

11 Hofmannsthal, H. von, *Lettre de Lord Chandos*, París, Petite Bibliothèque Payot, 2000.
12 *Ibid.*, p. 65.
13 *Ibid.*, p. 99.

somáticos que vienen a invadirlo, arrebatarlo, atravesarlo, fragmentarlo, desmenuzarlo. Se ve proyectado a las fronteras de lo real, allí donde el lenguaje ya no lo sustenta, en los límites de toda operación semántica posible, reducido a un sinsentido radical, aquel anterior a la toma de lo viviente en la lengua. Allí donde ha llegado, él no encuentra más que la quiebra de la palabra, más exactamente una suerte de disolución de la palabra, un derrumbe semántico.[14] Al parecer, ya no puede constituir una representación que canalice, que trate el exceso de lo viviente. Al mismo tiempo se pierde, se disuelve. Ya no tiene acceso a él, a su pensamiento, a la sucesión de sus ideas. Se ve llevado por un viviente no consolidado, disperso por el efecto del exceso de lo viviente.

Lo que muestra este texto, que es una obra literaria, es lo que se observa en la clínica cuando el sujeto no llega ya a disponer del lenguaje, cuando el lenguaje se derrumba, cuando es puesto fuera del juego, cuando no hay ya representaciones disponibles frente a lo viviente, frente al sobrante de lo viviente, que viene en exceso. Es lo que se ve en la demencia senil, lo hemos dicho, pero también en la clínica del traumatismo, cuando algunas personas, sintiéndose arrojadas fuera del lenguaje como consecuencia de la fractura traumática que padecieron, testimonian que ya no conocen el verdadero valor de las palabras: para recuperar la palabra deben volver a jugar su entrada en el lenguaje. Cabría referirse también a lo que se produce en la esquizofrenia, en la que, como tal vez haya sido el caso de Lord Chandos, el lenguaje se descompone. Cuando un individuo se ve precipitado en un estado psicótico, en ocasiones puede verse sumido repentinamente en la confusión y vivir, de manera aguda, un fenómeno

14 A este respecto, véase también el excelente prefacio de Claudio Magris al texto de Hugo von Hofmannsthal, *op. cit.*

de falta de ajuste con respecto a la lengua. En esta situación, el exceso de lo viviente vuelve en el cuerpo, dejando a la persona desprovista y perpleja, fuera de la realidad, sumergida por una total sincronía de acontecimientos, de sensaciones y de pensamientos mezclados. En la esquizofrenia, el goce en exceso retorna en el cuerpo, mientras que en la paranoia retorna en el lenguaje[15] en forma de delirio organizado. Tal estado de confusión parece evocar una pérdida de la operación del lenguaje. El lenguaje secuencial, aquel que permite organizar las sensaciones, ordenarlas, tratarlas, taponarlas, ya no resiste, y lo viviente se fractura, invade la escena, torna la experiencia irrepresentable, indecible, inalcanzable. El exceso de lo viviente vuelve invivible la vida.

Hay algunas situaciones en que este proceso transcurre de manera inaugural. Es una de las hipótesis que se hacen, por ejemplo, a propósito del autismo. Por razones que pueden ser múltiples en su etiología, el fenómeno autístico podría referirse a un exceso de estimulaciones, que sumergen por completo al niño sin que éste pueda engancharse y retenerse en el mundo del lenguaje que lo rodea. Observaciones recientes en neurobiología pusieron de manifiesto una abundancia de conexiones en el córtex cerebral de pacientes autistas y, también, en ciertos modelos animales del autismo cuyos límites, por supuesto, hay que apreciar plenamente. Según la teoría propuesta por los neurobiólogos Henry y Kamila Markram y titulada "*the intense world syndrome*",[16] el sistema nervioso de pacientes autistas se caracterizaría por una hiperconectividad entre las neuronas así como por una plasticidad neuronal fuertemente acentuada. Esta hiper-

15 Miller, J.-A., "Clinique ironique", *La Cause freudienne*, 23, 1993, pp. 7-13; véase también Miller, J.-A., "Squizophrénie et paranoïa", *Quarto*, 2, 10, 1983, pp. 18-38.

16 Markram, H., Rinaldi, T., Markram, K., "The intense world syndrome: An alternative hypothesis for autism", *Frontiers in neuroscience*, 1, 1, 2007, pp. 77-96.

reactividad de los circuitos neuronales desembocaría en una sensibilidad aumentada a las estimulaciones procedentes del mundo exterior. Es así como las respuestas emocionales asociadas a las percepciones, proceso mediado por la amígdala, como lo mostramos especialmente en *A cada cual su cerebro*, serían particularmente intensas.[17] El hecho de ser de tal manera invadido por esas percepciones podría desembocar en una dificultad para tratar las respuestas somáticas que desencadenan las percepciones del mundo exterior. Así, la sintomatología clásica de los autistas de repliegue sobre ellos mismos se debería más bien a una respuesta acentuada del sistema límbico que a una hiporreactividad, como se ha postulado clásicamente.[18] El autista, por lo tanto, sería invadido por aflujos interoceptivos: sería hiperestimulado por S, por un exceso difícil, hasta imposible de tratar.

Otra situación que podemos convocar a manera de ejemplo: la violencia. Hemos visto la importancia que tiene para la cría humana la respuesta del otro: esta intervención salvadora es lo que hace cesar el displacer debido al hambre, la sed o a otros estados de incomodidad somática. Esta intervención del otro que, poco a poco, adquiere un sentido a través del lenguaje va a contribuir a crear representaciones que pacifican los estados somáticos. Por supuesto, puede ocurrir que la respuesta del otro esté ausente; piénsese en los niños abandonados o con carencia de estimulaciones. En este caso, cuando la respuesta del otro no está presente, ni disponible, ni siquiera en memoria, hay una dificultad para que el bebé y el niño creen esas representaciones capaces de entrar en tensión con los estados somáticos. Para encontrar una

17 Markram, K., Rinaldi, T., La Mendola, D., Sandi, C., Markram, H., "Abnormal fear conditioning and amygdala processing in an animal model of autism", *Neuropsychopharmacology*, 33, 4, 2008, pp. 901-912.

18 Markram, H., Rinaldi, T., Markram, K., "The intense world syndrome: An alternative hypothesis for autism", *op. cit.*

solución se pueden poner en juego varias salidas. Paradójicamente, entre estas soluciones figura la violencia: la violencia para con el otro con el objeto de desencadenar una respuesta, la violencia como llamado para suscitar una respuesta del otro y, por lo tanto, crear un escenario, una representación que pueda asociarse con estados somáticos. La violencia también puede tener la función de respuesta que uno se da a sí mismo, inclusive la violencia contra sí mismo. Debido a eso, los niños que se automutilan crean una representación. Del mismo modo, los adolescentes que se escarifican, como vimos, crean una representación, por absurda que sea, que permite taponar el exceso de lo viviente que los anima.

Como contrapunto de esta serie de ejemplos clínicos, hagamos de nuevo un desvío por la literatura, más exactamente por el teatro, con la puesta en escena que hizo Bob Wilson de la obra *Quartett* escrita por Heiner Müller. Allí se muestra una situación casi inversa a la descrita en la *Carta de Lord Chandos*. En la *Carta*, lo que refería su supuesto autor era el derrumbe del lenguaje en sus funciones de representación. En *Quartett*, lo que se impone es lo viviente, que supera el proyecto del lenguaje. Estamos frente a un aflujo, un condensado de goce, una pulsionalidad que no encuentra objeto y que hace caer a los mismos actores en el más allá del principio de placer. Como espectador, hasta es difícil comprender el sentido de las palabras. Éstas son difractadas, espasmódicas, sometidas a las crispaciones de los cuerpos, en una temporalidad que no es ya sucesiva. Las palabras ya no tienen sentido, lo viviente ya no encuentra un sentido. La puesta en escena de Wilson juega mucho con esta dimensión sincrónica en los límites del sentido. La actriz Isabelle Huppert se parece a una marioneta agitada por hilos invisibles; ha dejado de ser ella misma. Como si, en ciertos momentos, ni siquiera ella pudiera ya captar el sentido de lo que se dice, pese a la intensidad y a la crudeza de lo que se enuncia. Este montaje extraordinario revela

que el sinsentido de lo viviente puede en sí mismo hacer estallar el sentido del texto, el sentido de la palabra, el sentido del lenguaje, el sentido del gesto, la postura de un cuerpo.

Ya sea que estén extraídas de la fisiología o de la psicopatología, de la literatura o del teatro, lo que ilustran todas estas situaciones es la importancia de ese lazo nivelador, homeostático, entre representaciones R y estados somáticos S. Desde el comienzo de la vida, mediante el lenguaje, se organizan asociaciones significantes de huellas, representaciones, para constituir un escenario fantasmático que se convierte en una solución escogida para tratar el exceso de lo viviente. Por esa vía, el displacer, inicialmente provocado por la interocepción, por un S en exceso, poco a poco adopta la forma de experiencias representadas como negativas: pérdidas de objetos, sensaciones de caída, de hacerse daño... El fantasma es uno de los modos de tratamiento del exceso de lo viviente traído por las vías interoceptivas. Su escenario es un antídoto, una criada para todo servicio, que sirve para canalizar y contener lo viviente en exceso. Como también lo dijimos, ese fantasma que es una solución puede igualmente convertirse en un problema potencial. Porque la respuesta que trae para lo que guste mandar es coercitiva. Cuando se transforma en sentido único, el fantasma se solidifica, se consolida, ocupa cada vez más lugar. La solución constituida por el fantasma se convierte entonces en un problema, una ventana[19] única a través de la cual cada uno mira el mundo, una ventana susceptible de provocar un goce oscuro.

19 "Le fantasme fait à la réalité son cadre" [El fantasma es quien da su marco a la realidad], en Lacan, J., "Allocution sur les psychoses de l'enfant" [1967], *Autres Écrits*, París, Seuil, 2001, p. 366.

6
La cabeza en la bandeja
Placer, displacer y goce

Partamos de un dibujo de Sempé.[1] Se ve un consultorio de psicoanalista, con un diván, las paredes cubiertas de libros, una planta verde ante una ventana tapizada de gruesas cortinas. Se abre una puerta acolchada y aparece una mujer, visiblemente muy excitada, con el pelo hirsuto y los ojos muy maquillados. Con una inmensa sonrisa crispada, dice: "¡Ah, doctor! ¡Cómo se sufre cuando se ama, pero cómo se ama cuando se sufre!". Dos afirmaciones provocativas que nos llevan al enigma del placer y el displacer. ¿Habría un sufrimiento en el placer? Y, como contrapunto, ¿un placer en el sufrimiento? ¿Es realmente posible amar el sufrimiento? Hemos dicho hasta qué punto la relación entre placer y displacer es compleja, intrincada, ambigua. ¿Es posible que los dos coexistan en los procesos psíquicos y que finalmente no se los pueda separar, que uno no vaya sin el otro, que uno no se mueva sin el otro? Lo que revela finalmente la lectura de "Más allá del principio de placer", de Freud, es que el placer y su más allá son como las dos orillas de un mismo río, las dos caras de un mismo problema; no se los puede separar.

Lo que puede satisfacer en el nivel inconsciente, poniendo en juego un escenario fantasmático, puede provocar un displacer en el nivel consciente, un sentimiento de malestar, un trastorno.

1 *Paris-Match*, 7 al 13 de enero de 2010.

Uno puede sentirse molesto en una situación trivial porque, en otra escena, la del inconsciente, un deseo es un juego del que no se quiere saber nada. Ese deseo puede apuntar a una satisfacción cuyo acceso está conscientemente barrado por la presión de ideales y de valores, o inconscientemente barrado por una represión que está en obra para apartar ese deseo.

Las manifestaciones de los conflictos que se juegan entre el nivel consciente y el inconsciente son múltiples. Se las encuentra en la vida amorosa, en las elecciones sexuales, en la manera de situarse en la familia, respecto de la filiación y en las identificaciones. Uno no quiere ser como su padre, pero es como él. Otro desea dar a sus hijos lo que él mismo no recibió, lo que lo lleva a repetir lo que él mismo vivió. Un tercero se enamora de una mujer que se parece a aquella de la que quiere separarse, en el momento en que quiere escapar a su dominio...

El placer experimentado en un nivel puede implicar un displacer en otro nivel: el más allá del principio de placer se impone sin que uno sea consciente de él, sin que pueda ser representado como tal, ni siquiera vivido como tal. Entre el placer o el displacer, entre lo que es consciente y lo que es inconsciente hay cambios, equívocos, yuxtaposiciones, inversiones, mudanzas que no dejan de confundir las pistas cuando se trata de encontrar el camino de su deseo o de seguir aquel que podría conducir al placer. Precisamente por eso el destino de los seres humanos es tan complejo, y cada uno se complica tanto la vida, sin razón, convirtiéndose sin saberlo en el artesano de su propia desdicha, al tiempo que cree seguir el camino de su propio bien. ¿Cómo es posible que uno mismo pueda constituir su propio obstáculo al tiempo que se tiene la impresión de estar encerrado en él por una fuerza que nos supera? ¿Hay que ver en esto la expresión de una satisfacción inconsciente, totalmente contraria a la que es consciente?

Tales preguntas nos conducen al fantasma, ese escenario compuesto de representaciones asociadas a estados somáticos. De hecho, lo que ocurre entre el escenario y el estado somático parece poder confundirse. Así, un fantasma puede poner en escena un escenario de placer, al tiempo que está asociado a un estado somático de displacer; a la inversa, un escenario fantasmático de displacer podría estar asociado a un estado somático de placer (véase más adelante la figura 6.2). Lo mismo para lo que ocurre entre la escena consciente y la inconsciente. Estamos aquí ante una complejidad en la que todo es contradictorio, todo es simultáneo, todo es múltiple, ilógico. Encontramos ese hecho de que el inconsciente está presente para perturbarlo todo. El inconsciente está habitado, también lo dijimos ya, por una lógica ilógica. Con él viene un principio de inadecuación, contradictorio con los objetivos conscientes a los que uno pensaba aspirar.

Allí donde el sujeto sufre, precisamente allí es donde a veces más goza: una hipótesis semejante parece inadmisible, casi provocadora. Sin embargo, la clínica está presente para probar su realidad. Comenzando, por supuesto, por el famoso caso del hombre de las ratas. En un momento de su cura, el hombre de las ratas hace partícipe a Freud de un fantasma aterrador que lo habita: él es objeto de un suplicio en el que unas ratas le penetran el ano. Tras haber relatado ese fantasma, se levanta de golpe y Freud observa con mucha precisión que ve en su cara un signo de voluptuosidad, de una voluptuosidad en el horror.[2]

2 "En todos los momentos más importantes del relato se nota en él una expresión del rostro de muy rara composición, y que sólo puedo resolver como *horror ante su placer, ignorado por él mismo*", en Freud, S., "Remarques sur un cas de névrose obsessionnelle: l'homme aux rats" [1909], *Cinq Psychanalyses*, París, PUF, 1954, p. 207 [trad. esp. cit.: "A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el Hombre de las ratas)", *Obras completas*, vol. X, 1992, p. 133].

Esta voluptuosidad provocó en él una cantidad de interrogantes. Lacan hará de ella una marca del goce. El goce es precisamente lo que no tiene nada que ver con el placer. Por el contrario, cuando está en juego el goce, el sujeto encuentra, en el exceso, una dimensión insoportable.

Hay un goce del fantasma, pero no solamente: el goce puede declinarse de múltiples modos,[3] manifestarse de múltiples maneras en las diferentes estructuras clínicas. Está el goce que ofrece el fantasma del neurótico. Es la persona que sistemáticamente se siente víctima del otro, de la injusticia de la sociedad, y a propósito de todo, hasta de su factura de electricidad, que abrirá repitiendo con cierta satisfacción: "¡Ah, esto me pasa solamente a mí!".

Está el goce caprichoso que invade al psicótico y que lo transforma en un objeto manipulado, propulsado, maltratado, perseguido. Así, un paciente semejante se sentirá acosado por la certidumbre de ser permanentemente seguido en la ciudad por cámaras que están ahí para él solo, con el objeto de vigilarlo, con respecto a una falta que habría cometido.

Está también el goce implicado en los escenarios sádicos o masoquistas de las perversiones sexuales, aquellas de las que Kraft-Ebing entregó una antología muy completa.[4] La perversión puede llegar también hasta el goce del verdugo o de aquel que ordena la tortura, instrumentalizando al otro para su propio goce, como en los escenarios insoportables puestos en escena por Pasolini en *Saló*,[5] donde cuatro altos dignatarios de la República fascista de Saló –duque, banquero, hombre de Iglesia y magistrado– raptan a hombres y a mujeres jóvenes para secuestrarlos en una villa y

3 Miller, J.-A., "Les six paradigmes de la jouissance", *La Cause freudienne*, 1999, 43, pp. 7-29.

4 Krafft-Ebing, R. von, *Psychopathia sexualis* [1886], París, Payot, 1932.

5 Pasolini, P. P., *Saló o los 120 días de Sodoma*, 1975.

convertirlos en los objetos de sus escenarios perversos, entre violaciones, coprofagia, tortura y asesinato. Los instrumentalizan para su propio goce, mirándolos a distancia al tiempo que parecen sugerir que aquellos que están bajo su poder gozan más que ellos, y donde Pasolini lleva a cabo su puesta en escena de tal modo que para el espectador sea evacuada toda ambigüedad en el sentido de un placer, llevándolo más bien en medio de la náusea a padecer el film en el modo de lo insoportable.

Hay algo oscuro en el ser humano que lo vuelve apto para lo peor, lo que Freud resumía de la siguiente manera, redactando un catálogo de lo más realista: el prójimo también es "una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo".[6] En su punto límite, es posible comprender que un sujeto se vea llevado al sufrimiento por los excesos de un goce mórbido; pero que algunas situaciones de placer puedan también ser invadidas, perturbadas, por un goce insoportable es más difícil de entender. Sin embargo, ése es el corazón del más allá del placer, donde placer y displacer están anudados en el hecho del goce.

Por supuesto, para ilustrar esto se podría tomar la obra de Georges Bataille, quien a partir de la cuestión del erotismo anuda lo sexual y lo sagrado en escenarios aterradores, poniendo el cuerpo en juego de manera polimorfa en un éxtasis inmundo,[7] entre asco y placer, en una mezcla que a veces roza lo insoportable.

La ópera de Richard Strauss, *Salomé*, nos parece igualmente esclarecedora sobre la extraordinaria invasión de goce puesto en

6 Freud, S., *Malaise dans la civilisation* [1929], París, PUF, 1971, pp. 64-65 [trad. esp. cit.: "El malestar en la cultura", *Obras completas*, vol. XXI, 1990, p. 108].

7 Véanse por ejemplo las escenas de Bataille, G., *Histoire de l'œil*, París, Éditions Jean-Jacques Pauvert, 1967.

juego tanto en la música como en la escena. La historia es conocida. Ambos, Salomé y Iokanaán (Juan, el Bautista), son vírgenes. Lo ignoran todo del amor y del sexo. Están cada uno en lo absoluto. Salomé está en éxtasis ante Iokanaán, dice de él que "el mismo marfil sentiría celos de él". Pero éste, a quien Salomé quiere seducir, es el único que la rechaza. Sin embargo, ella está segura de que él es el único que puede satisfacerla. Salomé quiere poseer lo inaccesible. Nunca podrá hacerlo, de no ser en la muerte. Hasta ese beso a Iokanaán, ese beso sobre la boca de la cabeza cortada, con los ojos muertos que nunca quisieron mirarla en vida. Ella besa esa boca inerte, en una tensión subrayada por los flujos de una música disonante, reflejo de la absurda contradicción que está representando. Frank Strauss, el padre de Richard, dirá de la música compuesta por su hijo que le produce el efecto de un insecto que corre bajo su ropa. Oscar Wilde, por su parte, ve en ella un volcán bajo un montículo de escorias, un fuego subterráneo. Todo se vuelca en el exceso, el goce: "Sí, déjame besar tu boca. Ahora quiero besarla", repite Salomé al tiempo que ejecuta ese acto insoportable al que Herodes pondrá fin súbitamente ordenando "que maten a esta mujer...". Por un lado está el amor absoluto, sobre la vertiente del ideal, una relación sagrada; por otro lado, una danza diabólica, la locura de una mujer estragada por su expectativa. "Si me hubieses mirado me habrías amado": eso es lo que dice Salomé, clavando la mirada en la cabeza de Juan, justo antes de ser muerta a su vez. No sin añadir, pasando de los agudos más extremos a los graves más profundos, "el misterio del amor es más grande que el misterio de la muerte". Esta última aria de Salomé concluye con el claro sonido de los trombones y las tubas en un estrepitoso acorde disonante.

En efecto, el misterio del amor es más grande que el misterio de la muerte. Hay una dimensión de algo insoportable en ese amor que va más allá del deseo y del placer, hasta la muerte.

También se trata de un ejemplo entre otros donde la coexistencia de placer y displacer es llevada hasta el paroxismo. Placer y displacer son dos elementos cuyo intrincado anudamiento es expresado por el término lacaniano de goce. Placer y displacer son indisociables. Es a partir de esta tesis –central para nuestro libro– como se trata de revisitar el más allá del principio de placer freudiano, volviéndola a poner en juego desde el punto de vista neurobiológico, de una nueva manera que no fue posible para Freud.

Se podría encarar ese anudamiento entre placer y displacer a partir de la cuestión de la adicción.[8] La trampa en la que cae el toxicómano es también la del goce, aunque sea un goce particular, biológicamente coercitivo, cerrado, casi caricaturesco. El hecho de tomar drogas crea distorsiones concretas de la plasticidad cerebral y respuestas somáticas tales que el drogado se encuentra regularmente en un estado de displacer en virtud de la ausencia de droga. No piensa más que en la droga que querría tener a su disposición, como una criada para todo servicio, de la que espera que se ocupe de todos los displaceres. Y no solamente de los displaceres somáticos ligados a la falta, sino también a la ausencia de sexo, a la ausencia de proyecto, a todo cuanto causa displacer. Su expectativa, su demanda, va hacia la droga. Con la droga se ve como un sujeto permanentemente "curado". Sin embargo, en sí mismo el consumo de droga no resuelve nada, no detiene el displacer, sino todo lo contrario; precipita en el displacer: una vez más, placer y displacer aparecen como las dos orillas de un mismo río. Uno no puede ir sin el otro, y es ese lazo el que está en el corazón del paradigma del más allá del principio de placer.

8 En particular la biología de los procesos opositores, como lo haremos en el capítulo 8. Véase Koob, G. F., Le Moal, M., "Addiction and the brain antireward system", *Annual Review of Psychology*, 59, 2008, pp. 29-53.

Se puede tener así una suerte de adicción al fantasma, que puede ir hacia una adicción al displacer, ingeniándose en promover su propia desgracia, precipitándose sistemáticamente hacia el displacer. Es posible escoger sistemáticamente a pesar de uno mismo lo que sólo puede conducir al fracaso. Se puede optar por el displacer, yendo a veces en contra de uno, volcándose como ya lo mencionamos en una servidumbre voluntaria,[9] en la que uno mismo fabrica y sostiene a sus propios tiranos. En estas situaciones construidas alrededor del placer, el sujeto se organiza en torno de un fantasma que no suministra la solución a la detención del displacer sino que, por el contrario, lo lleva más allá del principio de placer.

Incluso hay ya una dimensión paradójica que viene con la noción de huella: en efecto, si la huella participa en el tratamiento homeostático del sobrante de lo viviente por el lado de la representación que pone en juego, ella es al mismo tiempo la huella de ese sobrante, la huella de un exceso de goce, la huella de ese exceso de lo viviente. La huella constituye el medio de reactivar la interocepción en forma iterativa, sin saberlo el sujeto, de manera sorprendente, a través de las vías imprevistas de los procesos asociativos. En este contexto podría retomarse la cuestión ya encarada de la conversión. Un conflicto psíquico puede convertirse en el plano somático, donde el cuerpo se pone a hablar, a decir lo que el sujeto no puede decirse. Como lo enunciaba Freud, los histéricos sufren de reminiscencias.[10] En ocasiones, es la conversión misma la que tiene un sentido, pero no puede ser más que una vía de descarga de la excitación, según una línea de mayor pendiente. En ese momento, no es la con-

9 La Boétie, E. de, *Le Discours de la servitude volontaire*, París, Payot, 1976.

10 Freud, S., "Sur la psychanalyse" [1910], *Cinq Conférences*, París, Gallimard, 1991, p. 41.

versión en sí misma la que tiene una significación, sino más bien la coyuntura de su desencadenamiento. Como quiera que sea, es una conexión: ella trata el sobrante de excitación, al mismo tiempo que mantiene el acceso a esa excitación que puede resurgir de manera iterativa.

La asociación entre placer y displacer, en su vertiente de goce, está por tanto ya realizada en el nivel de la huella. Esta asociación se transporta luego a las asociaciones de huellas, de una manera inaccesible a la conciencia. La asociación de huellas y la articulación significante, en todo caso, llevan potencialmente en ellas mismas la posibilidad de activar un estado somático anteriormente ligado a una u otra huella (figura 6.1). El ejemplo clásico es el de la magdalena de Proust. A partir de un olor, de un gusto, se activa un estado somático asociado a una cadena asociativa de reminiscencias precisas de la infancia, que desencadena una sensación de bienestar. Es así como se puede asistir a la activación de un estado somático inesperado durante las reactivaciones de huellas, a través de la vía del destino del estado somático en esas reasociaciones.

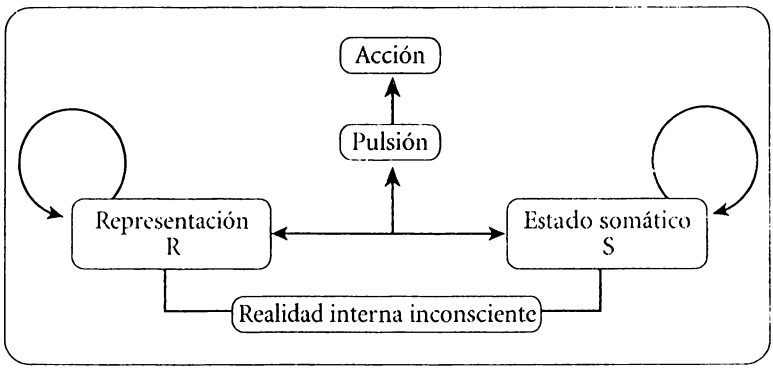


Figura 6.1. La activación de un estado somático S puede reactivar la representación que le estaba asociada. La inversa también es posible. En ambos casos, de esto podrá resultar la activación de la pulsión con un objetivo homeostático.

Estos elementos –huellas y estados somáticos– pueden cruzarse (figura 6.2). Y es así como ocurre que un estado de malestar se encuentra asociado a una experiencia de placer, o a la inversa. Y es así como la huella y su función de tratamiento de la excitación según el principio de placer pueden convertirse en el vector de un más allá del principio de placer.

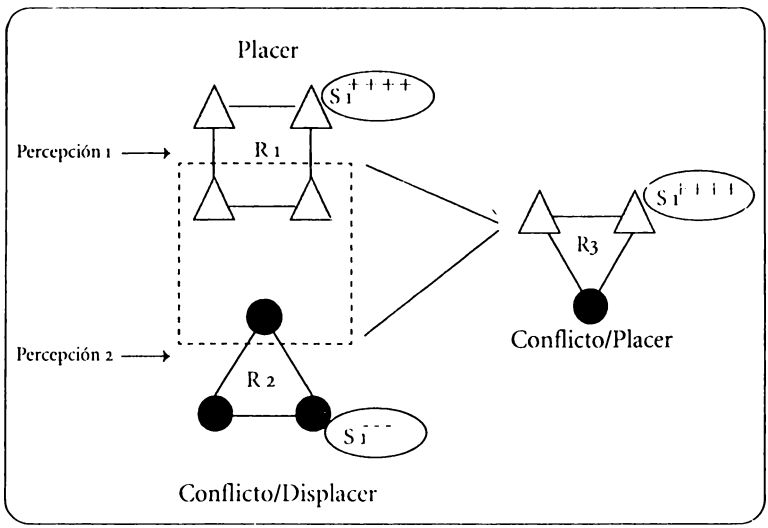


Figura 6.2. Cruzamiento posible de las asociaciones entre R y S.

Imaginemos una representación de una experiencia satisfactoria asociada a un estado somático de placer y otra asociada a una experiencia penosa y a un estado somático de displacer. Por los mecanismos de la plasticidad y de la reasociación de huellas, R y S podrán cruzarse y conducir a la representación de una experiencia penosa asociada a un estado somático de bienestar.

Estas encrucijadas entre representaciones y estados somáticos son realizadas por el dispositivo psíquico del fantasma. Hasta puede considerarse el fantasma como un conjunto de huellas

articuladas entre ellas y asociadas a un estado del cuerpo. En todo caso, el fantasma es una construcción inconsciente donde se asocian el sujeto y lo viviente. Anuda el lenguaje y el tratamiento del exceso de lo viviente; es un modo de tratamiento del exceso de lo viviente y un núcleo de goce siempre dispuesto a despertarse.

Vamos a ser reiterativos: el fantasma es a la vez una solución y un problema; organiza la vida del sujeto, sustenta su deseo: el sujeto ve el mundo a través de la ventana de su fantasma. Como ya hemos dicho, para Lacan el fantasma es un escenario que da su marco a la realidad,[11] lo que no deja de crear malestar y puede conducir más allá del principio de placer. El más allá del principio de placer es estar ebrio de su fantasma, utilizarlo como una adicción. En todo caso, el fantasma mantiene un lazo con un goce que se encuentra incesantemente reactivado a través de él.

Por otra parte, uno puede preguntarse qué ocurre con los sujetos que no pueden constituir un fantasma. En efecto, sucede que ciertas problemáticas psicóticas de la infancia van a la par con una incapacidad de producir un escenario que trate los excesos de lo viviente. Por no poder acercarse al otro, por no poder recibir la incidencia del otro y poder crear representaciones, el niño psicótico se ve arrebatado, desorganizado, fragmentado por los excesos de un goce caprichoso. En los fenómenos psicóticos más extremos, no hay constitución de un fantasma y realización de su operación psíquica, lo que produce un desborde permanente por lo viviente en ausencia de organización de una vida psíquica.

El papel del escenario fantasmático es tratar el exceso de lo viviente. En ocasiones, ese tratamiento se hace de manera uní-

11 Lacan, J., "Allocution sur les psychoses de l'enfant" [1967], *Autres Écrits*, París, Seuil, 2001, p. 366.

voca, repetitiva y rígida, al punto de conducir a una suerte de adicción, en que el fantasma hace las veces de solución para todo e induce a acciones coercitivas, tomadas en una compulsión a la repetición. La compulsión a la repetición pasa por la puesta en juego permanente, repetitiva, de un mismo escenario, que lleva más allá del principio de placer, es decir, al fracaso del principio de placer.

7
El dragón bajo la cama
La compulsión a la repetición

Hay que reconocerlo, no sólo tendemos a seguir una pendiente que nos conduce hacia el displacer, y que forja nuestra propia desdicha, sino que, de manera sorprendente, tendemos a renovar las circunstancias y las conductas que nos llevan hacia esa desdicha. Repetimos el mismo error, reproducimos el mismo obstáculo. Es lo que Freud identificó como una compulsión a la repetición,[1] a la que también designa como el "eterno retorno de lo igual".[2] Y es así, precisamente cuando repetimos, como terminamos por pensar que somos el objeto de un destino que se realiza a pesar de nosotros mismos.[3] Por mucho que seamos los autores de esta repetición, consideramos que la padecemos. Nosotros somos los únicos responsables, pero no queremos saber nada de eso. Consideramos que la repetición es un destino.

Freud da varios ejemplos de esta compulsión a la repetición. Está el enamorado que en cada asunto de corazón con las mujeres atraviesa las mismas fases que lo conducen al mismo fin.

1 "[...] la hipótesis de la compulsión de repetición [...] nos aparece como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona", en Freud, S., "Au-delà du principe de plaisir", *Essais de psychanalyse*, París, Petite Bibliothèque Payot, 2001, p. 70 [trad. esp. cit.: "Más allá del principio del placer", *Obras completas*, vol. XVIII, 1993, p. 23].

2 *Ibid.*, p. 68 [trad. esp. cit.: *ibid.*, p. 22].

3 En efecto, Freud dice que la compulsión a la repetición puede ser interpretada como una "compulsión de destino", *ibid.*, p. 70.

O esos hombres "cuyas amistades en su totalidad culminan con la traición del amigo". Aquellos que de este modo hacen exactamente lo mismo, por sí mismos, se dicen que no se trata de ellos, que no son responsables de aquello que, sin embargo, ellos mismos producen. Creemos que padecemos, pero algo nos lleva a manifestar en la repetición las mismas experiencias.[4]

Llevando el análisis un poco más lejos, se comprueba que existen dos dimensiones en ese comportamiento finalmente muy común: por un lado, un impulso activo a repetir lo mismo, a volver a ponerse en las mismas situaciones, a hacer de modo que las mismas posturas y los mismos obstáculos se reproduzcan de manera regular; por otro lado, una no conciencia de la responsabilidad de las situaciones en las que nos ponemos. Hay por lo tanto lo que podría llamarse una "anosognosia", una ausencia de reconocimiento de la causa de esas situaciones complejas en las cuales nos ponemos nosotros mismos y de las que finalmente somos responsables.

Esta compulsión a malograr el principio de placer es tan inconsciente como evidente. Evidente tanto en el nivel del sujeto como en el de la sociedad. Por otra parte, es una de las fuentes del malestar en la cultura. Una fuerza trabaja para llevar a cada uno hacia el displacer y a repetirlo. Sujeto y sociedad parecen tomados por un impulso que los lleva a no querer su bien, de manera repetitiva.

¿De dónde viene esta compulsión a la repetición? ¿Cuál es su relación con el principio de placer? ¿En qué condiciones interviene? Son cuestiones que planteó Freud[5] y que él nos invita a

4 Freud, S., "Au-delà du principe de plaisir", *op. cit.*, p. 69.

5 "Ahora bien, si en lo anímico existe una tal compulsión de repetición, nos gustaría saber algo sobre la función que le corresponde, las condiciones bajo las cuales puede aflorar y la relación que guarda con el principio de placer, al que hasta hoy, en verdad, habíamos atribuido el imperio sobre el decurso de

replantearnos hoy. *El oficio de vivir*, de Pavese,[6] y *El extranjero*, de Camus,[7] evocan también, entre otras cosas, ese malestar indisociable de nuestro estado de ser humano que tropieza con el sinsentido, en los límites de lo impensable absoluto, con el absurdo: "¿Por qué la vida?" ¿Por qué vivir si la condición humana es en ocasiones tan difícil de soportar?

A esta interrogación algunos le buscan respuestas en movimientos religiosos, para encontrar el sentido que les falta, delegando la responsabilidad de la vida a otra instancia que ellos mismos. La creencia da sentido, la creencia tranquiliza. Las religiones ofrecen ficciones colectivas que tratan el sinsentido de lo viviente. Es una instancia que propone representaciones R para tratar el exceso de lo viviente S. En "El porvenir de una ilusión", Freud sugiere que las religiones constituyen una neurosis colectiva que puede sustituir a la neurosis individual, hasta abstenerse de ella. Para él, la religión constituiría la neurosis infantil de la humanidad.[8] Así, la religión sería una suerte de neurosis de empleo universal lista para ser usada; la adopción de la neurosis universal que es la religión evitaría la tarea de constituir una neurosis personal.[9]

Por lo tanto, como la religión es una ilusión que tiene una función de protección respecto del estado de desamparo propiamente humano, puede –lo que por otra parte hace explícitamente Freud– ser referida al estado de desamparo del lactante.[10]

los procesos de excitación en la vida anímica", *ibid.*, p. 69 [trad. esp. cit.: *ibid.*, p. 23].

6 Pavese, C., *Le Métier de vivre*, París, Gallimard, col. "Du monde entier", 1958.

7 Camus, A., *L'Étranger*, París, Gallimard, 1942.

8 Freud, S., *L'Avenir d'une illusion* [1927], París, PUF, 1980, p. 61.

9 *Ibid.*, p. 62.

10 "Ya sabemos que la impresión terrorífica que provoca al niño su desvalimiento ha despertado la necesidad de protección", *ibid.*, p. 43 [trad. esp. cit.: "El porvenir de una ilusión", en *Obras completas*, vol. XXI, 1990, p. 30].

El porvenir de una ilusión, en consecuencia, sería primero el pasado de una ilusión.[11] La ilusión funciona como una solución frente al desamparo; la ilusión, como el fantasma, es una solución y un problema al mismo tiempo; las peores masacres de la historia ¿no fueron realizadas en nombre de esa ilusión que es la religión? La ilusión sería en el nivel colectivo lo que el fantasma es en el nivel individual. Como el fantasma, puede conducir a posiciones rígidas, coercitivas y repetitivas, ordenadas por certezas dogmáticas que pueden conducir al fanatismo. El hombre puede ser esclavo de la ilusión como lo es del fantasma. Si puede encontrar algún consuelo en la religión, en ocasiones también una fuente de humanidad, todo puede también transformarse en su contrario. Como en esos frescos de Ambrogio Lorenzetti en el Palazzo Pubblico de Siena que presentan una alegoría del buen gobierno en el que reinan las virtudes teologales –la fe, la caridad, la esperanza– y las virtudes cardinales –la fuerza, la prudencia, la temperancia, la justicia–. Todas estas virtudes pueden invertirse y ofrecer las características representadas en la alegoría inversa, la del mal gobierno, en el que la avaricia, el orgullo, la vanidad generan la miseria, y los abusos, la destrucción, la hambruna, la guerra, el robo, la tiranía, toman la delantera. Fundamentalmente, las dos caras de la ilusión, como las dos caras del fantasma, dependerán de los estados somáticos a los que están asociadas las representaciones, desde las más apaciguadoras hasta las más destructivas. En ocasiones, la religión, como el fantasma, hace las veces de criada para todo servicio.

11 Por otra parte, cabe sorprenderse de que frente a sus desarrollos Freud haya escogido como título "El porvenir de una ilusión" más que el pasado de una ilusión, en referencia al estado de desamparo: acaso fuera la idea de una superación de esta ilusión por el psicoanálisis o la ciencia lo que se halla en la base de su elección. ¿Realmente llegamos a eso en la actualidad? ¡Se puede medir hasta qué punto no es eso lo que ocurre!

Como con el fantasma, con la religión pueden tenerse comportamientos de adicción: así llegamos a Freud, que hacía un paralelo entre el uso de la religión y el de los narcóticos.[12]

Otra estrategia de lo humano para pacificar el exceso de lo viviente es crear situaciones que den la razón al hecho de experimentar el malestar de la vida. En efecto, es posible fabricarse razones para ser desdichado, así fuesen totalmente artificiales. Puede darse un valor excesivo a pequeñas contrariedades de la vida para canalizar y neutralizar un malestar difuso: una nube delante del sol, un lugar codiciado del parking ocupado por algún otro, un embotellamiento, un tren demorado; cosas que suministran otros tantos soportes para focalizar con pocos gastos una insatisfacción subyacente. En esta estrategia, todo es bueno para taponar ese mal de vivir difuso que atormenta al sujeto, esa constante puesta en tensión entre un estado somático y una representación.

De manera significativa, las religiones, los mitos, las ficciones a los que se apega el ser humano y las sociedades ponen en juego un paraíso perdido para siempre. Este paraíso es proyectado a partir de la pérdida de un supuesto estado de equilibrio, de armonía, de felicidad, y esta pérdida, también ella supuesta, se convierte así en la fuente de un mal de vivir ligado con la condición humana. Pero la suposición de la existencia de un paraíso del que habríamos sido echados es también una retroproyección a partir de nuestra insatisfacción presente. Es como con la experiencia primera de satisfacción. ¿Realmente ocurrió? ¿O bien se la imagina precisamente a partir de una falta en la satisfacción? Es así como el hombre corre tras ilusiones, como está dispuesto a sacrificarlo todo por una ilusión. Al padecer un impulso constante ligado con el mal de vivir, el hombre crearía entonces él

12 Freud, S., *L'Avenir d'une illusion*, *op. cit.*, p. 69.

mismo situaciones en las cuales encuentra una desdicha, que puede objetivar y que da sentido a su malestar. Se transforma en chivo expiatorio de él mismo. Una vez identificadas las circunstancias que "marchan" a este fin, entonces tenderá a reproducirlas, a repetirlas a manera de antídoto. Ésta sería otra explicación de esa tendencia a repetir que, en menor o mayor medida, todos presentamos.

Volvemos entonces a la cuestión crucial que habita este libro: la de la relación entre lo pulsional y la compulsión a la repetición. La pulsión apunta a la descarga, a la reducción, a la constancia, a la supresión de la tensión interna. La descarga de la pulsión apunta a la homeostasis (véanse los capítulos 2 y 4). Ahora bien, hemos comprobado hasta qué punto esto no funciona. Interfieren procesos que conducen al displacer, a la tensión, a un más allá del principio de placer, en el que entra en juego un goce insoportable que invade al sujeto, que lo desorganiza. Este goce está en exceso respecto de todos los procesos de regulación. Desde esta perspectiva, el cerebro sería una suerte de órgano homeostático, pero también una "máquina de fracasar", que torna imposible la realización del objetivo, que impide alcanzar aquello hacia lo cual tienden todos nuestros procesos fisiológicos.

En consecuencia, ¿cuál es esa fuerza que se origina en el sujeto y que invade todos los procesos reguladores que tiene a su disposición? Ésta es la pregunta con la cual tropieza Freud en "Más allá del principio de placer". ¿Hay que ver en esto un masoquismo originario o un sadismo vuelto contra la propia persona?[13] ¿De dónde viene este impulso de destrucción y qué hacer con él? Aquí llegamos a los interrogantes de Freud sobre la guerra y la

13 Freud, S., "Le problème économique du masochisme" [1924], *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, pp. 287-297.

desilusión que le está unida,[14] donde se demuestra que el comportamiento de los humanos está determinado por mociones pulsionales, algunas de las cuales pueden conducir a la destrucción, cuando cede la tendencia ejercida para inhibirlas por lo que respecta a su objetivo, ya sea por el propio sujeto, sus valores, sus ideales, su superyó, o también por la civilización, la cultura o la educación. Si hasta ahí ellas funcionaban enmascaradas, combinadas, en formaciones reactivas[15] –donde el egoísmo se convierte en altruismo, donde la crueldad se convierte en compasión–, en ciertas situaciones extremas, como la guerra, pueden reaparecer crudamente, desprovistas de la "ambivalencia de sentimiento"[16] por la cual hasta entonces estaban contenidas. Cuando todo eso no está ya ligado, el dispositivo pulsional sobre el cual reposa nuestra aptitud para la civilización[17] puede estallar, y las pulsiones destructivas pueden tomar la delantera, más allá de todo cuanto uno habría podido imaginar de personas de apariencia hasta entonces más o menos civilizada. No es sólo el psicoanálisis el que condujo a esta comprobación, la historia de nuestras sociedades lo revela, a través de la evidencia de crueldades inimaginables que allí pueden desencadenarse, como también lo explicita a su manera Milan Kundera: "La mayoría de la gente se mueve en un círculo idílico entre el

14 Véase en particular el primer capítulo, "Les désillusions causées par la guerre", en Freud, S., "Considérations actuelles sur la guerre et sur la mort", *Essais de psychanalyse*, *op. cit.*, pp. 11-29.

15 "Estas mociones primitivas [...] [son] inhibidas, guiadas hacia otras metas y otros ámbitos, se fusionan unas con otras, cambian sus objetos, se vuelven en parte sobre la persona propia. Formaciones reactivas respecto de ciertas pulsiones simulan la mudanza del contenido de éstas, como si el egoísmo se hubiera convertido en altruismo, y la crueldad, en compasión", *ibid.*, p. 19 [trad. esp. cit.: "La desilusión provocada por la guerra", en "De guerra y muerte. Temas de actualidad", *Obras completas*, vol. XIV, 2000, p. 283].

16 *Ibid.*, p. 20 [trad. esp. cit.: *ibid.*].

17 *Ibid.*, p. 26.

hogar y el trabajo. Viven en un territorio seguro fuera del bien y del mal. La visión de un hombre que asesina los horroriza sinceramente. Pero basta con que los saquen de ese territorio tranquilo para que se conviertan en asesinos sin darse cuenta".[18]

Para tratar de percibir las fuentes de esta destructividad, Freud reacondicionará su teoría de las pulsiones, suponiendo la existencia de una pulsión de muerte, que todos esos fenómenos extremos y tan invasores lo obligan a postular.[19] La pulsión de muerte, en la base de la tendencia a la destrucción, es para Freud un retorno a lo inanimado, una fuerza aniquiladora, de retorno a un estado anterior a la vida, hacia una caída de lo viviente por debajo del umbral de lo que Freud postulaba en un tiempo como el principio de constancia que mantiene la vida. Vuelta hacia sí, la pulsión de muerte conduce a la autodestrucción; dirigida hacia el exterior, se manifiesta como pulsión de destrucción, en la base de esa destructividad asombrosa que es lo propio del ser humano.[20]

18 Kundera, M., *La Valse aux adieux*, París, Gallimard, col. "Folio", 1995, p. 111.

19 Al final de "Más allá del principio de placer", Freud resume de una manera muy concisa e impactante el reacondicionamiento de su teoría de las pulsiones alrededor de la introducción de una pulsión de muerte: "La oposición entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales se convirtió en la que media entre pulsiones yoicas y pulsiones de objeto, ambas de naturaleza libidinosa. Pero en su lugar surgió una nueva oposición entre pulsiones libidinosas (yoicas y de objeto) y otras que han de estatuirse en el interior del yo y quizá puedan pesquisarse en las pulsiones de destrucción. La especulación convirtió esta oposición en la que media entre pulsiones de vida (Eros) y pulsión de muerte", en Freud, S., "Au-delà du principe de plaisir", *Essais de psychanalyse*, *op. cit.*, p. 123 [trad. esp. cit.: "Más allá del principio del placer", *Obras completas*, vol. XVIII, 1993, p. 59, n. 27].

20 Las dos tendencias están ligadas: para luchar contra el movimiento interno de la pulsión de muerte, se la puede invertir y volverla contra otro. Se pone así al servicio de la destrucción. Como ya lo vimos también en este libro, ésa es la tesis central de Freud en su carta a Einstein redactada en 1932, publicada bajo el título de "¿Por qué la guerra?": uno se salva a sí mismo destruyendo al

La pulsión de muerte, vuelta contra uno mismo, ¿estaría en la base de la compulsión a la repetición, esa compulsión en la que el sujeto incesantemente –inconscientemente– se vuelve a poner en las condiciones de lo que puede perjudicarlo, en la perspectiva de un displacer seguro, más allá del principio de placer? ¿Qué fuerza puede fijarnos en semejante repetición deletérea? ¿Qué puede incluso hacernos dependientes de ella, al punto de no dejar de volver, de servir a lo que nos perjudica, lo que nos destruye? Hay aquí una especie de dependencia. ¿No dicen acaso los sujetos dependientes que son conscientes de los efectos negativos de su adicción pero que, a pesar de eso, experimentan un impulso irresistible a repetir un gesto del que sin embargo saben que los conducirá a un displacer subsiguiente cada vez más fuerte? La compulsión a la repetición, en efecto, puede conducir a una suerte de adicción sin sustancia; puede adoptar la forma de una adicción a un escenario inconsciente, propio del sujeto, es decir, efectivamente a una adicción a un escenario de displacer, un escenario fantasmático inconsciente, una droga única de cada uno. A cada cual su fantasma, aunque la dependencia compulsiva de ese fantasma adopte mecanismos universales, propios de toda dependencia.

El fantasma es una fabricación que el sujeto construye poco a poco al capricho de sus obstáculos frente a lo real: a lo real de la muerte como irrepresentable,[21] del mismo modo que a lo real del origen, igualmente irrepresentable.[22] ¿De dónde vengo? ¿Por

otro, en Freud, S., "Pourquoi la guerre?" [1933], *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, vol. II, p. 211.

21 "Nuestro inconsciente es [...] inaccesible a la representación de la muerte propia", en Freud, S., "Considérations actuelles sur la guerre et sur la mort" [1915], *Essais de psychanalyse*, París, Petite Bibliothèque Payot, 1981, p. 31 [trad. esp. cit.: "Nuestra actitud hacia la muerte", en "De guerra y muerte. Temas de actualidad", *Obras completas*, vol. XIV, 2000, p. 300].

22 Ansermet, F., *Clinique de l'origine*, Lausana, Payot, 1999.

qué ahora, y no en otra época? ¿Por qué aquí, y no en otra parte? ¿Tiene un sentido todo esto? ¿Por qué estoy en el mundo? ¿Cuál es el papel de la relación que mantengo con estas personas que se definen como mis padres? ¿Cómo integrar la llegada de un hermano o una hermana? ¿Cómo dominar este deseo sexual que me sorprende? Toda una serie de preguntas a las que la cría humana debe dar respuesta. Entre las respuestas que va a ofrecer, algunas son inconscientes y constituyen su escenario fantasmático personal. De hecho, cada uno de nosotros se construye a partir de escenarios construidos para explicar lo inexplicable. La experiencia clínica nos enseña que esos escenarios pueden molestarnos en nuestra relación con la realidad, volviéndose cada vez más costosos: un escenario fantasmático puede llevar a repetir los mismos obstáculos, sin saberlo, de manera inconsciente, ¡a espaldas de nuestra propia voluntad![23]

En su desamparo, un niño puede encontrar una solución localizando la causa de su desasosiego en una amenaza exterior, algo que le da miedo, un mundo que lo asusta, un animal que lo vuelve temeroso, todo tipo de disposiciones que le permiten pacificar ese temor, esa angustia difusa. Luego, puede caer en la trampa de ese escenario e identificar a cualquiera como malvado, amenazador, que le desea el mal. De este modo, se entrampa en su solución. Esto es una característica de la fobia, que procede como una muralla contra la angustia,[24] pero puede convertirse en una fuente permanente de angustia, de malestar, limitando la libertad del sujeto que, poco a poco, va a organizarse alrededor de su síntoma fóbico. El objeto fóbico viene a tapar el agu-

23 Para retomar con humor la afirmación de un famoso ciclista, a propósito del consumo de sustancias dopantes.

24 Véanse los desarrollos de Lacan sobre la fobia del caso del Pequeño Hans, uno de los cinco casos presentados por Freud, en Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro IV: *La Relation d'objet* [1956-1957], París, Seuil, 1994.

jero de la angustia. Apacigua la angustia al tiempo que puede desencadenarla. La fobia, como cualquier síntoma, es el producto de un conflicto psíquico entre una moción pulsional y una serie de defensas que construye el sujeto. Entrampa al sujeto en su solución.

La compulsión a la repetición, por su parte, es más insidiosa que el síntoma. Es más enigmática, pues pone en juego todos los mecanismos de placer para producir displacer. El fantasma puede promover una repetición, pero la compulsión a la repetición que está ligada a la paradoja placer/displacer es de otro orden. Un sujeto inventa ficciones para tratar lo real fuera de sentido; éstas quizá funcionaron en una época precoz de la vida, o en todo caso dieron la impresión de funcionar. El niño pequeño, al identificar sus angustias con un dragón o con un monstruo bajo su cama, las hace a un lado, las tapona, las neutraliza y, finalmente, encuentra cierto apaciguamiento. No obstante, a medida que se desarrolla, a medida que la vida se complejiza, sus ficciones que antaño le servían pueden volverse inoperantes. Resulta difícil pensar que uno resuelve la angustia ligada con un conflicto profesional identificando a su jefe con un dragón: ¡necesariamente, la cosa ya no funciona! Así, lo que pudo crear placer en un momento, más tarde crearía displacer. Entrampado en sus construcciones, va a encontrar entonces una satisfacción en sus obstáculos, gozar de su síntoma, amar sus imposibilidades más que a él mismo, reproduciendo compulsivamente aquello que, sin embargo, lo perjudica.

8
La cara oculta del placer
Pulsión, compulsión y procesos oponentes

Tras haber discutido acerca de los principios que, en el marco del psicoanálisis, podrían explicar la repetición, en el ser humano, de escenarios que conducen a la insatisfacción, al displacer y a la desdicha, y tras haber analizado la similitud entre la compulsión a la repetición y el proceso de adicción y de dependencia a las drogas –abriendo incluso la posibilidad de considerar el fantasma como una adicción–, nos parece que ha llegado el momento de examinar los mecanismos de la adicción tal y como las neurociencias contemporáneas los presentan y de retomar la evidencia clínica de la compulsión a la repetición desde el punto de vista neurobiológico.

Una observación corriente de la vida cotidiana es la tendencia a repetir situaciones que desembocan en cierto malestar. ¡Cuántas veces hemos oído a personas decir después de las fiestas de Navidad: "Comí demasiado, subí de peso, no tendría que haberlo hecho…"! Cuántas veces oímos a personas en las tiendas decir: "Estoy gastando demasiado dinero…", cuando están comprándose el enésimo pulóver que, al fin y al cabo, nunca van a usar. En estas situaciones muy comunes, un aspecto en principio hedónico, que supuestamente trae placer –comprarse un pulóver–, trae aparejado por lo tanto un proceso antihedónico.

En los comportamientos humanos, dos tendencias, a nuestro juicio, presentan un aspecto enigmático: la coexistencia del placer y el displacer; la tendencia a repetir los actos que los anudan hasta convertirse en un callejón sin salida. Para avanzar en la teorización de esta doble característica, en las líneas que siguen nos apoyaremos en la construcción que propusimos en nuestro primer libro *A cada cual su cerebro*,[1] en el que dábamos una gran importancia a la constitución de lo que hemos llamado la realidad inconsciente. En este marco, el fantasma es constituido a partir de huellas asociadas con estados somáticos; de esta interacción entre las representaciones R y los estados somáticos S emerge la pulsión (figura 8.1).

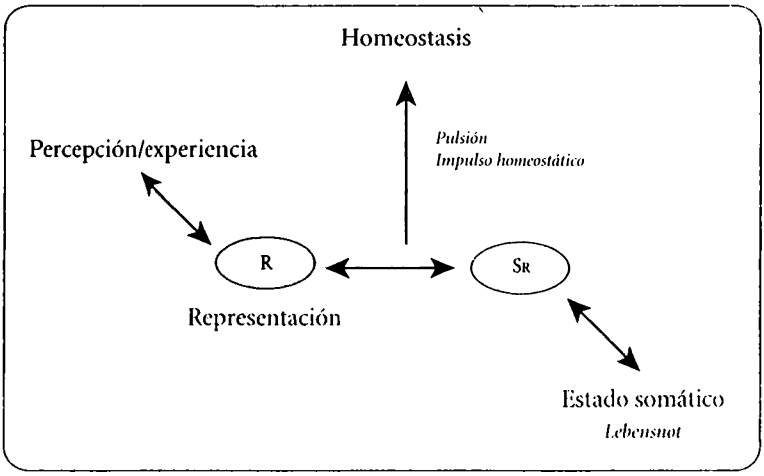


Figura 8.1. El impulso homeostático resultante del lazo entre R y S permite la descarga pulsional de la excitación y el restablecimiento de un estado de homeostasis.

1 Ansermet, F., Magistretti, P., *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2006.

La pulsión es a nivel inconsciente lo que la motivación o la toma de decisión a nivel consciente (figura 8.2).

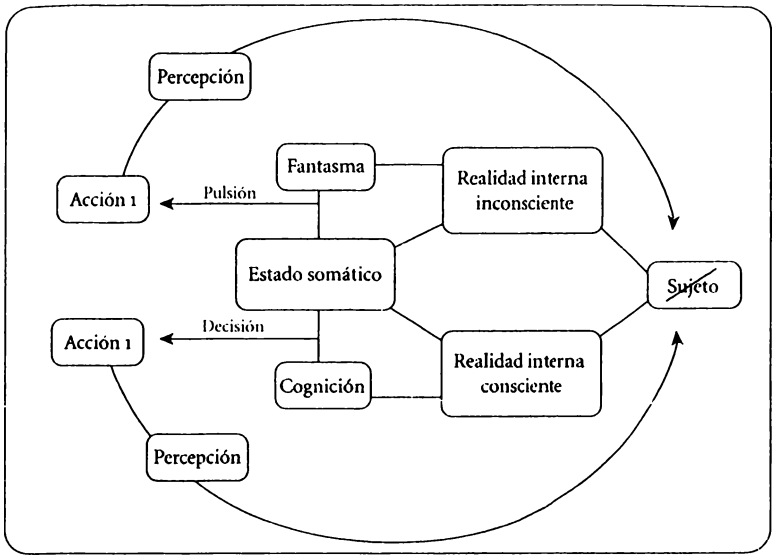


Figura 8.2. Por los mecanismos de la plasticidad se constituyen las realidades internas del sujeto –consciente e inconsciente–, ambas asociadas a estados somáticos. De la tensión entre los estados somáticos y las representaciones que constituyen las realidades internas derivan la toma de decisión (en el nivel consciente) y la pulsión (en el nivel inconsciente). Las acciones producidas por estos dos procesos son igualmente percibidas por el sujeto.

Detengámonos un instante en la tensión entre el estado somático y la representación de la que emerge la pulsión, es decir, la determinación inconsciente de efectuar cierta acción. Para retomar el ejemplo presentado más arriba, la persona que tiene una pulsión a comprarse regularmente el enésimo pulóver –aunque eso comprometa su situación financiera y no lo necesite– presenta un comportamiento que puede ser visto como una adicción;

existe, desde el punto de vista clínico, la adicción a las compras compulsivas. Esta compulsión a la repetición, de reintervención compulsiva del fantasma, tiene algo que evoca las situaciones de dependencia a las drogas. Y es ese paralelismo lo que permite establecer un puente con las neurociencias contemporáneas, las cuales, en el curso de los últimos veinte años, exploraron de manera muy convincente los mecanismos biológicos en la base de los fenómenos de adicción. Sin exageración, puede decirse que el campo de la neurobiología de la adicción es uno de los aspectos de las neurociencias en los que se realizaron más avances en unión con la psicopatología.

En los últimos años, Georges Koob en San Diego y Michel Le Moal en Burdeos, ambos neurobiólogos, elaboraron un marco de reflexión para el análisis de los mecanismos de dependencia a las drogas con referencia a la teoría de los procesos oponentes.[2] Esta teoría, validada por las observaciones experimentales, plantea la existencia de una transición fundamental en el pasaje de la toma ocasional de droga a una verdadera dependencia, de una toma de droga fundada en la impulsividad a una toma de droga compulsiva. La base de esta transición sería la activación *simultánea* por las drogas de circuitos neuronales que la neurobiología define como los circuitos de recompensa y los circuitos neuronales llamados de antirrecompensa.[3]

Los circuitos de recompensa tienen su origen en núcleos profundos del cerebro (telencéfalo basal) de donde se proyectan a diversas regiones que se reagrupan bajo el término de amígdala extendida (figura 8.3 a).

2 Koob, G. F., Le Moal, M., "Review. Neurobiological mechanisms for opponent motivational processes in addiction", *Philos. Trans. R. Soc. Lond. B. Biol. Sci.*, 363, 1507, 2008, pp. 3113-3123.

3 Koob, G. F., Le Moal, M., "Addiction and the brain antireward system", *Annu. Rev. Psychol.*, 59, 2008, pp. 29-53.

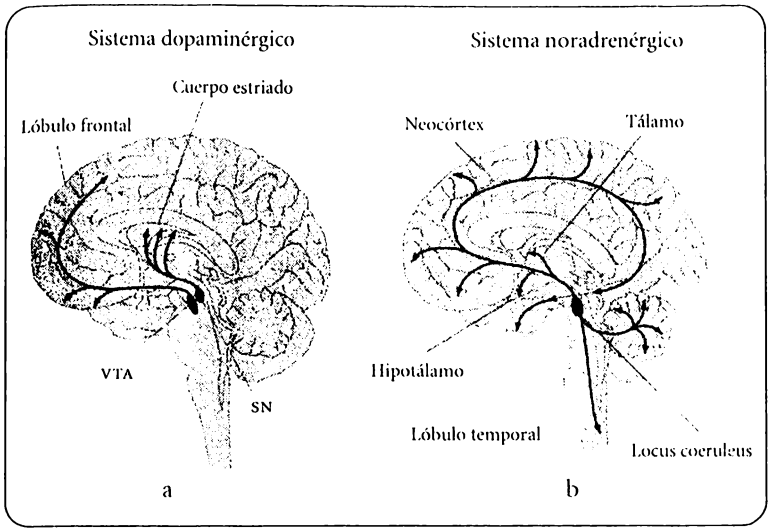


Figura 8.3 a. Representación esquemática de las vías dopaminérgicas. **b.** Representación esquemática de las vías noradrenérgicas.

Esta región comprende en particular el núcleo amigdaliano, el nucleus de la estría terminal y el núcleo accumbens. Estos circuitos que utilizan el neurotransmisor dopamina son activados por todas las sustancias adictivas durante una toma aguda, ya sea de opiáceos (morfina, heroína), de cocaína, de alcohol o de nicotina[4] (figuras 8.4 a y b).

Hasta entonces nada muy enloquecedor, de no ser acaso la llave de la felicidad en un mundo ideal, o sea, la activación de esos sistemas por sustancias o situaciones que tienen un valor hedónico. El problema proviene del hecho de que se pondrán en juego mecanismos de contrarregulación de manera simul-

4 Russo, S. J., Dietz, D. M., Dumitriu, D., Morrison, J. H., Malenka, R. C., Nestler, E. J., "The addicted synapse: Mechanisms of synaptic and structural plasticity in nucleus accumbens", *Trends Neurosci.*, 33, 6, 2010, pp. 267-276.

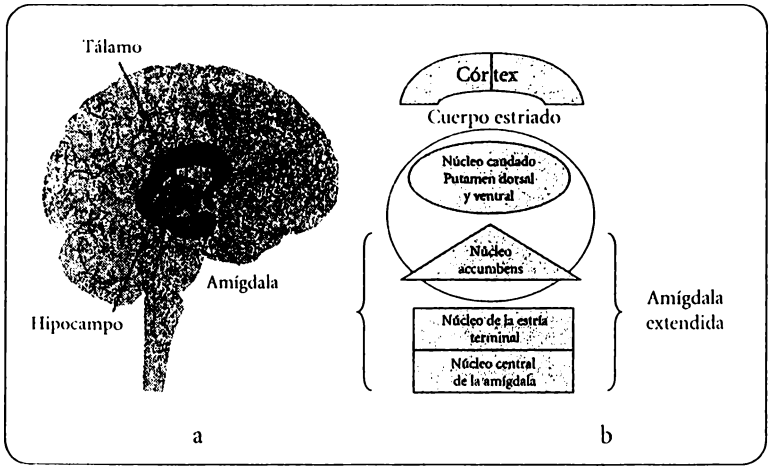


Figura 8.4 a. Relaciones anatómicas del núcleo amigdaliano (amígdala). **b.** Representación esquemática de los núcleos que constituyen la amígdala extendida, que está fuertemente inervada por las fibras dopaminérgicas que tienen su origen en el telencéfalo basal (véase la figura 8.1).

tánea durante la activación de esos sistemas de recompensa. Estos mecanismos de contrarregulación comprenden dos aspectos notables. Por un lado, dan comienzo a un proceso de adaptación a la toma de droga *vía* un fenómeno de plasticidad cerebral: ya que la activación de los sistemas de recompensa induce modificaciones en el nivel de las neuronas de la amígdala extendida, la dopamina liberada durante la activación se vuelve cada vez menos eficaz para producir un efecto hedónico. Este fenómeno, que se añade a la disminución de la liberación basal de dopamina con el tiempo,[5] da cuenta del fenómeno de tolerancia que se instala en caso de toma crónica de droga. Ésta es

5 *Ibid.*

la razón por la cual para llegar a un efecto hedónico los toxicómanos deben aumentar regularmente la cantidad de sustancia absorbida. Con el tiempo, entonces, se instaura una disminución de la eficacia del sistema de recompensa (figura 8.5).

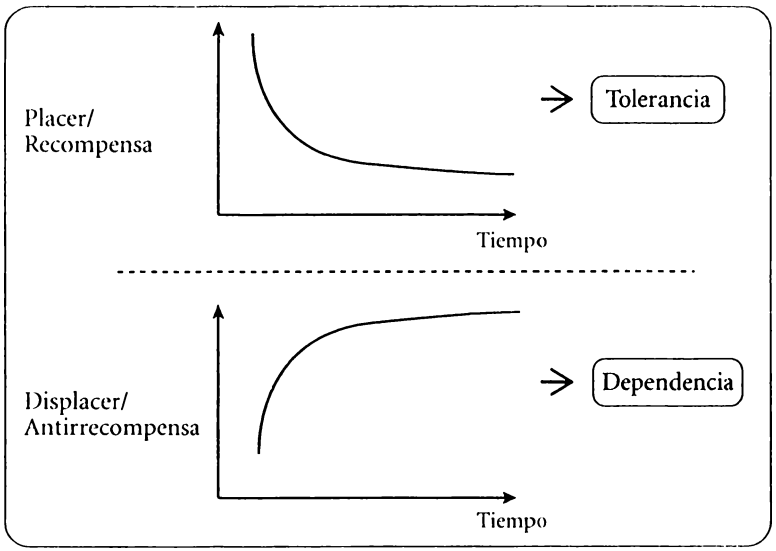


Figura 8.5. El consumo crónico de droga desencadena mecanismos de contrarregulación que desembocan en una disminución del placer (tolerancia) y en un aumento del displacer, motor de la dependencia en la teoría de los procesos oponentes.

Y las malas noticias no se detienen aquí, porque esos mecanismos de contrarregulación acarrean también la puesta en juego, al mismo tiempo que se activa el sistema de recompensa, de sistemas que tienden a mantener la homeostasis equilibrando los efectos del sistema de recompensa. Son estos sistemas los que Koob y Le Moal definieron como los "sistemas de antirrecompensa". También aquí los mediadores implicados fueron identificados: se trata sobre todo de aquéllos liberados por la

activación de los mecanismos de estrés, es decir, el factor de liberación de la corticotropina (CRF) y de la noradrenalina.[6] El CRF, en efecto, es un mediador contenido en neuronas del hipotálamo que activa el eje hipotálamo-hipofisario del estrés, mientras que los circuitos neuronales que contienen la noradrenalina en el cerebro representan una suerte de sistema de estrés intracerebral (figura 8.3 b). Así, el consumo de droga activa la liberación de CRF que, a su vez, estimula la liberación de la hormona corticotropa (ACTH) a partir de la hipófisis anterior, actuando en el nivel de la corticosuprarrenal y desembocando en la producción de cortisol circulante, o sea, la hormona del estrés por excelencia (figura 8.6).

En el nivel intracerebral, las neuronas que contienen la noradrenalina en el locus coeruleus también son activadas y liberan la noradrenalina en todo el cerebro, con excepción, de manera interesante, de las regiones que están inervadas por la dopamina (figura 8.3 b). Y las malas noticias continúan. Mientras que con el consumo crónico de droga el sistema de recompensa dopaminérgica disminuye su eficacia, el sistema de antirrecompensa, mediado por el CRF y por la noradrenalina, por su parte, aumenta en eficacia y por lo tanto crea, con un desfase temporal, un estado de malestar muy importante después del consumo de droga. Este estado está caracterizado por manifestaciones somáticas extremadamente desagradables que constituyen una importante motivación para renovar el consumo de droga.

En resumidas cuentas, el consumo crónico de droga pone al sujeto en un estado de *tolerancia*, porque el efecto de los sistemas de recompensa disminuye con el tiempo y, a la vez, en un estado de *dependencia*, pues los sistemas de antirrecompensa son acti-

6 Koob, G. F., Le Moal, M., "Plasticity of reward neurocircuitry and the 'dark side' of drug addiction", *Nat. Neurosci.*, 8, 11, 2005, pp. 1442-1444.

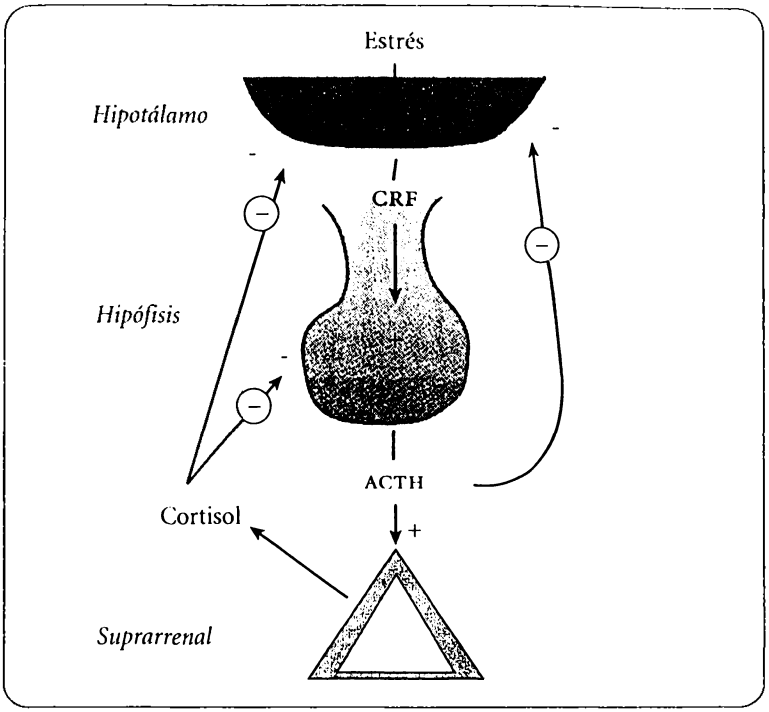


Figura 8.6. Representación esquemática del bucle hipotálamo-hipófiso-suprarrenaliano, que desemboca en la producción de cortisol como consecuencia de un estrés.

vados e impulsan a volver a consumir droga para tratar de recuperar sus efectos hedónicos (figuras 8.5 y 8.7).

Desgraciadamente, mientras que los efectos hedónicos disminuyen con el tiempo, los efectos desagradables aumentan. Es ese círculo vicioso lo que hace pasar de un consumo *impulsivo* de droga en busca de efectos positivos, hedónicos, a un consumo *compulsivo* de droga para evitar los estados somáticos negativos.[7]

7 Koob, G. F., Le Moal, M., "Addiction and the brain antireward system", *op. cit.*

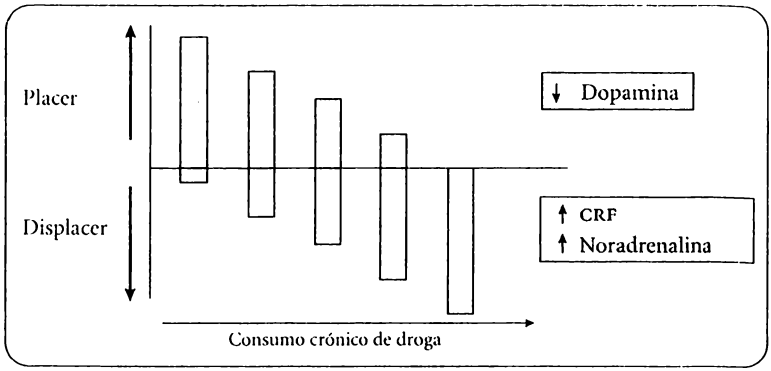


Figura 8.7. Representación esquemática de la dinámica de los mecanismos de recompensa/antirrecompensa durante el consumo crónico de droga.

Reemplacemos ahora los términos impulsión por pulsión, sistemas de recompensa por placer y sistemas de antirrecompensa por displacer (figura 8.8). Se podrá decir que una persona que pone en acto una pulsión que reposa en su escenario fantasmático activa un sistema de placer y, al mismo tiempo, un sistema de displacer.

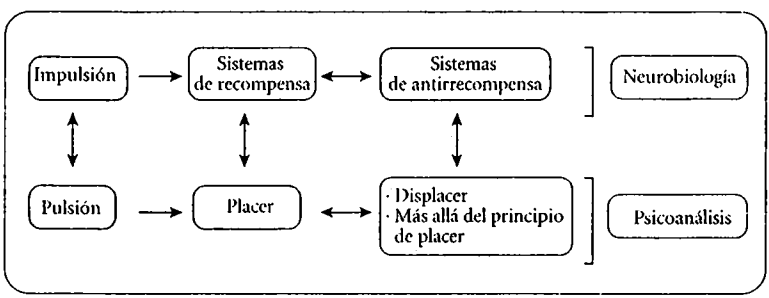


Figura 8.8. Proposición de la relación entre los conceptos de pulsión, impulsión, placer y displacer vistos desde el punto de vista neurobiológico y psicoanalítico.

Mediante este proceso, más que llevar al placer la pulsión conduciría al displacer. Se pasaría así de un sistema en que la pulsión impulsa al placer a un sistema en que la compulsión impulsa a la repetición de un escenario fantasmático con vistas a un placer que se vuelve cada vez más evanescente. Al mismo tiempo, volveríamos a encontrar la idea freudiana de un sistema más allá del principio de placer, como si existiera un "principio de antiplacer".

Así, los avances recientes de las neurociencias en el contexto de la adicción, que proponen la existencia de dos grandes sistemas neuronales y neuroendocrinos implicados en la recompensa y en la antirrecompensa, realmente parecen conducirnos al par placer/displacer en el que estamos interesados desde el comienzo de esta obra. En los capítulos precedentes hemos visto ejemplos que ilustran estas paradojas de la coexistencia del placer y el displacer; en otros términos, que ilustran ese enigma del placer. Podríamos retomar algunos conceptos básicos del psicoanálisis para guiarnos en esta apertura que ofrecen las neurociencias a través de la teoría de los procesos oponentes y su iluminación sobre los mecanismos de adicción. Si el impulso que deriva de la pulsión desemboca en la descarga, por tanto en el placer, es porque la pulsión activa un sistema endógeno de recompensa y sobre todo el sistema dopaminérgico. No obstante, según la teoría de los procesos oponentes, el sistema antirrecompensa, tal y como es definido en el contexto de la adicción, también sería activado; en términos psicoanalíticos, se diría que este sistema obedece a una suerte de "principio de displacer" (figura 8.8). Bajo el efecto de mecanismos de adaptación a largo plazo, el sistema de recompensa se vuelve menos operativo, mientras que la eficacia del sistema de antirrecompensa se incrementa. A medida que la pulsión se descarga, el placer disminuye y el displacer aumenta.

Como en la adicción a las sustancias, estas adaptaciones a largo plazo estarían en la base de los mecanismos de tolerancia y de

dependencia que hacen pasar de un comportamiento de impulsión a uno de compulsión. Encontraríamos así los dos términos de pulsión y de compulsión propios del psicoanálisis: la pulsión como medio de descarga de la excitación que, en principio, produce placer, pero que se difumina con el tiempo, mientras que el displacer se amplifica; la compulsión, cuando uno se pone a repetir de manera concretamente compulsiva los comportamientos que derivan de la pulsión con el objeto de activar un sistema de recompensa cada vez menos operante (figura 8.8).

Enriquecidos por esta nueva iluminación, en esta fase podemos retomar la cuestión que nos ocupaba desde el comienzo de esta obra y que apuntaba al malestar tanto colectivo como individual. ¿Por qué el ser humano reproduce de manera compulsiva comportamientos que, finalmente, lo conducen al displacer, como lo prueba la clínica? El mecanismo de los procesos oponentes es más que una pista prometedora para estudiar la problemática freudiana en el corazón de "Más allá del principio de placer", o sea, la relación entre pulsión y repetición: "Ahora bien, ¿de qué modo se entrama lo pulsional con la compulsión de repetición? Aquí no puede menos que imponérsenos la idea de que estamos sobre la pista de un carácter universal de las pulsiones (no reconocido con claridad hasta ahora, o al menos no destacado expresamente) y quizá de toda vida orgánica en general".[8] El modelo que proponemos aquí permite percibir cómo la descarga de la pulsión produce cada vez menos placer y cada vez más displacer, provocando la emergencia de una compulsión a la repetición a pesar del placer de los actos que supuestamente activan el sistema de placer. Por otra parte, es impactante ver

8 Freud, S., "Au-delà du principe de plaisir", *Essais de psychanalyse*, París, Petite Bibliothèque Payot, 2001, p. 88 [trad. esp. cit.: "Más allá del principio del placer", *Obras completas*, vol. XVIII, 1993, p. 36].

que, también para Freud, realmente parecen existir dos sistemas opuestos: "osaremos suponer –escribe– que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer".[9] La hipótesis de la compulsión a la repetición le parece incluso "como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona".[10] Y también se refiere a "la acción de tendencias situadas más allá de éste [el principio de placer], vale decir, tendencias que serían más originarias que el principio de placer e independientes de él".[11]

En consecuencia, el mismo Freud buscaba los mecanismos biológicos implicados; la biología de su tiempo no se los ofreció. No obstante, él plantea muy claramente la hipótesis de un displacer que no contradice el principio de placer, sino que estaría más bien en paralelo, y esa intuición corresponde de manera sorprendente con los conceptos recientes que acabamos de mencionar en relación con los procesos oponentes. En efecto, Freud supone que lo que es un placer para un sistema puede ser un displacer para otro sistema, y que hay dos sistemas paralelos en la dialéctica entre placer y displacer. Por otra parte, cabe preguntarse por qué no imaginó junto al principio de placer un principio de displacer y por qué en vez de eso prefirió un "más allá del principio de placer" para designar esa lógica ilógica que desemboca en cada vez más displacer. Sea como fuere, vemos cómo la transición de la pulsión a la compulsión a la repetición puede instalarse. El hombre estaría prisionero de esa espiral en la que los actos que supuestamente traen placer de hecho traen displacer. En semejante perspectiva, el "más allá" freudiano nada

9 *Ibid.*, p. 69 [trad. esp. cit.: *ibid.*, p. 22].
10 *Ibid.*, p. 70 [trad. esp. cit.: *ibid.*, p. 23].
11 *Ibid.*, p. 62 [trad. esp. cit.: *ibid.*, p. 17].

tiene de noción trascendente, sino que lisa y llanamente significa "del otro lado", "enfrente", como para los procesos oponentes.[12]

¿Cuál es ahora el alcance práctico de semejante modelo? Más allá de que permite especificar, a través de la ventana neurobiológica, lo que el psicoanálisis enfoca como el más allá del principio de placer, tiene aplicaciones posibles que van de lo biológico a lo societal. En nuestra sociedad actual, en efecto, el malestar es a menudo enfrentado a nivel individual por un abuso de medicamentos psicotrópicos, sobre todo antidepresivos y ansiolíticos. En Francia, alrededor del 25% de la población consume este tipo de sustancias.[13] Algunos encuentran un alivio momentáneo a ese "mal de vivir" que evoluciona a menudo solapadamente hacia la depresión. No obstante, ésta no puede ser una solución a largo plazo, y por diversas razones. Primero porque esos medicamentos enfocan "al costado". En efecto, los antidepresivos actúan sobre los sistemas de la serotonina y de la noradrenalina, y los ansiolíticos sobre los de GABA. Ahora bien, en esas patologías del malestar, los circuitos neuronales implicados son aquellos que utilizan la dopamina o los mediadores del estrés tales como el CRF, el ACTH o el cortisol, que están implicados en el ciclo placer/displacer. Luego, como toda sustancia que actúa sobre la neurotransmisión, los psicotrópicos inducen adaptaciones a largo plazo en el nivel de los circuitos neuronales que ellos enfocan. A lo sumo, tales sustancias pueden producir modificaciones positivas del humor y dar paso a un abordaje psicoterapéutico.

En este contexto, ¿cuál es el lugar de la práctica psicoanalítica? ¿Puede imaginarse que ella enfoca los procesos oponentes que hacen

12 Koob, G. F., Le Moal M., "Addiction and the brain antireward system", *op. cit.*

13 Lecadet, J., Vidal, P., Baris, B., Vallier, N., Fender, P., Allemand, H. y el grupo Médipath, "Médicaments psychotropes: consommation et pratiques de prescription en France métropolitain. I. Données nationales, 2000", *Re. Med. Ass.-maladie*, 34, 2, 2003, pp. 75-84.

pasar de la pulsión a la compulsión, incluso más allá del principio de placer? Uno de los objetivos a los que apunta el psicoanálisis es en verdad llevar al sujeto a que modifique sus representaciones o a que las viva de distinta manera. Para decirlo con otras palabras: el psicoanálisis tendría por objeto la modificación del lazo entre ciertas representaciones y estados somáticos, o proponer uno nuevo. Al deshacer el lazo R-S que determina el sujeto en su fantasma y al abrir a ese sujeto a otros lazos R-S de los que pueden emerger nuevos impulsos pulsionales homeostáticos, el bucle de la compulsión a la repetición podría así ser interrumpido (figura 8.9). Podrían instaurarse otros, pero en un sujeto que en adelante tiene otra postura, otro saber y en quien se desvía menos energía por su sumisión a la representación del escenario fantasmático.

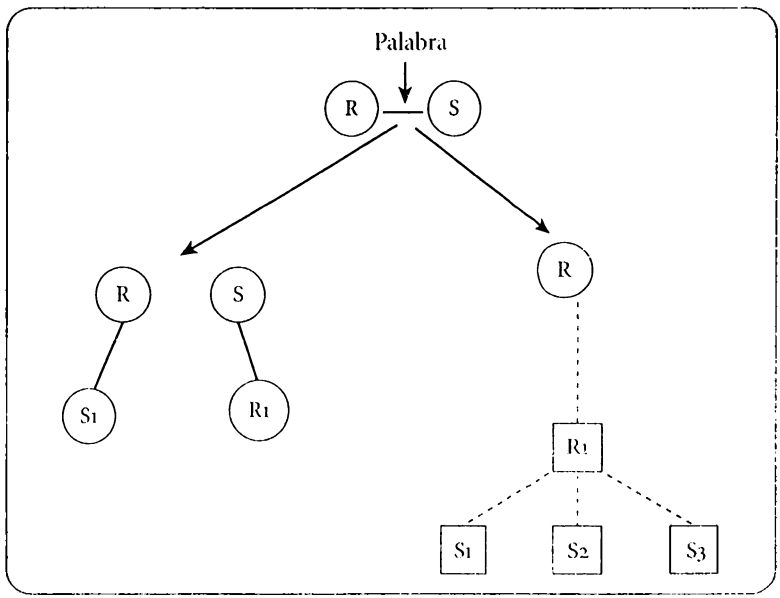


Figura 8.9. Efecto posible de la palabra en el lazo entre R y S. Por el efecto del acto de palabra en el marco terapéutico pueden crearse nuevos lazos entre R y S, liberando así al sujeto de su compulsión a repetir.

9
El cadáver en el bosque
Angustia

La angustia representa para nosotros una de las formas por las cuales se manifiesta el exceso de lo viviente. Por supuesto, lo que es central para el psicoanálisis es la clínica, pero el psicoanálisis también se desplegó en afinidad y confrontación con otros campos que le son conexos, interacciones que en ocasiones representaron avances para la teoría psicoanalítica. Es el caso de las neurociencias; también del arte y, por ejemplo, de la creación musical, que abre la vía al inconsciente, a las voces del inconsciente, para jugar con la homofonía.* Todos los músicos componen con la voz perdida, escribe Pascal Quignard.[1] Lo que no deja de suscitar angustia, a través del surgimiento de algo que no puede reabsorberse, de un exceso de lo viviente que puede hacer irrupción a través de la obra, ya sea por su escucha o por su interpretación. Desde ese punto de vista, *Erwartung*, de Schönberg,[2] representa una obra paradigmática.

Erwartung es también una palabra freudiana. *Erwartung* es la espera, la espera propia de la angustia tal y como Freud la define

* *Voie* [vía] y *voix* [voz, o voces], son homófonas en francés. [N. del T.]

1 "Los hombres componen con la voz perdida", en Quignard, P., *La Leçon de musique*, París, Hachette, 1987.

2 Schönberg, A., *Erwartung*, Monodrama en un acto, *opus* 17.

en "Inhibición, síntoma y angustia".[3] En efecto, Freud asocia la angustia con la espera, ya sea la espera pasiva, sin expectativa, aquella que la lengua alemana identifica a partir del verbo *abwarten*; ya la espera de un acontecimiento pensable, en todo caso la espera de algo, una espera que el alemán distingue mediante el término *Erwartung*.

La angustia es un estado del cuerpo. En la angustia, todavía no es cuestión de placer y displacer, estados que ya implican representaciones. Con la angustia, uno está en el vacío. Freud remite el origen de la angustia al estado de desamparo del lactante (*Hilflosigkeit*),[4] que también está impregnado de espera. Lacan discute muy precisamente la distinción hecha por Freud entre *Erwartung* y *abwarten*.[5] Él retoma esta distinción para convertirla en las dos vertientes de la espera en juego en el desamparo. Una de las vertientes –la "*Erwartung*"– es espera de cualquier cosa, por ejemplo del seno materno. La otra vertiente –la del "*abwarten*"– es una espera de no se sabe qué, porque aún no ha ocurrido nada.[6] Podría decirse que es alrededor de estas dos versiones de la espera que gira la *Erwartung* de Schönberg. Del mismo modo, también se la puede considerar como una obra muy clínica, creada en el tiempo de la invención freudiana.

3 Freud, S., "Addendum B", *Inhibition, symptôme et angoisse* [1926], París, Seuil, 1986, pp. 94-98 ["Addenda B: Complemento sobre la angustia"].

4 Véase también a este respecto Freud, S., "Addendum C", *Inhibition, symptôme et angoisse*, *op. cit.*, p. 99 ["Addenda C: Angustia, dolor y duelo"].

5 Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro VII: *L'éthique de la psychanalyse* [1959-1960], París, Seuil, 1986, p. 351.

6 Véase cómo la define Lacan en ese *Séminaire* VII, p. 351: "Es propiamente esto lo que Freud, hablando de la angustia, designó como el fondo sobre el que se produce su señal, a saber, la *Hilflosigkeit*, el desamparo, en el que el hombre en esa relación consigo mismo que es su propia muerte [...] no puede esperar ayuda de nadie" [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 7: *La ética del psicoanálisis*, Barcelona/Buenos Aires/México, Paidós, 1997, p. 362].

Pero volvamos a Schönberg. La creación de *Erwartung* es en sí misma toda una historia. Una etapa sobresaliente es por cierto una de las primeras representaciones de *Salomé* de Strauss a la que Schönberg y Berg asisten juntos en Gratz.[7] Como hemos visto, *Salomé* pone en escena una locura femenina, entre una sexualidad imposible y un exceso del goce. Schönberg fue marcado por *Salomé* y por las disonancias sobre las que descansa la música de Strauss; bajo su influencia, se decide a levantar el desafío y a componer disonancias sin ninguna resolución. De aquí resultan las primeras obras atonales de Schönberg, su fase llamada expresionista, en la que precisamente se ubica *Erwartung*.

Schönberg le pide un libreto a Marie Pappenheim, que es la sobrina de Berta Pappenheim, la paciente de Breuer y de Freud, la famosa Anna O de los "Estudios sobre la histeria".[8] Marie Pappenheim escribe un monodrama centrado en la angustia y la espera. Una mujer está en busca de su amante en el bosque; lo espera desde hace algunos días; lo busca con angustia; también está celosa, porque de noche lo oyó pronunciar el nombre de otra mujer. Ahí está, en el bosque, cerca de la casa de su rival. Bajo la luna pálida, los árboles se mueven, ella tropieza con las raíces, sus percepciones están perturbadas, difractadas, fragmentadas. Hasta el momento en que tropieza con el cadáver de su amante, lanzando ese famoso grito: *Hilfe*, la nota *si*, que lanza toda la orquesta en una tensión insostenible.

Para Schönberg, el expresionismo no es una forma romántica de la expresión de sí mismo; es el surgimiento de un exceso que hace irrupción. En *Erwartung* hay elementos que podrían ser comparados con la biografía del autor. La composición de

7 *Salomé* fue compuesta en Dresde en 1905.

8 Freud, S., Breuer, J., *Études sur l'hystérie* [1895], París, PUF, 1973.

Erwartung corresponde en efecto a un elemento de la vida de Schönberg. Los celos, la angustia, la desesperación, cosas que él mismo conoció cuando su mujer Mathilde lo engañó con el pintor Richard Gerstl, con quien él mismo proseguía cursos de pintura. Mathilde volverá con Arnold Schönberg, pero Gerstl se suicidará tras haber quemado todos los cuadros que aún se hallaban en su posesión.

La acción de *Erwartung* se ubica en un clima de angustia, de espera, de desesperanza. No hay acción, sino una espera ansiosa que mezcla el peligro concreto del bosque y el peligro pulsional, el desborde surgido de lo viviente. Monodrama de los celos, jamás se sabrá en esta ópera si la mujer descubre el cadáver por azar o si ella mató a su amante, volviendo luego al lugar del drama. Para la historia menuda, aclaremos que Schönberg compone la partitura de *Erwartung* en diecisiete días, del 27 de agosto al 12 de septiembre de 1909, un año después del suicidio de Gerstl. Publicada en 1917, *Erwartung* será estrenada en Praga sólo en 1924. Y es en 1926 cuando Freud publica "Inhibición, síntoma y angustia".

El personaje femenino de *Erwartung* está tomado por un exceso de profusiones perceptivas, de falsas percepciones, de alucinaciones, de percepciones sin objeto; experimenta un estado que evoluciona hacia lo insostenible, expresado por una composición musical de una tensión extrema. La música atonal que inventa Schönberg pone en juego una disonancia que nunca se resuelve en consonancia. Para Wagner, por ejemplo en *Tristán e Isolda*, que también debe ubicarse en la serie que va de *Salomé* a *Erwartung*, la resolución siempre es diferida para más tarde, pero ocurre; la inmensa curva de disonancia que dura varias horas termina por desembocar en una resolución.

Más que tender hacia una resolución diferida de la disonancia, Schönberg, por su parte, lleva a cabo el ejercicio de abste-

nerse totalmente de ella. El resultado es la manifestación del instante, de la discontinuidad del instante, en que la percepción del presente, cortada tanto del recuerdo del pasado como de la anticipación del porvenir, precipita al que escucha esta música en un fuera del tiempo, semejante al sueño o, más bien, a la pesadilla. Es así como toda la obra *Erwartung* puede ser comprendida como una pesadilla.[9] Como en el inconsciente, no hay tiempo, no hay lugar, no hay contradicción, no hay negación.

Schönberg practica la profusión de emociones en un modo asociativo, creando un verdadero protocolo sismográfico, como dice Adorno.[10] La repetición musical produce un efecto de despersonalización en quien la escucha. Esta despersonalización constituye una experiencia sorprendente. Uno se siente proyectado fuera del mundo, fuera del sentido, invadido por estados en el límite del malestar. La música transmite la despersonalización al espectador, tocándolo en lo más profundo de su cuerpo. La angustia es realizada en la música, al punto de que la "posibilidad de la música misma se ha hecho incierta", como dice Adorno.[11]

La angustia se convierte en una forma estética, que a su vez entrega algo del secreto de la angustia. Con Schönberg, las disonancias nos asustan, nos hablan de nuestra propia condición, a través de "una música que nos interpela en el punto más crucial", como también escribe Adorno. Una música que roza lo real, podría decirse, que hace signo de lo real,[12] como dice Lacan de la angustia.

9 Arnold Schönberg, extracto de una carta fechada el 14 de abril de 1930, en Schönberg, A., *Correspondance, 1910-1951*, París, J.-C. Latès, 1983, p. 139.

10 Adorno, T. W., "Schönberg et le progrès", *Philosophie de la nouvelle musique*, París, Gallimard, col. "Tel", 1962, p. 53.

11 *Ibid.*, p. 122 [trad. esp. cit.: "Schönberg y el progreso", en *Filosofía de la nueva música*, Madrid, Akal, 2003, p. 102].

12 "De lo real, pues, del modo irreductible bajo el cual dicho real se presenta en la experiencia, de eso es la angustia señal", en Lacan J., *Le Séminaire*, Libro X:

En la sala, como sobre la escena, los estados somáticos no están ya atados a representaciones: S lo ha invadido todo, sin que R pueda apaciguarlo. En *Erwartung*, lo que está en juego es la expresión de la angustia como presentimiento, que roza lo imposible. Una mujer, de noche, presa del espanto de las tinieblas. Ella busca a su amante y lo encuentra asesinado: "Se la entrega a la música por así decir como una paciente analítica", escribe Adorno.[13] Entre delirio, alucinación, angustia, *Erwartung* es el "registro sismográfico de schocks traumáticos",[14] sin continuidad, hasta la inmovilización despavorida del grito en el que se concentra el exceso de lo viviente.

L'Angoisse [1962-1963], París, Seuil, 2004 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 10: *La angustia*, *op. cit.*, p. 174].

13 Adorno, "Schönberg et le progrès", *op. cit.*, p. 53 [trad. esp. cit.: p. 45].

14 *Ibid.* [trad. esp. cit.: *ibid.*].

10
Las pecas
Más allá de la experiencia: la huella

Una de las cuestiones fundamentales de las neurociencias contemporáneas sigue siendo la de los mecanismos que permiten que el cerebro inscriba la experiencia en la red neuronal, que constituya huellas de esta experiencia. Los conocimientos actuales se agrupan bajo el término general de "plasticidad neuronal", que engloba el conjunto de los funcionamientos conocidos implicados en los procesos celulares y moleculares que se hallan en la base de la memoria. La noción de huella tiene su lugar entre las neurociencias y el psicoanálisis, con la huella mnémica en psicoanálisis y la huella sináptica en neurociencias.[1] Sin embargo, la cuestión de saber si la huella es determinante para la experiencia que va a ser vivida o si es determinada por lo que se vive permanece intacta. Si la red neuronal es modificada por la experiencia, de ello resulta que está sometida al cambio permanente, a la contingencia. Esto es en sí mismo una contradicción, ya que, por un lado, la experiencia se marca y deja una huella y, por el otro, todo, potencialmente, se transforma de manera permanente. Ésa es una de las paradojas de la plasticidad neuronal: todo se conserva y todo cambia en forma permanente.

1 Ansermet F., Magistretti P., *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2006.

A propósito de la huella, más que en una metáfora gráfica de la inscripción, tal como la encaraba Freud, hay que pensar aquí en una metáfora plástica. Recordemos que Freud suponía una primera inscripción en forma de huella mnémica, que designaba con el apelativo "signo de la percepción" (*Wahrnehmungszeichen*), primera huella que pronto era retranscrita en forma inconsciente, para luego padecer una reescritura (*Umscrift*) en una forma preconsciente.[2] Para las neurociencias contemporáneas, la huella es una asociación sincrónica y espacial de un conjunto de neuronas cuya reactivación reproduce la experiencia (véase el capítulo II). La experiencia, es decir, también el acto del sujeto, da así forma a la red neuronal; en cierto modo, la esculpe. A la metáfora de la inscripción se añade entonces la metáfora de la plasticidad.

Pero con la huella viene también un más allá de la huella: la potencialidad de una modificación permanente que implican la inscripción de la huella y su reinscripción. La plasticidad implica a la vez una permanencia y una modificación –una modificación permanente de la red neuronal que la vuelve siempre diferente y única–. Por ello, nunca se utilizaría dos veces el mismo cerebro, así como nunca se baña uno dos veces en el mismo río. Heráclito aplicado a las neurociencias. Al mismo tiempo, saber lo que permite mantener cierta identidad diacrónica más allá de la contingencia se vuelve un problema central para las neurociencias, tan central como saber aquello que, en contrapunto, permite dar paso a un cambio en psicoanálisis.

2 Freud, S., "Lettre à Wilhelm Fliess du 6 décembre 1896", en *La Naissance de la psychanalyse*, París, PUF, 1956, pp. 154-155; véanse también nuestros desarrollos a este respecto en *A cada cual su cerebro*, *op. cit.*

Como quiera que sea, a través del imprevisible movimiento de la inscripción y la reinscripción de las huellas, las neurociencias y el psicoanálisis se unen alrededor de la insoslayable cuestión de la singularidad.

Para el psicoanálisis, la huella es como un rastro, como el que dejó en la arena Viernes en *Robinson Crusoe.* Con la huella, el signo se separa de su objeto. Como dice Lacan a propósito de la huella de ese paso dejada en la arena, huella inmediatamente identificada por Robinson como tal, "la distinción entre el signo y el objeto es aquí muy clara puesto que la huella es precisamente lo que deja el objeto que se fue a otra parte".[3] La idea de huella implica el hecho de una experiencia que tuvo lugar y que ya no está. El objeto, por su lado, se fue a otra parte, está perdido, se sustrajo. No queda más que la huella.

Otro punto importante de recalcar aquí: el sujeto no resulta pasivamente de huellas dejadas por la experiencia; por el contrario, participa en producirlas.[4] Todo se juega entre la contingencia y el acto del sujeto: la plasticidad implica la posibilidad de recibir sus impactos.

Tomemos un ejemplo, el del encuentro amoroso. ¿Qué es lo que determina un encuentro amoroso? ¿Qué es lo que hace que se vuelva determinante? Un hombre en un tren se siente intrigado por una mujer. Ya no puede mirar para otro lado. Experimenta una emoción. Lo sobrecoge una turbación. No sabe lo que es. Algo en ella atrae su mirada, como un imán. ¿Se trata de la forma de su rostro? ¿O de las pecas que le parecen familiares? Este encuentro se hace de pronto perturbador. ¿Por qué

3 Lacan, J., *Le Séminaire,* Libro III: *Les Psychoses* [1955-1956], París, Seuil, 1981, p. 188 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 3: *Las psicosis*, Barcelona/Buenos Aires/México, Paidós, 1991, p. 238].

4 Ansermet, F., "Trace et objet, entre neurosciences et psychanalyse", *La Cause freudienne*, 71, 2009, pp. 170-174.

ésta y no otra, se pregunta uno? Difícil responder. Eso es enigmático. No todo encuentro entre un hombre y una mujer se convierte por fuerza en una relación amorosa. Para que ésta ocurra todavía es preciso apropiársela, hacer suya la contingencia del encuentro. Un encuentro amoroso no es la expresión de un sistema de huellas: implica una contingencia y el hecho de que el sujeto se apropie de esta contingencia, y que juegue con las huellas ya inscritas como si fueran notas de un instrumento musical.* Así, cada uno es en sí mismo, por sus elecciones y sus actos, el agente de un cambio.

Ahora, ¿qué es lo que preside esta elección? ¿Qué es lo que conduce a la apropiación de una experiencia? Puede pensarse en la famosa experiencia de satisfacción por la cual se resuelve el estado de desamparo del lactante.[5] Los actos tranquilizadores de la madre permiten la descarga del exceso de tensión, el apaciguamiento del malestar somático, y así desembocan en el placer. Esta experiencia de satisfacción produce la inscripción de una huella, que es primero una huella de satisfacción, y por tanto una representación R asociada a un estado somático S de placer. Van a construirse así un conjunto de asociaciones entre R y S que constituyen la realidad psíquica del sujeto. Lo hemos dicho, las representaciones R se constituyen a partir de estímulos externos ligados a la experiencia y vehiculizados por el sistema exteroceptivo que desemboca en la inscripción de la hue-

* En francés, jouer significa tanto "jugar" como "tocar un instrumento". [N. del T.]

5 Como lo define Freud en la experiencia de satisfacción en el "Proyecto", el organismo no puede realizar solo la descarga de la excitación que lo habita. Necesita la acción del otro, del *Nebenmensch*, para permitir la descarga, el pasaje del placer al displacer, y al mismo tiempo a la inscripción de una huella, que desde entonces permanece asociada al placer o al displacer; véase Freud, S., "Esquisse d'une psychologie scientifique. L'épreuve de la satisfaction", *La Naissance de la psychanalyse*, *op. cit.*, pp. 336-338.

lla, *Wahrnehmungszeichen*.[6] Los estados somáticos S, por su parte, se inscriben por intermedio de los sistemas interoceptivos que desembocan en una representación de esos estados somáticos; en cierto modo, es el *Vorstellungsrepräsentanz*[7] definido por Freud, el "representante de la representación". Es de la tensión entre R y S, de la tensión entre *Wahrnehmungszeichen* (WZ) y *Vorstellungsrepräsentanz* (VR), de donde emergerá el acto del sujeto. Al ser este mismo percibido, va a producir un nuevo ciclo de percepciones exteroceptivas e interoceptivas que se inscribirán igualmente en forma de R y S (figura 10.1).

¿Y qué papel juega el placer en todo esto? Como lo estableció Damasio,[8] su anticipación desempeña un papel importante en la determinación de este acto, lo que Freud ya presentía cuando enuncia que toda nueva experiencia es confrontada con la atribución (la "anticipación" de Damasio) de placer o displacer. Más precisamente, Freud habla de "juicio" de atribución, el que, a su manera de ver, es anterior al juicio de existencia.[9] Así, la atribución de placer o displacer es una condición para acceder al reconocimiento e incluso a la inscripción de la experiencia. En el encuentro amoroso, la anticipación del placer es un elemento determinante en la apropiación por el sujeto de la contingencia del encuentro y en la puesta en juego de las huellas ligadas con esta experiencia.

6 Freud, S., "Lettre à Wilhelm Fliess du 6 décembre 1896", *op. cit.*, p. 155.

7 Freud, S., "Le refoulement" [1915], *Métapsychologie*, París, Gallimard, col. "Idées", p. 57; véanse también los desarrollos de Lacan sobre el representante de la representación en Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro XI: *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse* [1964], París, Seuil, 1973, pp. 200-201.

8 Damasio, A. R., *L'erreur de Descartes. La raison des émotions*, París, Odile Jacob, 1995.

9 Freud, S., "La négation" [1925], *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, vol. II, pp. 135-139.

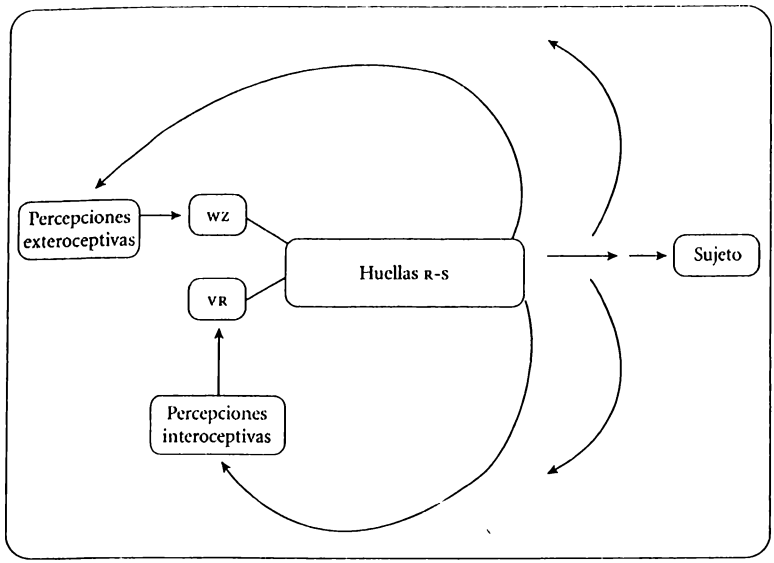


Figura 10.1. Constitución de la realidad interna del sujeto a partir de las percepciones vehiculizadas por los sistemas exteroceptivos que constituyen huellas (*Wahrnehmungszeichen*, WZ, signo de la percepción), o representaciones (R), y a partir de otras percepciones vehiculizadas por los sistemas interoceptivos que producen huellas (*Vorstellungsrepräsentanz*, VR, representante de la representación) o representaciones de los estados somáticos S.

Lamentablemente, no siempre somos los actores de esta apropiación. Un acontecimiento puede dar lugar a una fractura, como en el traumatismo.[10] Entonces lo padecemos, sin poder

10 En el capítulo 4 de "Más allá del principio de placer", Freud define el traumatismo a partir de la fractura; el traumatismo no puede ser definido sino por su efecto, según una clínica del espanto, caracterizado por la falta total de preparación, incluso por la angustia. Es así como él considera que, para "el organismo vivo, la tarea de protegerse de los estímulos es casi más importante que la de recibirlos", en Freud, S., "Au-delà du principe de plaisir",

someterlo a una apropiación subjetiva a través del juicio de atribución. En el traumatismo, la experiencia se impone, poniendo en juego el desamparo, el exceso, el desasosiego, el excedente de lo que ya no puede ser absorbido psíquicamente, es decir, tratado en forma de huella como en la experiencia primaria de satisfacción. Más ampliamente, el traumatismo no es una experiencia; procede de la imposibilidad de constituir un acontecimiento como experiencia. Por eso el tratamiento del traumatismo pasa por la proposición de representaciones al sujeto para taponar el exceso que se adueñó de él. La amnesia que en ocasiones caracteriza a sus víctimas lo testimonia, y confirma que puede haber perturbación en la inscripción de la huella en caso de traumatismo.

Para Damasio, como para Freud, lo que es conocido no puede serlo sino por referencia al placer o al displacer,[11] por su anticipación. Esta anticipación implica para Freud un juicio de atribución que es preeminente. Hay aquí una convergencia entre Freud y Damasio. Esta preeminencia en la apropiación de la experiencia por el sujeto representa también el núcleo de la crítica que se le puede hacer al abordaje cognitivista,[12] que propone una visión de la inscripción de la experiencia que no compromete al sujeto, la elección del sujeto.

Volvamos una vez más sobre el *Wahrnehmungszeichen* o signo de la percepción, ya mencionado: éste ocupa el lugar de una primera huella; se trata de la inscripción inicial de la percepción.

Essais de psychanalyse, *op. cit.*, p. 75 [trad. esp. cit.: "Más allá del principio del placer", *Obras completas*, vol. XVIII, 1993, p. 27].

11 Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro VII: *L'éthique de la psychanalyse* [1959-1960], París, Seuil, 1986, p. 41.

12 Al confluir con los avances de las neurociencias contemporáneas, donde la decisión o la acción proceden de la anticipación del placer o el displacer, como lo muestra Damasio en *L'erreur de Descartes*, *op. cit.*

Del mismo modo, también lo vimos, el *Vorstellungsrepräsentanz* es una huella que representa el estado somático. Estas dos huellas iniciales son también el primer contacto entre lo viviente y la experiencia, pero también entre lo viviente y el lenguaje. Ellas ocupan un lugar central en la atribución –más precisamente con Damasio y Freud: la anticipación– del placer o el displacer que preside la decisión (véase también el capítulo 12, figura 12.4). De este modo, como también lo dice Lacan, "el sujeto sólo recibe en su conciencia [...]signos de placer o de pena".[13] Esto es lo que le llega de lo que ocurre en el nivel de los procesos internos, de los que forma parte el proceso del pensamiento. En efecto, como también lo escribe Lacan, es así como: "Todo pensamiento, por su naturaleza, se ejerce por vías inconscientes".[14]

Reconocer el papel preeminente de los signos de pena y de placer en la anticipación de la acción, en su determinación, a través del juicio de atribución, no impide que también haya que percibir el lenguaje en su materialidad, es decir, como consustancial a la experiencia. El lenguaje no es simplemente una mediación, una herramienta de comunicación. No está sólo del lado de la expresión, del lado de la emergencia; el lenguaje no es tan sólo una función emergente. También es un operador que marca la red neuronal; y también una experiencia. En este sentido, participa en la producción del sujeto.

Hay una conexión entre lenguaje y viviente, a lo que intentan apuntar tanto el concepto de *Wahrnehmungszeichen* como el de *Vorstellungsrepräsentanz*. Es un punto fundamental para nuestro propósito sobre el enigma del placer, ya que de esta conexión

13 Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro VII: *L'éthique de la psychanalyse*, *op. cit.*, p. 41 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 7: *La ética del psicoanálisis*, *op. cit.*, p. 44].
14 *Ibid.* [trad. esp. cit.: *ibid.*].

inaugural se desprende el hecho de que la huella no existe sola, que también implica un estado de lo viviente, un estado de placer o de displacer.

Durante un tiempo, Lacan dio el nombre de significante al signo de la percepción.[15] La huella es una marca dejada por la experiencia, algo que se encarna. Al mismo tiempo, también hay algo que va más allá de esta encarnación, que es propia del lenguaje y de su funcionamiento, de su estructura, que, en cierto modo, puede embarullar la inscripción. El lenguaje actúa sobre lo viviente; es un operador y no sólo una mediación neutra. Hay una lógica del lenguaje que puede embarullar lo viviente.

Tomemos un ejemplo, el del equívoco contenido en la frase: "No eres más que un verde/gusano/vidrio".* Aquí tenemos tres significaciones para un mismo fonema. La frase puede querer decir que la persona pertenece al movimiento ecológico (verde [*vert*]), o que es repugnante como un gusano [*ver*] o incluso que es frágil como un vidrio [*verre*]. En esta frase, el lenguaje actuará de manera muy diferente sobre lo viviente. Según el sentido que tome, desencadenará reacciones muy distintas en su interacción con lo viviente, a saber, sobre los estados somáticos asociados a las representaciones. Es este fenómeno lo que se observa en análisis en el proceso de asociación. Luego de un sueño, por ejemplo, un paciente relacionará de una nueva manera significantes surgidos de diferentes palabras para crear

15 "Pero nosotros podemos darles de inmediato a esos *Wahrnehmungszeichen* su verdadero nombre: *significantes*", en Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro XI: *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse*, *op. cit.*, p. 46 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 11: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona/Buenos Aires/México, 1986, p. 54].

* *Tu n'es qu'un vert/ver/verre* en el original. Las tres palabras son homófonas en francés. [N. del T.]

una nueva significación: de casa y árbol, irá hacia mármol,** volviendo a pensar en sus vacaciones en una localidad balnearia al borde del mar italiano, Forte dei Marmi, desde donde veía a lo lejos las canteras de mármol de Carrara. Lo asociará con las nieves de su infancia, allí donde residía, enfermo, solo con su madre, y, en sus asociaciones lingüísticas, tal vez verá repentinamente surgir una figura terrorífica de matrona (figura 10.2).

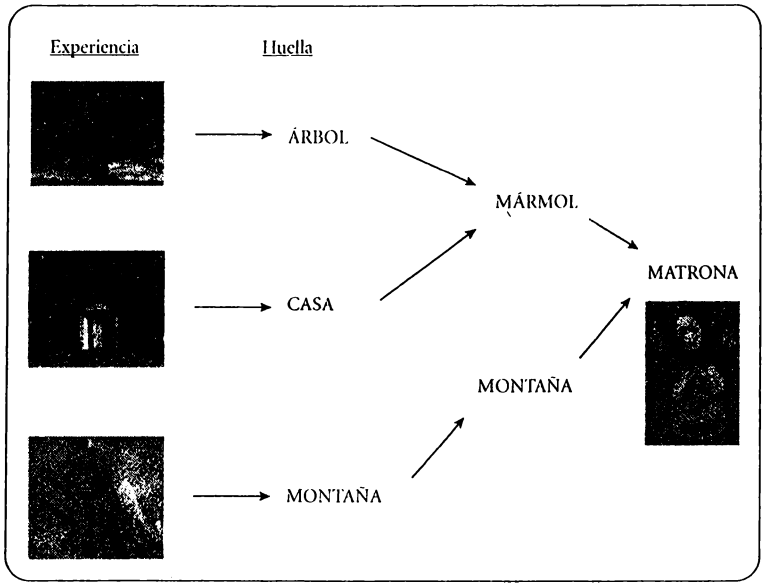


Figura 10.2. Ejemplo de proceso de asociación lingüística.

También podría retomarse el olvido del nombre de Signorelli, famoso ejemplo de la "Psicopatología de la vida cotidiana", ya comentado ampliamente en *A cada cual su cerebro*. Es así como llegamos a lo que enuncia Lacan cuando sugiere que "el mate-

** *Maison, arbre* y *marbre* en el original. [N. del T.]

rial del significante siempre participa algo del carácter evanescente de la marca".[16] El sujeto se pone en lugar de las huellas, borra las huellas,[17] juega con las huellas; así, más que resultar de ellas, las produce.

Así, la huella de lo que fue encuentra el significante, y con él su carácter evanescente, sus dimensiones parasitarias, fuentes de deslizamientos de sentidos, de malentendidos, de encrucijadas, de sustituciones, de errores. Como decía Canguilhem, el error es la característica de la vida para lo humano.[18] El error es también lo que es introducido por el hecho del lenguaje. En efecto, el significante es de naturaleza sustitutiva,[19] los significantes pueden reemplazarse por otros. El lenguaje opera sobre lo viviente; le es exterior, tiene su propia vida. Los significantes, al encadenarse unos a otros en las asociaciones, cada vez producen un impacto nuevo. Como un parásito, el lenguaje coloniza lo viviente de manera imperceptible, implica un más allá de la experiencia. Este parásito lingüístico[20] utiliza subterfugios e introduce el equívoco –homofonías, homosemias, palíndromes, anagramas, tropos–, una abundancia de arborescencias y de encrucijadas (verde/gusano/vidrio [*vert/ver/verre*]). Cualquier

16 Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro V: *Les Formations de l'inconscient* [1957-1958], París, Seuil, 1998, p. 342 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 5: *Las formaciones del inconsciente*, Barcelona/Buenos Aires/México, Paidós, 1999, p. 351].

17 A propósito del sujeto como borrando las huellas, véanse los desarrollos de Jacques Lacan, *Le Séminaire*, Libro XVI: *D'un autre à l'autre* [1968-1969], París, Seuil, 2006, pp. 313-314.

18 Véase Michel Foucault comentando a Canguilhem: "La vida... es lo que es capaz de error", en Foucault, M., "La vie: l'expérience et la science" [1985], *Dits et Écrits*, París, Gallimard, 1994, vol. IV, p. 774.

19 Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro V: *Les Formations de l'inconscient*, *op. cit.*, p. 340.

20 "La palabra es un parásito, [...] es un revestimiento, [...] es la forma de cáncer que aqueja al ser humano", en Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro XXIII: *Le Sinthome* [1975-1976], París, Seuil, 2005, p. 95 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 23: *El Sinthome*, Barcelona/Buenos Aires/México, Paidós, 2006, p. 93].

anudamiento entre lo viviente y el lenguaje puede ser elegido por el sujeto para que en él haga signo.[21]

Si lo viviente es así afectado por el lenguaje,[22] entonces ya no estamos en una causalidad natural donde la experiencia no haría más que inscribirse, sino más bien en un más allá de la simple inscripción lineal, en un más allá de la huella como consecuencia del parasitismo del lenguaje, que vuelve a poner en juego las cosas de otro modo y da paso a la elección del sujeto. En el ejemplo verde/gusano/vidrio, es el sujeto el que escoge inconscientemente la interpretación por la presión de su fantasma.[23]

El lenguaje desnaturaliza lo humano. Llegamos aquí al contraste que ya hemos observado: el instinto que programa el comportamiento animal sin equívocos y lo humano, parasitado por el lenguaje, que debe construir su vida sin instrucciones de uso,* donde nada se encuentra ya en su lugar (figura 1.1). Al no disponer ya de los caminos programados del instinto, el hombre se encuentra sometido a la contingencia y al empuje de la pulsión que, con tanta frecuencia, lo deja desguarnecido, sin más respuesta que las que él inventa. Así, a cada uno le corresponde construir sus instrucciones de uso, entre otras con el lenguaje, que es fuente de malentendidos y de errores, pero que añade una dimensión suplementaria que libera del simple determinismo genético para dar paso a la elección, a la singularidad, a

21 Milner, J.-C., *L'Amour de la langue*, París, Seuil, 1978, p. 104.

22 "El afecto esencial es el afecto trazante de la lengua sobre el cuerpo", en Miller, J.-A., "Biologie lacanienne et événements de corps", *La Cause freudienne*, 44, 2000, p. 47.

23 Es así como se va hacia lo que Lacan designa como una causalidad lógica, en el sentido de *logos*, que da todo su lugar al acto del sujeto, en Lacan, J., "La psychanalyse vraie, et la fausse" [1958], *Autres Écrits*, París, Seuil, 2001, p. 166.

* Alusión al libro de Georges Perec, *La vie mode d'emploi* [trad. esp.: *La vida instrucciones de uso*, Barcelona, Anagrama, 2006]. [N. del T.]

la creatividad. El lenguaje da paso al error, y a veces al error creativo, al error que libera.

Como lo observa Jacques-Allain Miller: "Usted observa una rata en un laboratorio, y comprende de inmediato su comportamiento. Pero un hombre, él habla, lo que complica todo. Su comportamiento nunca tiene nada de evidente".[24] Con el hombre no estamos ya en el registro del instinto sino en el de la pulsión. Hemos explicitado la noción de pulsión a partir de la resolución de la tensión entre un estado somático y una representación. Tomémosla desde el punto de vista de su objetivo. El objetivo de la pulsión apunta a la satisfacción, lo que nos lleva una vez más a ese punto fundamental que es la experiencia de satisfacción del lactante, una experiencia primordial de placer. Pero la pulsión no alcanza su objeto, apunta a él. La pulsión tiene un empuje constante, vital, ligado a lo viviente, que busca en el mundo un objeto que finalmente dé satisfacción. Las representaciones propias de la vida psíquica, del fantasma, dan un marco en cuyo interior el sujeto busca los objetos para satisfacer su pulsión.

Lo importante con la pulsión, por lo tanto, no es el objeto, sino la satisfacción. Lo que explica que la pulsión se focalice sobre un objeto con mayor o menor éxito. Desde el momento en que el objeto no está predefinido, en cierto modo uno está destinado a la insatisfacción, en la medida en que siempre se puede imaginar otro objeto que suministraría todavía más la satisfacción buscada. El verdadero objeto de la satisfacción es inalcanzable. Todos los objetos se proponen para realizar esta satisfacción; es así como el mercado puede jugar con la búsqueda imposible del objeto de la pulsión. Esta insatisfacción permanente, intrínseca a lo humano, es acaso una de las fuentes tanto del malestar de lo humano como de los enigmas del placer.

24 Miller, J.-A, *Le Point*, 10 de abril de 2008, pp. 64-65.

Es en esto también como la pulsión subyace al deseo, tanto en su satisfacción como en su insatisfacción. El objeto inalcanzable es tanto fuente de placer como de displacer, se dibuja sobre un fondo de frustración. Siendo inalcanzable, eso lo hace más deseable, tiránico, obsesivo, como lo enseña la clínica del amor. En efecto, está el amor del lado del ideal, allí donde el objeto de amor ocupa el lugar del ideal, siempre inalcanzable, como la Dama en el amor cortés, tanto más satisfactorio cuanto que es inalcanzable. En ese amor, la representación R domina la escena y apacigua tanto más a S cuanto que su escenario no implica la prueba de la realidad. Pero también está el amor del lado de lo real, de la puesta en crisis de lo real pulsional, que atañe al no-sentido, y conduce a la desubjetivación, donde S se impone sin el relevo de R. Enfrentados a este desasosiego, algunos buscarán el apaciguamiento de S en representaciones listas para usar. Extraerán su inspiración en todo tipo de escenarios sexuales, desde el Kama Sutra hasta los filmes pornográficos. Esto es particularmente impactante con los adolescentes de hoy que, invadidos por la pulsión sexual, buscan representaciones en sitios de Internet con referencias sexuales. A menudo lo que predomina es incluso el sexo sin sentimientos. Si hace algunos años tantos adolescentes consultaban por una inhibición que los llevaba a un callejón sin salida en virtud de un amor ideal que no encontraba salida en la vertiente sexual, lo que ahora se comprueba es la inversa, con jóvenes que consultan porque son capaces de realizar su sexualidad, a la que califican de "operaciones culo", pero que no experimentan nada, en todo caso nada más que una descarga física. Se pasó de la consulta por amor inhibido a la consulta ligada a una búsqueda del sentimiento amoroso.

También se podría evocar esa manifestación particular del tratamiento de la pulsión que es el fetichismo. En el fetichismo, el sujeto elige un objeto para todo uso que le proporciona un

acceso directo y garantizado a la satisfacción, pero que pasa por alto el encuentro con el otro. La pareja se encuentra entre el fetichista y su objeto; no hay lugar para el otro.

Sea como fuere, lo que revelan estos conflictos es que el objeto del fantasma, el objeto del deseo y el objeto de la pulsión no coinciden.[25] La pulsión, en su trayecto, dibuja el lugar de un objeto que no se llega a tomar, no se lo alcanza, no se lo encuentra, no se hace sino hallarlo una y otra vez, pero siempre es otro objeto. Finalmente, como decía Freud, el objeto es lo que hay de más indiferente por lo que respecta a la pulsión.[26] La pulsión siempre apunta a su objeto poniendo en juego otro objeto, un símil del objeto, hasta las pecas que impactaron un día a ese hombre, una mañana, en un tren...

25 Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro XI: *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse*, *op. cit.*, pp. 167-168.

26 "El objeto de una pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción", en Freud, S., "Pulsions et destins des pulsions", *Métapsychologie*, *op. cit.*, p. 19 [trad. esp. cit.: "Pulsiones y destinos de pulsión", en *Obras completas*, vol. XIV, 2000, p. 118].

11
La neurona de Jennifer Aniston
Más allá de la sinapsis: los conjuntos de neuronas

En el capítulo precedente hicimos hincapié en el hecho de que la plasticidad neuronal, al suministrar un fundamento biológico al establecimiento de las huellas dejadas por la experiencia, constituía un punto de encuentro entre neurociencias y psicoanálisis. En nuestro libro anterior[1] pasamos revista a los motores esenciales de la plasticidad descubiertos por las neurociencias contemporáneas. Éstos pueden reducirse al hecho de que la transferencia de informaciones entre neuronas entablada durante una experiencia vivida se hará luego de manera más eficaz, ya que una huella de esta experiencia permanece en la red neuronal. De alguna manera, la reactivación de esta huella permite volver a poner en juego esta experiencia.

Si hoy conocemos relativamente bien los mecanismos que se hallan en la base del aumento de la eficacia de una sinapsis sometida a la plasticidad[2] –mecanismos que implican sobre todo

1 Ansermet, F., Magistretti, P., *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2006.

2 Morris, R. G. *et al.*, "Elements of a neurobiological theory of the hippocampus: The role of activity-dependent synaptic plasticity in memory", *Philos. Trans. R. Soc. Lond. B. Biol. Sci.*, 358, 1432, 2003, pp. 773-786; Neves, G., Cooke, S. F., Blis, T. V., "Synaptic plasticity, memory and the hippocampus: A neural network approach to causality", *Ann. Rev. Neurosci.*, 9, 1, 2008, pp. 65-75; Sjöström, P. J., Rancz, E. A., Roth, A., Häuser, M., "Dendritic excitability and synaptic plasticity", *Physiol. Rev.*, 88, 2, 2008, pp. 769-840;

la modificación de la actividad de proteínas y la inducción de la expresión de ciertos genes–, numerosos puntos quedan por esclarecer en lo que respecta a aquello que, a partir de la huella, permite formar una "imagen" de la experiencia vivida.[3] En efecto, en el curso de los dos últimos decenios, la investigación en neurociencias se desarrolló de una manera sostenida en el estudio de los mecanismos moleculares de la plasticidad en el nivel de la sinapsis. Según una hipótesis que llevaba al extremo este abordaje, sería posible localizar el establecimiento de una huella mnémica por modificaciones moleculares y estructurales expresadas en el nivel de una única sinapsis. ¡A cada sinapsis su recuerdo! Este punto de vista, muy reduccionista, no corresponde a la realidad biológica. En cambio, bien parecería que es posible concebir esta capacidad para unà neurona. Una de las tendencias de las neurociencias contemporáneas, en efecto, atribuye capacidades computacionales, es decir, propiedades compatibles con el establecimiento de una huella y de una representación, a neuronas únicas. Si se considera que una sola neurona puede recibir hasta 10.000 sinapsis procedentes de otras neuronas, no parece absurdo imaginar que al integrar los millares de informaciones vehiculizadas por millares de sinapsis pueden ser codificadas representaciones. Sin embargo, este punto de vista, si es posible, también es altamente discutible. La noción que mejor parece corresponder a la realidad neurobiológica es aquella de lo que se llaman las *neuronal assemblies*,[4] o sea, con-

Alberini, C. M., "Transcription factors in long-term memory and synaptic plasticity", *Physiol. Rev.*, 89, 1, 2009, pp. 121-145.

3 Tse, D. *et al.*, "Schemas and memory consolidation", *Science*, 316, 5821, 2007, pp. 76-82.

4 Braitenberg, V., Schüs, A., *Cortex: Statistics and geometry of neuronal connectivity*, Berlín, Springer, 1998, pp. 194-198.

juntos de neuronas que poseen sinapsis que fueron objeto de plasticidad y que codificarían la experiencia vivida.

Para comenzar, exploremos el punto de vista que reduce la capacidad de constituir una representación a una sola y única neurona. La morfología y las características funcionales de ciertas neuronas permiten considerar semejante posibilidad. Tomemos una neurona piramidal –ya que estas neuronas representan más del 80% de las neuronas presentes en el córtex cerebral–. Se trata de un tipo de célula compleja, con una gran arborización, que recibe una enorme cantidad de informaciones de aproximadamente una decena de millares de sinapsis (figura 11.1).

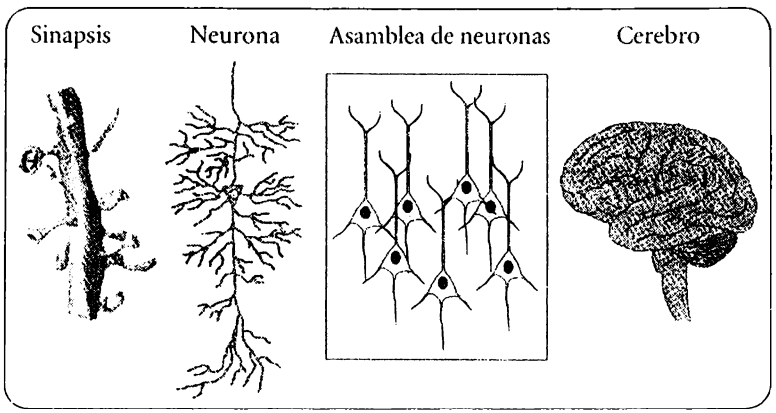


Figura 11.1. Diferentes niveles de resolución en el tratamiento de la información por el sistema nervioso.

A partir de entonces puede imaginarse que esta célula constituye la unidad computacional más pequeña capaz de constituir una representación, es decir, de registrar la huella de una experiencia o la percepción de un objeto. De hecho, en los años sesenta algunos neurobiólogos, sobre todo Jerry Lettvin, ya habían pro-

puesto la existencia de neuronas que llamaron *Grandmother Cells*, las "células de la abuela".[5] Estas neuronas podrían integrar todas las características de una imagen particular y, selectivamente, ¡podrían ser activadas por la visión de la foto de su abuela! Afirmar que ésta es una interpretación reduccionista es poco decir. Una elaboración más reciente de esta teoría es conocida bajo diversos apelativos, como "la neurona de Bill Clinton", "la neurona de Hale Berry" y, más recientemente, "la neurona de Jennifer Aniston".[6] Se trata de trabajos muy serios, llevados a cabo por Christof Koch y algunos de sus colegas en el prestigioso California Institute of Technology.

¿Cómo pudieron llegar los investigadores a semejante conclusión? En un paciente que padecía epilepsia se implantaron electrodos intracorticales en una región patológica, el hipocampo, con vistas a una exploración preoperatoria que apuntaba a determinar el origen del foco epiléptico que se debía resecar. Los investigadores aprovecharon esta implantación necesaria para llevar a cabo la operación y sometieron al sujeto a diversos tests neuropsicológicos, en particular tests de reconocimiento de rostros. Para la historia menuda, recordemos que Jennifer Aniston es una actriz norteamericana, y aclaremos que este paciente trabajaba en los estudios de cine en Hollywood y que conocía a la actriz... Cuando le mostraron la foto de Jennifer Aniston, uno de los electrodos implantados en el hipocampo se puso a descargar como una especie de arrebatos que indicaban un aumento de la actividad neuronal local en relación con la percepción de esta imagen específica (figura 11.2). Se registraban

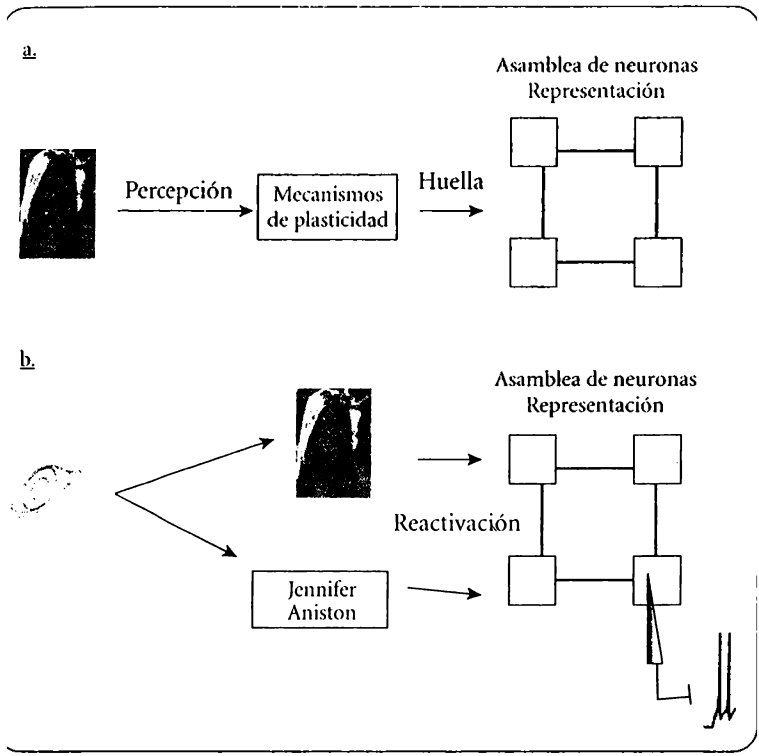
5 Gross, C. G., "Genealogy of the 'Grandmother cell'", *The Neuroscientist*, 8, 2002, pp. 512-518.

6 Quiroga, R. Q., Reddy, L., Kreiman, G., Koch, C., Fried, I., "Invariant visual representation by single neurons in the human brain", *Nature*, 23, 435 (7045), 2005, pp. 1102-1107.

respuestas no sólo cuando se presentaba la imagen de Jennifer Aniston, sino también cuando las palabras "Jennifer Aniston" eran pronunciadas, o incluso cuando se oía la voz de Jennifer Aniston. En cambio, si se presentaba la imagen de otras rubias parecidas a la actriz no se registraba ninguna respuesta. La deducción que se hizo fue la siguiente: una sola y única neurona era sin lugar a duda capaz de integrar las informaciones que producían la representación de Jennifer Aniston. Lo que demuestran tales experiencias es con seguridad que se detecta la actividad de una neurona en la presentación de una imagen específica. Pero también hay otra interpretación posible: la neurona activada podría formar parte de una red distribuida de neuronas, que se llamará "conjunto de neuronas", que sería simultáneamente activada por la presentación del estímulo específico. Aquí tenemos, pues, una primera fuente de malentendidos: la neurona de Jennifer Aniston no sería *una* neurona, sino un grupo de neuronas que responden (figura 11.2).[7]

Otras observaciones hechas en animales de laboratorio también fueron interpretadas como que podían sugerir capacidades de producción de representaciones de neuronas únicas. Por ejemplo, en ciertos paradigmas de condicionamiento, se implantaron microelectrodos en una región del cerebro implicada en las respuestas a una recompensa: el núcleo accumbens (véase el capítulo 8). Luego se asoció la presentación de una luz a una recompensa, ofrecida algunos segundos más tarde, en la forma de alimento, cada vez que aparecía la luz. Tras un breve aprendizaje, una actividad neuronal pudo ser registrada por el electrodo extracelular colocado a proximidad de una neurona X.

7 Viskontas, I. V., Quiroga, R. Q., Fried, I., "Human medial temporal lobe neurons respond preferentially to personally relevant images", *Proc. Nat. Acad. Sci.*, 106, 50, 2009, pp. 21329-21334.



'igura 11.2 a. La inscripción de una experiencia (percepción) en una samblea de neuronas a través de los mecanismos de plasticidad es-ablece una representación. b. La representación del estímulo inicial imagen o incluso el nombre de Jennifer Aniston) reactiva la asamblea e neuronas. En condiciones apropiadas, es posible registrar la acti-idad de una neurona que participa en la asamblea de neuronas que odifican para esta representación.

sta neurona respondía con una actividad vigorosa. Luego se ambió el paradigma: la recompensa ya no era ofrecida más que na vez cada dos. De manera sorprendente, en tales condiciones, l grado de activación de la neurona fue inferior respecto de la

experiencia anterior. En un último paradigma de esta experimentación, la luz ya no fue asociada al alimento, y entonces se observó la ausencia total de actividad.[8] Por lo tanto, una neurona única –una neurona de la recompensa– ¡habría sido el territorio de un aprendizaje y un desaprendizaje! Según esta interpretación, las capacidades de registro de una experiencia compleja, en consecuencia, podrían ser reducidas a las competencias computacionales de una sola neurona. No obstante, es probable, y éste es un objeto muy debatido en las neurociencias actuales, que la neurona en cuestión forme parte de una red de neuronas que se individualizó por mecanismos de la plasticidad y que codifica para una experiencia determinada, habiendo registrado el microelectrodo extracelular la actividad de una neurona que formaba parte de este conjunto.

Observemos más de cerca lo que se entiende por la noción de conjunto de neuronas en el establecimiento de una representación. Esta noción fue formulada inicialmente por el psicólogo canadiense Donald Hebb[9] en los años cuarenta y retomada más tarde por Valentino Braitenberg.[10] Según esta teoría, la experiencia está "mapeada" por un conjunto de neuronas, organizadas en red, simultáneamente activas en el momento de la experiencia. Esta sincronicidad en la activación de ese conjunto de neuronas refuerza sus conexiones por los mecanismos de la plasticidad sináptica. Como ya lo decía Hebb, "*neurons which fire together wire together*" [las neuronas que se activan

8 Matsumoto, M., Hikosaka, O., "Two types of dopamine neuron distinctly convey positive and negative motivational signals", *Nature*, 459, 2009, pp. 837-841.

9 Hebb, D. O., *The organization of behavior*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1949, p. 70.

10 Braitenberg, V., Schültz, A., *Cortex: Statistics and geometry of neuronal connectivity*, *op. cit.*, pp. 194-198.

de manera sincrónica se conectan entre sí]. Por otra parte, la reactivación de este conjunto de neuronas permite reproducir la experiencia (véase la figura 11.3). En otros términos más sencillos, habría por lo tanto percepción de la experiencia y mapeado por un conjunto de neuronas que constituyen una huella que da paso a la posibilidad de una representación de la experiencia. Esta última luego podría ser reproducida con mayor o menor fidelidad por la reactivación del mismo conjunto de neuronas.

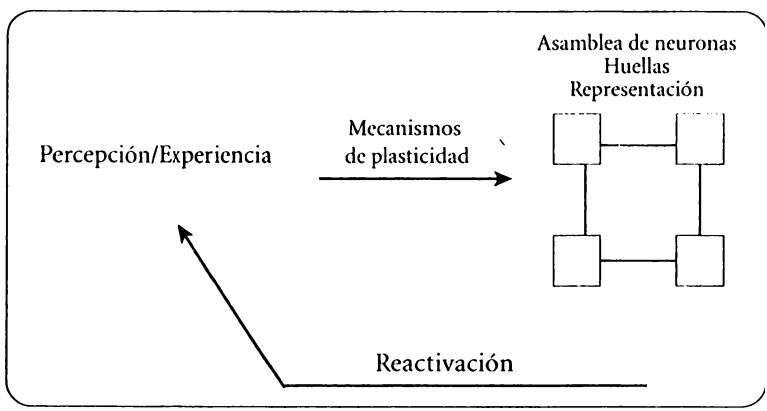


Figura 11.3. Por los mecanismos de la plasticidad la experiencia es inscrita en una asamblea de neuronas. La reactivación de esta asamblea puede reproducir la experiencia inicial con mayor o menor fidelidad.

El cuadro que reproducimos a continuación reúne las características de un conjunto de neuronas que codifican para una experiencia. Se trata de un grupo de neuronas que mantienen conexiones sinápticas reforzadas sobre la base de los mecanismos de la plasticidad neuronal. Estas neuronas, al estar conectadas de manera preferencial, tienen una fuerte probabilidad de estar activas

en forma simultánea.[11] La reactivación sincrónica de este conjunto podrá reproducir la experiencia. Aclaremos que las neuronas de un conjunto no necesariamente están físicamente cerca: pueden estar distribuidas en diferentes regiones del cerebro; en cambio, comparten la característica de haber estado activas de manera sincrónica. Esta codificación, por otra parte, es más dinámica de lo que parece. En efecto, una o varias neuronas de un conjunto determinado pueden participar en otros conjuntos de neuronas (véase la figura 11.4). Esta propiedad de los conjuntos de neuronas nos parece fundamental para producir asociaciones de representaciones. En efecto, la activación de algunas neuronas que forman parte de un conjunto que codifica para una representación determinada puede desembocar en la activación de otro conjunto en el que participan, asociando así dos representaciones.

Asamblea de neuronas (*Neuronal assembly*)
• Grupo de neuronas que mantienen conexiones sinápticas reforzadas (plasticidad). • Alta probabilidad de descargar simultáneamente (sincronía). • Codifican para una experiencia/objeto. • Una neurona de una asamblea puede participar en otras asambleas. • Las neuronas de una asamblea no están necesaria y físicamente cercanas: pueden estar distribuidas en diferentes regiones del cerebro. • Asociaciones altamente dinámicas desde el punto de vista espacial y temporal. • "Neurons which fire together wire together" (Hebb).

11 Sakurai, Y., "How do cell assemblies encode information in the brain?", *Neurosci. Biobehav. Rev.* 23, 6, 1999, pp. 785-796; Sutherland, G. R., McNaughton, B., "Memory trace reactivation in hippocampal and neocortical neuronal ensembles", *Curr. Opin. Neurobiol.*, 10, 2000, pp. 180-186; Buzsáki, G., Draguhn, A., "Neuronal oscillations in cortical networks", *Science*, 304, 5679, 2004, pp. 1926-1929.

Esta base neuronal de un proceso asociativo (figura 11.4) es no sólo válida para el campo consciente, sino que también podría ser entablada en procesos de asociación libre tal como aquellos puestos en juego en la práctica psicoanalítica.

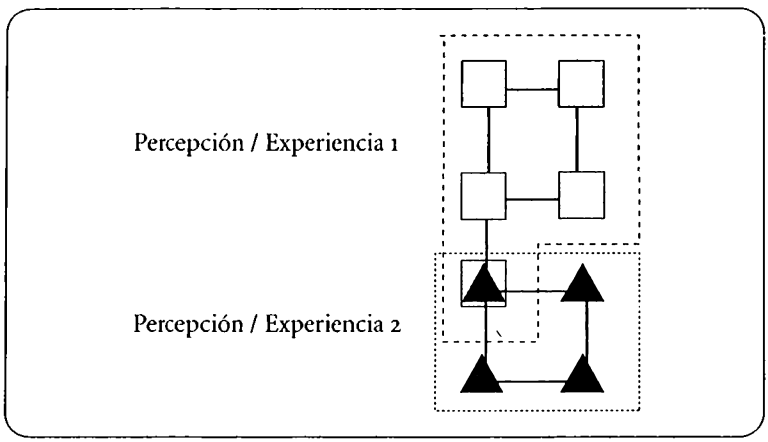


Figura 11.4. Asambleas de neuronas: una neurona de una asamblea puede participar en otras asambleas de neuronas.

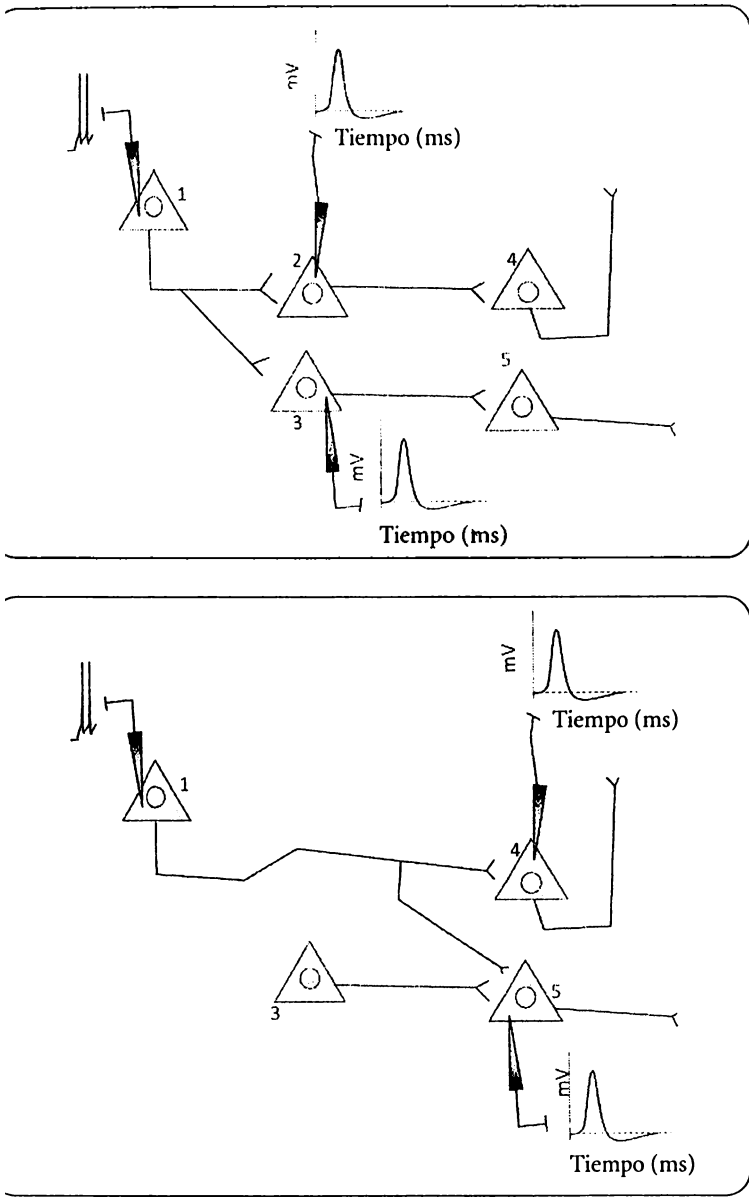
Una representación simplificada de la noción de "conjunto de neuronas" que codifican para una experiencia o una imagen es suministrada por la siguiente metáfora. Imaginen un rascacielos de noche, con luces encendidas en algunas oficinas, según un esquema que reproduce un árbol de Navidad. Cada oficina encendida representaría una sinapsis facilitada, perteneciente a un conjunto de neuronas activadas de manera sincrónica durante la experiencia ("*neurons which fire together...*") y asociadas simultáneamente en ese conjunto ("*...wire together*"). La reactivación de este conjunto de neuronas reproduciría la experiencia. Prosiguiendo con la metáfora, podría decirse que un cartel eléctrico centralizado permite encender de un solo golpe

todas las luces en un conjunto de oficinas, lo que tendría por efecto reproducir la imagen del árbol de Navidad.

Experiencias recientes llevadas a cabo por el laboratorio de Henry Markram aportaron esclarecimientos sobre los mecanismos que permiten constituir estos conjuntos de neuronas.[12] Mediante lo que conviene calificar como "hazaña tecnológica", Markram pudo registrar en forma simultánea la actividad de 12 neuronas presentes en una fina tajada de córtex cerebral de rata mantenida en supervivencia durante más de 24 horas. Gracias a este dispositivo experimental, el laboratorio de Markram observó un reacondicionamiento permanente de las conexiones sinápticas, un *rewiring*. Una parte de las conexiones sinápticas entre las neuronas se hacen y deshacen en forma permanente. A manera de ejemplo, tomemos la neurona 1 tal y como es representada en el esquema de la figura 11.5.

Al estimularla eléctricamente al comienzo de la experiencia, las neuronas 2 y 3 responden mediante una actividad aumentada, demostrando que esas tres neuronas están conectadas. Al estimular esa misma neurona 1 doce horas más tarde, son las neuronas 4 y 5 las que responden, lo que atestigua un reacondicionamiento dinámico de las conexiones con el transcurso del tiempo. Simulando farmacológicamente una activación del circuito estudiado por la aplicación de glutamato, el neurotransmisor principal del sistema nervioso, se percibe que el número de conexiones funcionales entre neuronas aumenta considerablemente: la plasticidad importante de las conexiones sinápticas, por lo tanto, realmente introduce una dinámica notable en el seno de los conjuntos de neuronas. Estas experiencias confirman igualmente que la misma neurona puede participar en varios

12 Le Bé, J. V., Markram, H., "Spontaneous and evoked synaptic rewiring in the neonatal neocortex", *Proc. Nat. Acad. Sci.*, 103, 35, 2006, pp. 13214-13219.



iguras 11.5 a y b. Las conexiones entre neuronas pueden evolucionar e manera dinámica con el transcurso del tiempo.

conjuntos neuronales, observación que suministra una base biológica a la noción de asociación de representaciones. Esta capacidad para hacer y deshacer contactos sinápticos, que permite a las neuronas reconectarse de manera dinámica para participar en diferentes conjuntos de neuronas, abre una nueva dimensión en la conceptualización de los mecanismos celulares implicados en la constitución y la puesta en juego de huellas.

Otras experiencias llevadas a cabo a nivel comportamental en animales de laboratorio corroboran esta dinámica de las huellas y ponen de manifiesto el fenómeno llamado "reconsolidación". Los trabajos de diversos laboratorios, sobre todo los de Cristina Alberini en Nueva York, de Yadin Dudai en Tel-Aviv y de Susan Sara en París establecieron que la reactivación de la huella mnémica provoca una labilidad de esta huella, tornándola disponible para dos destinos diferentes: o bien su consolidación, su refuerzo; o bien su asociación a otras huellas.[13] El primer caso puede ser ilustrado de manera muy sencilla por la repetición del texto de poesía que un escolar debe aprender de memoria. En el segundo caso, el fenómeno de la reconsolidación va a permitir asociar experiencias en una nueva representación.

La reconsolidación que, en realidad, se emparienta más bien con una "desconsolidación", designa el hecho de que una vez reactivada, una huella mnémica se vuelve momentáneamente modificable. Puesta otra vez en juego por la rememoración, no sólo la huella se muestra lábil, sino que se vuelve disponible para nuevas asociaciones, más allá de lo que había presidido a su inscripción (figura 11.6).

13 Dudai, Y., "Reconsolidation: The advantage of being refocused", *Curr. Opin. Neurobiol.*, 16, 2, 2006, pp. 174-178; Sara, S. J., "The locus coeruleus and noradrenergic modulation of cognition", *Nat. Rev. Neurosci.*, 10, 3, 2009, pp. 211-223; Alberini, C. M., "Mechanisms of memory stabilization: Are consolidation and reconsolidation similar or distinct processes?", *Trends. Neurosci.*, 28, 1, 2005, pp. 51-56.

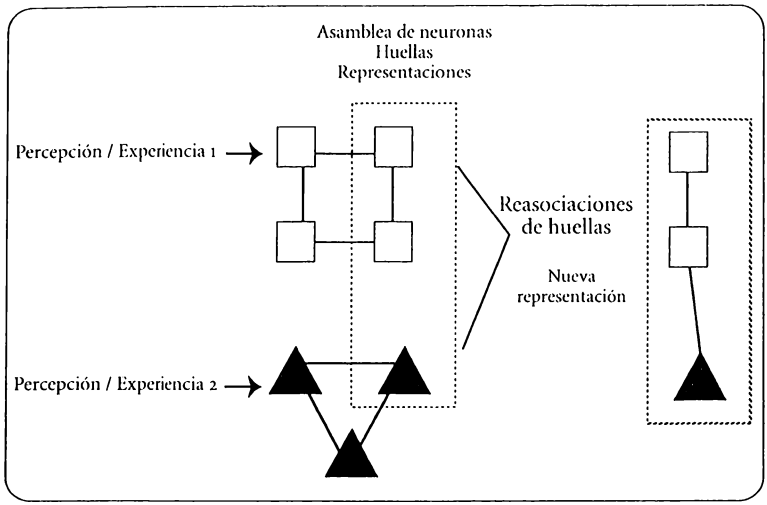


Figura 11.6. Representación esquemática del mecanismo de la reconsolidación. La reactivación de huellas las torna temporariamente lábiles, favoreciendo así las reasociaciones.

Este fenómeno de la reconsolidación tiene implicaciones que nos parecen importantes para el psicoanálisis. En efecto, el trabajo analítico, a través de la palabra del analizante, consiste sobre todo en inducir una reactivación de huellas. Esta reactivación, que labiliza las huellas, da paso también a la posibilidad de crear nuevas asociaciones que permiten a un sujeto liberarse de la compulsión a la repetición en la cual se halla a partir de su escenario fantasmático. Por lo tanto, la reconsolidación introduce una "desconsolidación", una discontinuidad en el proceso mnémico que permite el cambio y, por la reactivación de la huella inscrita, paradójicamente nos devuelve un poco de nuestra libertad. La noción de labilidad de la huella, ya sugerida por Lacan,[14]

14 Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro XVI: *D'un autre à l'autre* [1968-1969], París, Seuil, 2006, pp. 313-314.

alcanza así, y de manera sorprendente, lo que está en juego en el impacto de la palabra en la cura analítica, que permite inventarse más allá de lo que nos determina. Con la plasticidad neuronal,[15] la "reconsolidación" es el descubrimiento biológico sobre el cual puede ser apuntalado el alcance de la palabra en el dispositivo analítico gracias a la discontinuidad, de donde proceden el inconsciente y el sujeto.[16]

15 Centonze, D., Siracusano, A., Calabresi, P., Bernardi, G., "Long-term potentiation and memory processes in the psychological works of Sigmund Freud and in the formation of neuropsychiatric symptoms", *Neuroscience*, 130, 3, 2005, pp. 559-565.

16 Centonze, D., Siracusano, A., Calabresi, P., Bernardi, G., "The project for a scientific psychology (1895): A Freudian anticipation of LTP-memory connection theory", *Brain Res. Rev.*, 46, 3, 2004, pp. 310-314.

12
De Mitra a San Clemente
Determinado para no serlo

En esta etapa de nuestra reflexión, ¿podemos situar mejor el psicoanálisis en su relación con las neurociencias? Siempre hay peligros al comparar dos disciplinas que tienen dimensiones inconmensurables.[1] Para que su comparación sea heurística se deben evitar una serie de escollos y arreglar previamente algunas cuestiones de método. Porque el debate no es sencillo y los malentendidos potencialmente cuantiosos, en particular con el riesgo de mezclar causa y efecto[2] mediante analogías que hacen las veces de prueba. Semejante manera de proceder desembocaría en un reduccionismo en el que psicoanálisis y neurociencias perderían su filo. La analogía es una tentación de la que conviene desconfiar. No es posible contentarse con una visión pensada exclusivamente en términos de emergencia; no es posible inferir

1 A este respecto, véase el abordaje crítico de la relación entre neurociencias y psicoanálisis que hemos establecido en el primer capítulo de *A cada cual su cerebro*, donde se planteaba neurociencias y psicoanálisis como dos campos inconmensurables, al tiempo que se interrogaba su tope común en la cuestión de la huella y de la plasticidad neuronal: Ansermet, F., Magistretti, P., *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2006, pp. 19-30.

2 "En suma, sólo hay causa de lo que cojea", en Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro XI: *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse* [1964], París, Seuil, 1973, p. 25, y "real que puede muy bien, por su parte, no estar determinado", *ibid.*, p. 25 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 11: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, *op. cit.*, p. 30].

lo psíquico desde lo biológico sin cuestionar cómo funciona esta inferencia; no es posible contentarse con poner en relación estructuras y funciones sin pensar la naturaleza de su relación. Para que el encuentro entre neurociencias y psicoanálisis sea fértil, hay que ir más allá de los paradigmas establecidos. Como decía Kuhn en su libro sobre la estructura de las revoluciones científicas,[3] un modelo, un paradigma en las ciencias, puede resultar muy eficaz durante cierto tiempo, pero progresivamente termina por agotarse, por no producir más, por fisurarse: entonces uno debe ponerse a pensar en lo inconmensurable. Otro peligro que merece ser mencionado: las confusiones de ámbitos que son tanto mayores que estos dos campos, las neurociencias y el psicoanálisis, utilizan en ocasiones términos idénticos para designar objetos diferentes –es el caso de la conciencia, de la memoria, de la representación, hasta del inconsciente–. Palabras cercanas, tomadas en universos semánticos diferentes, finalmente son más engañosas que palabras diferentes.

En nuestra búsqueda de un nuevo paradigma no pretendemos restringirnos a una lógica de la prueba que se apoyaría en las neurociencias para probar el psicoanálisis. Una confrontación más heurística puede ser integrar el cuadro conceptual psicoanalítico a las neurociencias para pensarlas de manera nueva y orientar diferentemente algunas investigaciones a partir de cuestiones inéditas planteadas por el psicoanálisis. En el fondo, aquí ya no se trataría de saber lo que pueden aportar las neurociencias al psicoanálisis, sino más bien lo que el psicoanálisis puede aportar a las neurociencias[4] para ayudarlas a pensar ciertas

3 Kuhn, T. S., *La Structure des révolutions scientifiques* [1970], París, Flammarion, 1983 [trad. esp.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, FCE, 2005].

4 Ansermet, F., "Ce que la psychanalyse peut apprendre aux neurosciences", *Lettre mensuelle, École de la cause freudienne*, 271, 2008, pp. 4-7.

cuestiones de diferente manera y abrir nuevos campos de investigación. Recíprocamente, nos parecería muy interesante que el psicoanálisis tomase la medida de ciertas interrogaciones nuevas introducidas por las neurociencias, las cuales en ocasiones corresponden a topes recíprocos.[5]

Como dijimos, no podemos quedarnos en el modelo de una causalidad simple y lineal; no podemos quedarnos en una biología que descarta la dimensión del sujeto. No hay un *mapeado* simple entre una experiencia y su inscripción en la red neuronal; del mismo modo, no hay un *mapeado* simple entre esta inscripción y el acto del sujeto que, justamente, no se deduce de él. Pensar neurociencias y psicoanálisis es pensar la relación entre lo viviente y el lenguaje, cosa que el psicoanálisis encara a partir del concepto de pulsión. El cierre de la pulsión lleva a cabo el ajuste de lo viviente al lenguaje. Pero no todo de lo viviente puede ser tomado bajo el lenguaje. Queda una distancia, una no-relación, que es en sí misma creadora del sujeto.

Finalmente, a lo que aquí apuntamos es a definir los fundamentos de una ciencia que incluiría al psicoanálisis, así como lo había formulado Lacan.[6] La cuestión del sujeto está en el corazón de semejante proyecto. No obstante, la cuestión del

5 Podrían citarse algunas intersecciones evocadas en este libro que podrían ser objeto de numerosos desarrollos: huella, plasticidad, reconsolidación, conjuntos de neuronas, discontinuidad, sincronía, detección de coincidencia, estados somáticos, procesos homeostáticos, estado basal, *default mode*. Además, la confrontación entre neurociencias y psicoanálisis conduce a una crítica del determinismo e introduce la cuestión del devenir más allá del desarrollo. A propósito del *default mode*, véanse los trabajos de Raichle citados en el capítulo 14 y su comentario por Ponce, L., "État basal, acte et action", en Magistretti, P., Ansermet, F. (dirs.), *Neurosciences et Psychanalyse*, París, Odile Jacob/Collège de France, 2010, pp. 73-79.

6 Lacan, J., "Résumé rédigé pour l'annuaire de l'École pratique des hautes études" [1965], *Le Séminaire*, Libro XI: *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse*, *op. cit.*

sujeto la mayoría de las veces es rechazada en cierta versión de la ciencia, aunque, en cierto modo,[7] se pueda superponer el sujeto de la ciencia y el del psicoanálisis.[8] Su rechazo es producto de cierto uso de la ciencia, pero no producto de la ciencia en cuanto tal. Además, cuando el sujeto es rechazado, retorna. De ello resulta un nuevo llamado al psicoanálisis: un desafío que se trata de levantar, a condición de que el psicoanálisis se atreva a arriesgarse a confrontarse con algunas de las cuestiones contemporáneas surgidas de la ciencia.

Siempre hay un riesgo reduccionista cuando se comparan neurociencias y psicoanálisis. El problema de las asambleas de neuronas encarado en el capítulo 11 no le escapa, pero sin embargo conviene tratar de pensarlas. ¿Qué participa en su formación? ¿Qué determinan? ¿Cómo pensar su relación de otro modo que en simples términos de emergencia, de inferencia supuesta? ¿Cómo evitar la superposición sin resto –cosa que hace el modelo analógico– de los conjuntos de neuronas y los fenómenos psíquicos? Tales interrogantes valen tanto para el psicoanálisis como para las neurociencias, ya que los mecanismos por los cuales la activación de un conjunto de neuronas produce un fenómeno psíquico también constituyen para esta última disciplina uno de los grandes desafíos que debe afrontar.

Prosigamos con las asambleas de neuronas. Aunque éstas sean concebidas en un modo espacial, hay que adjuntarles una dimensión temporal, igualmente en el primer plano, que preside su formación sincrónica. La idea introducida por Hebb es que las neuronas que descargan simultáneamente se relacionan juntas reforzando su conexión[9] (véase el capítulo 11). En consecuen-

7 Siguiendo al Lacan de "La science et la vérité", en *Écrits*, París, Seuil, 1966.

8 Milner, J.-C., *L'Œuvre claire*, París, Seuil, 1995.

9 Hebb, D. O., "Neurons which fire together, wire together", *The organization of behavior*, Nueva York, Wiley, 1949, p. 70.

cia, es su simultaneidad lo que acarrearía una espacialidad. En otros términos, si la metáfora es espacial, el fenómeno es ante todo temporal. Como quiera que sea, estas asociaciones siguen siendo altamente dinámicas desde un punto de vista espacial y temporal: una neurona de una asociación puede participar en otras asociaciones sin una necesaria proximidad física; pueden estar distribuidas en diferentes lugares del cerebro.

También cabe preguntarse cuál es el universo semántico de la palabra *assemblies* en inglés, y de la palabra *assemblée* [asamblea] en francés. ¿Hay que ver en ello una red, una asamblea, una asociación, o un conjunto de neuronas? De manera sorprendente, parecería que aquí somos remitidos, por un lado, a la teoría neuronal de Cajal, para el cual las neuronas son entidades separadas unas de otras y, por el otro, a la teoría reticular de Golgi, para quien están organizadas en redes sin solución de continuidad. Estas dos teorías se oponen pero, finalmente, la teoría de las asambleas de neuronas parece reconciliar, por lo menos en parte, estas dos visiones opuestas, permitiendo que el debate que no tuvieron Cajal y Golgi en el momento de su obtención simultánea del premio Nobel finalmente pueda tener lugar.

Las asambleas de neuronas codifican para una representación. Esto permite re-presentar –volver a presentar– lo que una vez fue presentado. Al mismo tiempo, las neuronas que pertenecen a asambleas de neuronas pueden asociarse con otras para formar nuevas huellas. La dinámica de estas asambleas de neuronas produce una complejidad tal que, como ya lo enunciaba Bergson,[10] no hay percepción que no esté impregnada de recuerdos. Lo cual significa que la huella tiene un destino gracias a sus múltiples reasociaciones, que llegan hasta hacerle perder

10 Bergson, H., *Matière et mémoire. Essai sur la relation du corps à l'esprit* [1939], París, PUF, 1965.

la huella. Un poco como en las estratificaciones de la basílica de San Clemente en Roma, que Freud brinda como referencia.[11] En el conjunto construido, en efecto, encontramos las huellas dejadas por diferentes civilizaciones: en el primer estrato, un lugar de culto al dios Mitra, huella de la época romana, luego una basílica, huella de la época protocristiana, después la iglesia actual, y cada una de esas huellas, a partir de la primera, contiene fragmentos de la otra, en la cual se apoya.

El destino de la huella está a la vez en continuidad y discontinuidad respecto de la percepción o la experiencia. En continuidad, porque hubo inscripción; en discontinuidad, porque hubo reasociación ulterior de las huellas entre sí para formar otras nuevas. Es una paradoja central, ligada a la plasticidad y la reconsolidación: cada rememoración va con nuevas asociaciones. Es esta reasociación de las huellas lo que introduce una discontinuidad fundamental.

Así, la inscripción a través de la reasociación de las huellas es a la vez huella de lo que tuvo lugar, de lo que ocurrió, y potencialidad de lo que será, más allá de lo que se ha inscrito. La huella inicial persiste. Como escribió Freud en "Malestar en la cultura",[12] en el aparato psíquico nada se pierde, pero ella se vuelve inaccesible.[13] De huella en huella, de reasociación en

11 McBride, C., "The plot against narration: Disavowal in the Spoils of Poynton", *The Henry James Review*, 2007, 28, pp. 249-258.

12 "En la vida anímica no puede sepultarse nada de lo que una vez se formó, [...] todo se conserva de algún modo", en Freud, S., *Malaise dans la civilisation* [1929], París, PUF, 1971, p. 11 [trad. esp. cit.: "El malestar en la cultura", *Obras completas*, vol. XXI, 1990, p. 70].

13 "Todo lo esencial se ha conservado, aun lo que parece olvidado por completo; está todavía presente de algún modo y en alguna parte, sólo que soterrado, inasequible al individuo", en Freud, S., "Construction dans l'analyse" [1937], *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, vol. II, p. 272 [trad. esp. cit.: "Construcciones en el análisis", *Obras completas*, vol. XXIII, 1989, p. 262].

reasociación, por el hecho de la reconsolidación como del de la plasticidad, el lazo con las huellas iniciales se pierde, así como el lazo con lo que presidió inicialmente su primera inscripción. Así, la inscripción de la experiencia separa de la experiencia. Esta discontinuidad da paso a un grado de libertad fundamental para el advenimiento de la singularidad. Si todas las huellas se inscribieran de manera definitiva, sin un reacondicionamiento, la plasticidad sería un fenómeno extraordinariamente determinista, cosa que no es. Por el contrario, la reasociación de huellas da paso a lo inesperado y a la libertad, condiciones de emergencia del sujeto.

Más que haber surgido de un sistema de huellas, el sujeto procede de la discontinuidad. Además, por su acto, él mismo participa en inscribir las huellas. Como se discutió en el capítulo 10, más que ser producido por las huellas, participa en producirlas. ¡Juega con las huellas como si se tratara de una partitura! La plasticidad neuronal –el hecho de que la experiencia y el acto del sujeto dejen por igual una huella en la red neuronal– introduce a la paradoja de un sistema sometido a un cambio permanente. Por el hecho de la plasticidad, todo se conserva y a la vez todo siempre puede cambiar. Como lo mostramos en *A cada cual su cerebro*,[14] supongamos que S1, S2 y S3 son tres estímulos, imaginémoslos incluso idénticos, en la medida en que esto sea posible (figura 12.1). E es el estado basal de la red neuronal en el momento en que S1 es percibido; E' el estado de la red neuronal reacondicionada por la inscripción I' luego del estímulo S1; E" el estado de la red neuronal tras la inscripción I" luego del estímulo S2. Lo mismo para S3. A1 es la acción producida en respuesta a S1, cuando la red neuronal está en el estado E'. Lo mismo para A3. A1, A2 y A3.

14 Ansermet, F., Magistretti, P., "...*Redibit, non muerit*... Plasticidad del devenir y devenir de la plasticidad", *A cada cual su cerebro*, *op. cit.*, pp. 171-181.

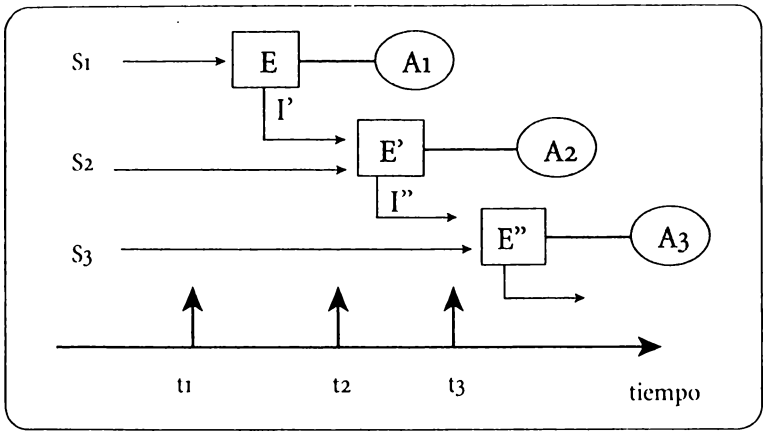


Figura 12.1. El sistema de huellas es modificado permanentemente por la experiencia.

La plasticidad obliga a pensar la posibilidad de un cambio permanente. Como ya lo dijimos, nunca se utiliza dos veces el mismo cerebro, lo que se puede formular de la siguiente manera: un sujeto está biológicamente determinado para no estar en su totalidad biológicamente determinado: está determinado para no estarlo, determinado para poder recibir la incidencia del otro, para recibir la incidencia de la contingencia. En otras palabras, está biológicamente determinado para ser libre; hay una determinación de cierta indeterminación.

Hemos señalado varias consecuencias importantes que se desprenden del fenómeno de la plasticidad: el hecho de que mecanismos universales lleguen a producir algo único; el hecho de que la inscripción de la experiencia separe de la experiencia, introduciendo una discontinuidad; el hecho de que todo puede siempre transformarse.

A partir de entonces, la cuestión del determinismo humano debe necesariamente ser revisada a la luz del fenómeno de la plas-

ticidad. Si somos sometidos a un cambio permanente, si la contingencia se inscribe en forma permanente, el problema no es ya el del cambio, de la posibilidad del cambio, sino el de la identidad diacrónica: ¿cómo es posible que, a pesar de todo, sigamos siendo los mismos, cuando cambiamos en forma permanente?

El hecho de estar sometidos a un cambio permanente también plantea la cuestión de saber cuándo se produce el cambio. El cambio se produce todo el tiempo, en la discontinuidad del instante, sin que se lo detecte. Recordemos que es la misma cuestión que planteaba Ferdinand de Saussure a propósito de la lengua. Cada locutor, a través del acto de habla, modifica el sistema de la lengua, imperceptiblemente. En un curso de diciembre de 1891 en la Universidad de Ginebra, a propósito de la identidad a través del tiempo, Saussure se refiere a un hombre que se hizo fotografiar con una gran regularidad, a lo largo de veinte años: cada foto era semejante a la anterior y a la siguiente, pero la última difería claramente de la primera.[15] Entonces, ¿dónde se produjo el cambio?

¿Cómo pensar a la vez que todo se conserva y que todo siempre puede cambiar? Para hacerlo hay que introducir la noción

15 "Un excéntrico llamado Boguslawski anunció hace poco en una ciudad de Rusia la apertura de una exposición de un nuevo género: se trataba simplemente de 480 retratos fotográficos, que representaban todos a la misma persona, él, Boguslawski, e idénticamente en la misma pose. Desde hace veinte años, con una regularidad admirable, el primero y el quince de cada mes, este hombre se dirigía a ver a su fotógrafo, y ahora estaba en condiciones de mostrar al público el fruto acumulado de sus labores. No necesito decirles que si, en esta masa, se tomaban dos fotografías contiguas cualesquiera, se tenía al mismo Boguslawski, pero si se tomaba la nº 480 y la nº 1, se tenían dos Boguslawski", en Saussure, Ferdinand de, "Deuxième conférence à l'Université de Genève", diciembre de 1891 (referencia que nos fue revelada por Claudia Mejía Quijano, *Le Cours d'une vie. Portrait diachronique de Ferdinand de Saussure*, Nantes, Éditions Cécile Defaut, 2008).

de tiempo, y de la dialéctica entre sincronía y diacronía.[16] Más precisamente, puede considerarse que la inscripción diacrónica de las huellas coexiste con la posibilidad de sus reasociaciones sincrónicas, fenómeno posibilitado por la plasticidad y la reconsolidación. La inscripción diacrónica coexiste con la posibilidad de nuevas asociaciones, de reasociaciones sincrónicas, que producen en el instante algo nuevo, algo diferente. Tendríamos así un no-determinismo diacrónico, debido a la discontinuidad resultante de la reasociación sincrónica de las huellas.

En nuestro libro *A cada cual su cerebro* planteamos la hipótesis de que la discontinuidad introducida por la reasociación de las huellas podía ser uno de los mecanismos de los cuales procede el inconsciente (figura 12.2), no estando ya las nuevas huellas producidas a través de la reasociación en relación directa con las huellas primarias, al tiempo que utilizan elementos de estas últimas. Desde ese punto de vista, el inconsciente no sería más que un sistema de memoria, pero también un sistema dinámico de huellas que, al reasociarse, producen una discontinuidad entre la experiencia inicial y las nuevas huellas surgidas del proceso de reasociación. Llegaríamos aquí a la bipartición propuesta por Lacan,[17] para quien existe un inconsciente *automaton*, un sistema de huellas inscritas surgidas del pasado, y un inconsciente *tuché*, no realizado, vuelto hacia el porvenir, una suerte de función disyunta[18] resultante de la discontinuidad.

16 Términos introducidos por Ferdinand de Saussure, véase Constantin, E., "Ferdinand de Saussure. Troisième cours de linguistique générale, 1910-1911", *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 58, 2005, p. 261.

17 Véase Lacan, J., "L'inconscient freudien et le nôtre", *Le Séminaire*, Libro XI: *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse*, *op. cit.*, cap. II, pp. 21-30, y "Tuché et automaton", *ibid.*, cap. V, pp. 53-62.

18 Como lo desarrolla de manera muy pertinente Éric Laurent en su libro *Lost in cognition. Psychanalyse et sciences cognitives*, Nantes, Éditions Cécile Defaut, 2008.

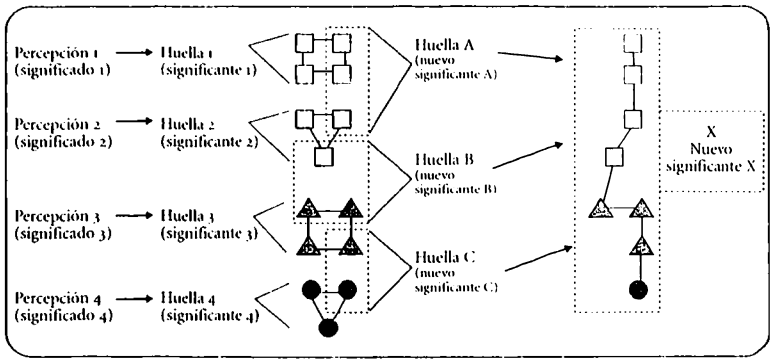


Figura 12.2. La reasociación de huellas introduce una discontinuidad entre las huellas iniciales, surgidas de la experiencia, y las nuevas huellas que produce.

Esta discontinuidad resulta de la reasociación de las huellas, que tiene lugar en la simultaneidad, en la sincronía. La discontinuidad se juega en el instante. Cada instante es discontinuo:[19] lo que era potencialmente ya no es; lo que será todavía no es. El instante pone en suspenso. El instante es discontinuidad. Más exactamente, es continuidad y discontinuidad; une y separa, como la nota musical de una partitura que es potencialmente una ruptura, una detención en el flujo musical,[20] como el significante en el campo del lenguaje, que puede implicar por sí mismo una continuidad y una discontinuidad a través de su

19 A propósito del instante como discontinuidad, véanse los desarrollos de Giorgio Agamben, *Enfance et histoire* [1978], París, Payot & Rivages, 2000, pp. 67-68, y su capítulo "Critique de l'instant et du discontinu", *ibid.*, pp. 111-130 y, por último, sobre sincronía y diacronía, pp. 95-97. Véase también, más reciente, Agamben, G., *Qu'est-ce que le contemporain?*, París, Payot & Rivages, 2008.

20 Véase la entrevista con Pascal Dusapin: Dechambre, V., Dusapin, P., Cottet, S., Ansermet, F., "Pascal Dusapin, composer avec la vie", *La Cause freudienne*, 70, 2008, pp. 213-228.

equívoco significante (véase el capítulo 10). Huella, instante, nota musical, significante, todos esos factores introducen potencialmente una discontinuidad. Así, el sujeto está determinado para no serlo.

Si hay siempre una inscripción diacrónica, una inscripción de huellas que se suceden en el tiempo, siempre hay también reasociaciones sincrónicas en el instante, que marcan el instante. Desde esta perspectiva, toda inscripción sería a la vez sincrónica y diacrónica, tomada en el desarrollo de las inscripciones y, al mismo tiempo, en un destino sincrónico de reasociaciones. Desde esta perspectiva, una vez más, toda reasociación produciría un más allá de la inscripción.

Esta cuestión de la sincronía no deja de recordar la intuición extraordinaria de Freud, muy al comienzo de su obra, a propósito de la idea de simultaneidad. En el "Proyecto" también observa, respecto de la experiencia de satisfacción, que existe "una ley fundamental de la *asociación por simultaneidad* [...] que [...] constituye la base de todas las conexiones entre las neuronas",[21] lo que realmente equivale a decir que no sólo es en la sucesión temporal donde algo se inscribe. En consecuencia, no sólo hay asociaciones temporales diacrónicas; algo se juega también en la asociación simultánea. Así, para Freud, todo lo que es sucesivo primero fue simultáneo.[22]

21 Freud, S., "Esquisse d'une psychologie scientifique. L'épreuve de la satisfaction", *La Naissance de la psychanalyse* [1895], París, PUF, 1956, pp. 336-338 [trad. esp. cit.: "La vivencia de satisfacción", en "Proyecto de psicología", *Obras completas*, vol. 1, 1994, p. 363].

22 En efecto, en su carta del 6 de diciembre de 1896 Freud define que primero hay asociaciones simultáneas, lo cual ya había sido enunciado de otra manera en el "Proyecto de psicología" con el concepto de *Gleichzeitigkeit*, de simultaneidad, donde ésta tiene un carácter inaugural. A estas asociaciones simultáneas suceden relaciones causales; es así como lo que será sucesivo primero fue simultáneo.

Si se retoma una vez más el famoso esquema de Freud contenido en la carta a Fliess del 6 de diciembre de 1896,[23] aquella en que evoca primero la percepción (*Wahrnehmung*), luego el signo de la percepción (*Wahrnehmungszeichen*), su transcripción inconsciente, su reescritura preconsciente y, por último, la conciencia, se observa que bajo estos términos figuran pequeñas cruces por las cuales él parece sugerir también asociaciones simultáneas (figura 12.3). Freud imaginaba que ya había ahí una dimensión de asociación; de los signos de percepción, que para él son la primera huella, por otra parte dice que son "asociaciones simultáneas",[24] que luego van hacia "una segunda transcripción según otras asociaciones".[25] A su manera de ver, existiría por tanto cierto tipo de asociaciones que él define como simultáneas durante el establecimiento de la primera fase y otro tipo de asociaciones durante la retranscripción inconsciente, que define como participando en "relaciones de causalidad",[26] que luego definirá como relaciones de contigüidad.

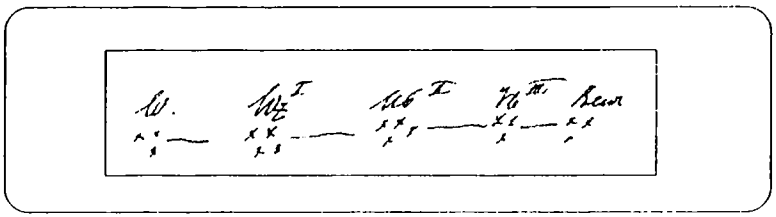


Figura 12.3. Esquema propuesto por Freud en su carta a Fliess del 6 de diciembre de 1896.

23 Freud, S., "Lettre à Wilhelm Fliess du 6 décembre 1896", *La Naissance de la psychanalyse* [1895], *op. cit.*, pp. 152-156.

24 *Ibid.*, p. 155.

25 *Ibid.*

26 *Ibid.*

Sea como fuere, la cuestión de los conjuntos de neuronas plantea la de una asociación a la vez espacial y temporal con la continuidad o contigüidad, por el lado espacial, y el par sincronía o diacronía, por el lado temporal. Sincronía y diacronía son neologismos introducidos por Ferdinand de Saussure, que a propósito de la lengua se planteaba la misma pregunta que la que hoy nos ocupa respecto de la plasticidad cerebral. Como acabamos de decirlo, todo acto de habla transforma potencialmente el sistema de la lengua; cada uno de nosotros, cuando habla, hace que la lengua; no sea ya la misma que antes. Entre diacronía y sincronía, pues, nos hallamos en un cambio permanente. ¿Cómo explicar que, durante siglos, se haya hablado latín en Roma y que, en menos de doscientos años, se hayan puesto a hablar allí en italiano? ¿Cómo tuvo lugar esta transformación de la lengua? Para Saussure, si la lengua puede ser estudiada en un momento dado, es mucho más difícil seguir o predecir su evolución diacrónica. Otro tanto ocurre con las huellas que se inscriben en la diacronía, una experiencia tras otra, y que se reasocian en la sincronía, modificando en cada instante el estado del sistema. Así, también habría una plasticidad de la lengua.

Volvamos al establecimiento de los conjuntos de neuronas. También aquí, nos encontramos una vez más con esa intuición extraordinaria de Freud al final de su Nota sobre la "pizarra mágica" en 1925. Allí escribe: "Conjeturo, además, que en este modo de trabajo discontinuo del sistema *P-Cc* [sistema percepción/conciencia] se basa la génesis de la representación del tiempo".[27] Esta discontinuidad es productora de la cuestión del tiempo. Por

27 Freud, S., "Note sur le Bloc-notes magique" [1925], *Résultats, idées, problèmes, op. cit.*, vol. II, p. 124 [trad. esp. cit.: "Nota sobre la 'pizarra mágica'", *Obras completas*, vol. XIX, 2000, p. 247].

esa razón el debate sobre los conjuntos de neuronas también recae sobre la problemática del tiempo y de la discontinuidad que marca el tiempo, esa discontinuidad del instante, de la sincronía, que se juega en la reasociación de las huellas.

Admitiendo el lugar de la discontinuidad en la reasociación sincrónica de las huellas, resta determinar lo que preside esa asociación de las huellas entre sí. Pensar esta cuestión obliga a pasar por la relación entre huella y estado somático: la lectura de los estados somáticos por las vías interoceptivas permite una anticipación del placer o el displacer que oriente la reasociación de las huellas. En efecto, una huella no existe sola, siempre está asociada a un estado somático. La asociación entre las huellas es función del placer o el displacer.

Imaginemos la representación de una experiencia que provocó placer, es decir, que está asociada a un estado somático de placer. Si se presenta una nueva experiencia, según la concepción de Freud tal como la enuncia en su texto sobre la *negación*[28] en 1925, ésta será o bien tomada en el yo (*Einbeziehung ins Ich*), o bien rechazada fuera del yo (*Ausstossung aus dem Ich*), en función del placer o el displacer que suscita, actividad que Freud designa con el nombre de "juicio de atribución" (figura 12.4). Así, a través del juicio de atribución, un sujeto toma o rechaza una experiencia. Del mismo modo, ulteriormente, llega a atribuir, por anticipación, placer o displacer a la experiencia proyectada, lo que motiva su decisión de realizar la acción. Es la anticipación del placer lo que desemboca en una decisión o, en el caso contrario, en el rechazo de una decisión y en el rechazo de una acción que no tendrá lugar a causa del displacer anticipado.

28 Freud, S., "La négation" [1925], *Résultats, idées, problèmes*, *op. cit.*, vol. II, pp. 135-139.

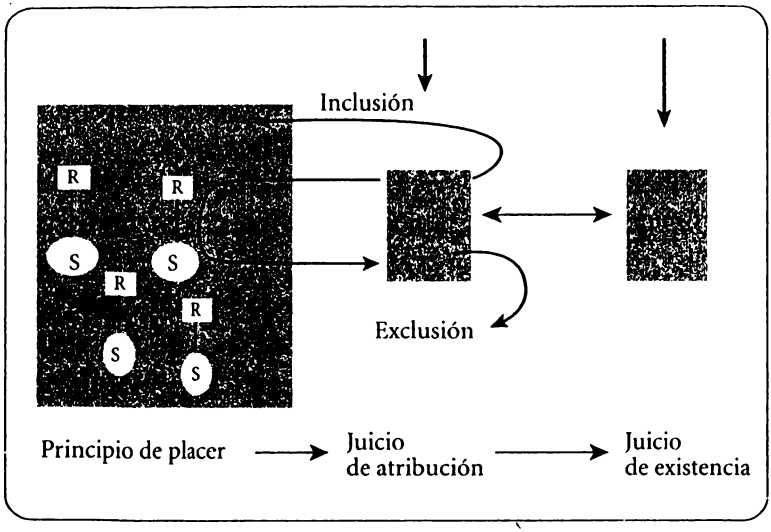


Figura 12.4. Según el principio de placer, una nueva experiencia P es o bien tomada en el yo (*Einbeziehung ins Ich*), o bien rechazada fuera del yo (*Ausstossung aus dem Ich*), en función del placer o el displacer que suscita. Freud designa este proceso con el nombre de "juicio de atribución", que precede así al "juicio de existencia".

Lo que es importante en el modelo que propone Freud es que ese juicio de atribución (de placer o displacer) precede al juicio de existencia. Como ya se lo sugirió en el capítulo 10, formula así una crítica radical a una concepción que razonaría solamente en términos de adaptación y aprendizaje, en términos de mapeado cognitivo de la experiencia percibida que provoca placer o displacer. Esta oposición no deja de recordar la que animó el abordaje fisiológico de la teoría de las emociones, por un lado con Cannon y Bard,[29] para quienes la representación mental de

29 Bear, M., Paradiso, M. A., Connors, P. W., *Neuroscience: Exploring the brain*, 3ª ed., Filadelfia, Lippincott Williams y Wilkins, 2007, p. 564.

la emoción desencadena un estado somático, o James y Lange,[30] por el otro, para quienes es el estado somático el que constituye el elemento sobresaliente de la emoción. El predominio del juicio de atribución pone de manifiesto a un sujeto que, a través de su acto, su decisión, participa él mismo en su propia construcción, un sujeto autor de su devenir o, más exactamente, un sujeto actor y, por lo tanto, autor de su devenir.

En Freud, el juicio de atribución confiere una atribución de placer o displacer. Así, en la vida inconsciente, como ya lo hemos desarrollado, sólo se recibirían signos del placer o de pena: todo pensamiento procedería por vías inconscientes.[31] Además, la anticipación del placer o el displacer en el juicio de atribución se une a la idea psicoanalítica clásica de la alucinación del objeto de satisfacción: el objeto, una vez que entró en juego, puede ser anticipado como lo que procura placer o displacer, lo cual permite recuperar la huella, pero también la experiencia. Más precisamente, la huella separó al sujeto de la experiencia, viene en lugar de la experiencia, la sugiere, la anticipa, a tal punto que cabe preguntarse si no habría que reemplazar la noción psicoanalítica de "alucinación del objeto" por la de anticipación del objeto.

El juicio de atribución se funda en la existencia de una asociación entre un estado somático y una huella, entre un estado somático y una representación. Lo viviente está asociado a representaciones. El lenguaje participa en constituir las representaciones. La exigencia de lo viviente está así en interacción con

30 *Ibid.*, p. 566.

31 "Entonces, el proceso de pensamiento, en la medida en que de todos modos en él progresa el acceso a la realidad, el *Not des Lebens*, que mantiene en cierto nivel la carga del aparato – se encuentra en el campo del inconsciente", en Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro VII: *L'éthique de la psychanalyse* [1959-1960], París, Seuil, 1986, p. 61 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 7: *La ética del psicoanálisis*, *op. cit.*, p. 61].

el lenguaje, es decir, con una realidad interna hecha de huellas, de asociaciones de huellas y de representaciones. Para percibir esta interacción entre R y S, podría decirse que lo viviente S parasita el lenguaje R e, inversamente, que el lenguaje R parasita lo viviente S (véase la figura 12.5). El lenguaje implica deslizamientos lingüísticos –homofonías, equívocos significantes, lapsus y todo tipo de formaciones lingüísticas– que pueden embarullar la relación entre la huella y el estado somático (véase el capítulo 10). Finalmente, de significante en significante, de huella en huella, de representación en representación, el lazo lógico entre la representación y el estado somático se pierde, y encuentra en ocasiones un destino sorprendente a través de la reasociación de las huellas. Como vimos, Michel Foucault, en una discusión a propósito de Canguilhem, observaba que una de las características del ser viviente es también el error. El error introducido en el ser viviente por el lenguaje sería así una característica del ser humano, del ser lingüístico. ¿Por qué no también un error creador?

De hecho, el lenguaje es una encrucijada. Tiene su propia vida, que viene a injertarse sobre el cuerpo viviente. Una palabra, en ocasiones una letra, puede estar asociada a toda una red de significaciones que nada tienen que ver con la situación presente. Es así posible, debido a la plasticidad, conocer asociaciones sorprendentes, por ejemplo asociaciones que paradójicamente desembocan en unir la representación de una experiencia penosa a un estado somático de placer, y a la inversa (véase el capítulo 6, figura 6.2).

El lazo inicialmente establecido entre representaciones y estados somáticos puede ser deshecho por el lenguaje como parásito y la reasociación de las huellas entre sí. Nuestra hipótesis, pues, es que el más allá del principio de placer también debe ser puesto en relación con el parasitismo y los errores introducidos

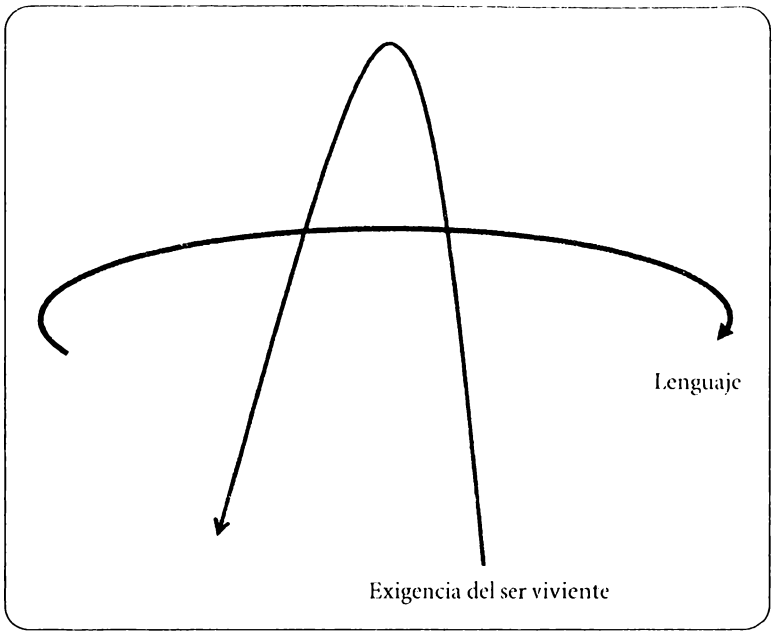


Figura 12.5. Representación esquemática de los lazos entre lenguaje y exigencia del ser viviente.

por el lenguaje. El impacto de los errores introducidos por el parasitismo lingüístico vendría a perturbar asociaciones que habrían sido previamente establecidas entre una representación satisfactoria y un estado somático de placer. Lo que presidiría el más allá del principio de placer se jugaría de hecho en un más allá de lo biológico.

13
Un notable desconocido
¿Qué inconscientes?

Para percibir apropiadamente cómo el principio de placer y su más allá operan en la vida psíquica, en particular de manera inconsciente, es esencial definir mejor el inconsciente desde el doble punto de vista de las neurociencias y del psicoanálisis. A todo lo largo de este libro, en efecto, giramos en torno del inconsciente. El inconsciente se manifiesta como un desconocido en la casa, que desordena lo que uno creía ordenado. Por lo tanto, hay que tener en cuenta a ese notable desconocido.

Tratemos de encontrarlo. No es fácil. Más bien, es ese desconocido el que nos sorprende sin nosotros saberlo, ese familiar que forma parte de nuestra vida cotidiana y que al mismo tiempo nos hace malas jugadas que nos desconciertan. En una forma gráfica, podría retomarse la analogía de Freud cuando decía que con el inconsciente uno ya no es el amo en su propia casa,[1] como si uno viviera en una casa habitada por algún otro, cuya presen-

1 "El yo [...] tropieza con límites a su poder en su propia casa, el alma misma. De pronto afloran pensamientos que no se sabe de dónde vienen [...]. Y estos huéspedes extraños hasta parecen más poderosos que los sometidos al yo [...]. O sobrevienen impulsos como si fueran de alguien ajeno, de suerte que el yo los desmiente", en Freud, S., "Une difficulté de la psychanalyse" [1917], *L'Inquiétante Étrangeté*, París, Gallimard, 1985 [trad. esp. cit.: "Una dificultad del psicoanálisis", *Obras completas*, vol. XVII, 1986, p. 133].

cia no percibiría sino de manera indirecta, por el resultado de sus acciones, como por ejemplo objetos que se encontrarían en un lugar incongruente, desplazamientos de muebles, farsas o acontecimientos inesperados, placenteros o displacenteros.

Tal es el inconsciente freudiano que algunos tienden a confundir con el inconsciente cognitivo. El mismo Freud, en sus obras, parece realmente evocar varios inconscientes:[2] el preconsciente, el inconsciente producido por la represión, pero también un último inconsciente, apenas mencionado al comienzo del texto "El yo y el ello", que él llama el "tercer inconsciente".[3] Como a todas luces el término inconsciente tiene varias acepciones, generadoras de malentendidos, nos parece importante explicitar nuestro punto de vista y, sobre todo, especificar a qué tipo de inconsciente nos referimos.

La noción de procesos mentales que no alcanzan el nivel consciente forma parte integrante de cuantiosas teorías psicológicas.[4] Los avances recientes de las neurociencias validaron la existencia de procesos perceptivos, hasta de tratamientos de la información, que permanecen no conscientes. Este tipo de procesos que no accede a la conciencia es puesto de manifiesto sobre todo por las técnicas de neuroimagen funcional.[5] Sin embargo, no se trata aquí de un inconsciente en el sentido freudiano, sino más

2 Véase, a este respecto, Ansermet, F., Magistretti, P., "Quel inconscient", en Magistretti, P., Ansermet, F. (eds.), *Neurosciences et Psychanalyse*, París, Odile Jcob/Collège de France, 2010, pp. 195-199.

3 Freud resume la diferenciación de estos tres inconscientes en el capítulo 1, titulado "Consciente e inconsciente", en particular en una nota al pie de página muy esclarecedora: Freud, S., "Le moi et le ça" [1923], *Essais de psychanalyse*, París, Petite Bibliothèque Payot, 1981, pp. 247-253.

4 Gazzaniga, M. S., Ivry, R. B., Mangun, G. R., *Cognitive neuroscience: The biology of the mind*, Oxford University Press, 2008.

5 Hassin, R. R., Uleman, J. S., Bargh, J. A. (eds.), *The new unconscious*, Oxford University Press, 2006.

bien de lo que se llama el inconsciente cognitivo.[6] Los fenómenos propios del inconsciente cognitivo son por ejemplo representados por la percepción subliminal u otros mecanismos de la percepción y del tratamiento de la información que no desembocan en una experiencia consciente.[7] El trastorno patológico descrito a comienzos de los años ochenta por Weiskrantz y llamado *Blindsight* –en nuestra lengua "visión ciega"– es particularmente representativo de este tipo de fenómeno.[8] Las personas que lo padecen son clínicamente ciegas como consecuencia de lesiones bilaterales de las áreas corticales visuales primarias donde desemboca la información procedente de la retina. Estos pacientes, por lo tanto, presentan una retina normal, vías ópticas normales, hasta el córtex, pero en ellos el área sensorial primaria visual es deficiente, lo que hace que no puedan percibir imágenes. Cuando se les presenta un estímulo visual, por ejemplo líneas verticales u horizontales, y se les pide que digan cuál es la orientación de esas líneas, su primera reacción es decir que, como son ciegos, no ven nada y por lo tanto no pueden pronunciarse sobre la orientación de dichas líneas; cuando se los estimula, cuando se les pide que de todos modos intenten adivinar la orientación de esas líneas, estos pacientes, en una proporción mayor a un 80%, dan una respuesta justa. Semejante

6 Kihlstrim, J. F., "The cognitive unconscius", *Science*, 18, 237 (4821), 1987, pp. 1445-1452.

7 Kouider, S., Dehaene, S., "Levels of processing during non-conscious perception: A critical review of visual masking", *Philos. Trans. R. Soc. Lond. B. Biol. Sci.*, 362, 1481, 2007, pp. 857-875; Driver, J., Vuilleumier, P., "Perceptual awareness and its loss in unilateral neglect and extinction", *Cognition*, 79, 1-2, 2001, pp. 39-88; Vuilleumier, P., Pourtois, G., "Distributed and interactive brain mechanisms during emotion face perception: Evidence from functional neuroimaging", *Neuropsychologia*, 7, 45-1, 2007, pp. 174-194.

8 Cowey, A., Stoerig, P., "The neurobiology of blindsight", *Trends Neurosci.*, 14, 4, 1991, pp. 140-145; Weiskrantz, L., "Blindsight revisited", *Curr. Opin. Neurobiol.*, 6, 2, 1996, pp. 215-220.

éxito demuestra que, en estas personas ciegas, existen vías visuales que transportan una información perceptiva correcta, en ausencia de conciencia.

Otras experiencias, igualmente extraordinarias, establecieron la capacidad de personas ciegas en reconocer rostros con expresiones agresivas que desencadenan el miedo. De manera impactante, en estas experiencias, la presentación de las imágenes trae aparejada una activación de los núcleos amigdalinos, que son regiones fuertemente implicadas en las reacciones emocionales.[9] Estos pacientes, por lo tanto, serían ciegos a la imagen, ¡y no a la emoción! En consecuencia, parecería que la percepción bien puede desencadenar correlatos emocionales en ausencia de toda percepción consciente.

Por interesante que sea,[10] este tipo de inconsciente no es sin embargo el que aquí nos importa: aunque significativo para la neurofisiología y para la organización de los procesos cognitivos,[11]

9 Vuilleumier, P., "Cognitive science: Staring fear in the face", *Nature*, 433, 7021, 2005, pp. 22-23.

10 Dehaene, S., Changeux, J.-P., Naccache, L., Sackur, J., Sergent, C., "Conscious, preconscious, and subliminal processing: A testable taxonomy", *Trends Cogn. Sci.*, 10, 5, 2006, pp. 204-211; Snodgrass, M., Shevrin, H., "Unconscious inhibition and facilitation at the objective detection threshold: Replicable and qualitatively different unconscious perceptual effects", *Cognition*, 101, 1, 2006, pp. 43-79; Lau, H. C., Passingham, R. E., "Unconscious activation of the cognitive control system in the human prefrontal cortex", *J. Neurosci.*, 27, 21, 2007, pp. 5805-5811; Rees, G., "Neural correlates of the contents of visual awareness in humans", *Philos. Trans. R. Soc. Lond. B. Biol. Sci.*, 362, 1481, 2007, pp. 877-886.

11 Cleeremans, A., "Consciousness: The radical plasticity thesis", *Prog. Brain Res.*, 168, 2008, pp. 19-33; Del Cul, A., Baillet, S., Dehaene, S., "Brain dynamics underlying the non-linear threshold for access to consciousness", *PloS. Biol.*, 5, 10, 2007, e260; Dehaene, S., Naccache, L., "Towards a cognitive neuroscience of consciousness: Basic evidence and a workspace framework", *Cognition*, 79, 2001, pp. 1-37; Baars, B. J., "Global workspace theory of consciousness: Toward a cognitive neuroscience of human experience", *Prog. Brain Res.*, 150, 2005, pp. 45-53; Dijksterhuis, A., Bos, M. W., Nordgren, L. F.,

en efecto no cubre el conjunto de los procesos inconscientes propios de la vida psíquica.[12] El psicoanálisis suministra el acceso a otro inconsciente, que se manifiesta por todo tipo de fenómenos clínicos. Apoyándose en su experiencia con pacientes en análisis, Freud planteó la existencia de procesos inconscientes que se mostrarían en el análisis, como los sueños, los actos fallidos, los lapsus u otras manifestaciones que se producen sin que el sujeto lo sepa.[13] De manera simplificada, hasta se podría decir que si el inconsciente cognitivo se caracteriza por aspectos perceptivos (la percepción no consciente), el inconsciente freudiano, por su parte, se caracteriza por producciones que sorprenden al sujeto y cuyo origen no comprende.

Detengámonos en el ejemplo del sueño. La actividad mental producida durante una fase particular del sueño, la que corresponde a lo que la neurofisiología llama el sueño paradójico, se caracteriza por la ausencia de lógica, la ausencia de dimensiones espaciales y temporales, la ausencia de contradicción y de negación.[14] A esta lógica ilógica Freud le dio el nombre de proceso

Van Baaren, R. B., "On making the right choice: The deliberation-without-attention effect", *Science*, 311, 5763, 2006, pp. 1005-1007; Soon, C. S., Brass, M., Heinze, H. J., Haynes, J. D., "Unconscious determinants of free decisions in the human brain", *Nat. Neurosci.*, 11, 5, 2008, p. 543; Hohwy, J., Roepstorff, A., Friston, K., "Predictive coding explains binocular rivalry: An epistemological review", *Cognition*, 108, 3, 2008, pp. 687-701.

12 Vale la pena tener en cuenta un trabajo reciente de Karl Friston sobre una visión neurobiológica del inconsciente freudiano: Carhart-Harris, R. L., Friston, K. J., "The default-mode, ego-functions and free-energy: A neurobiological account of Freudian ideas", *Brain*, 133, Pt 4, 2010, pp. 1265-1283.

13 Lo que se puede señalar como las formaciones del inconsciente; véase a este respecto Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro V: *Les Formations de l'inconscient* [1957-1958], París, Seuil, 1998.

14 Nielsen, T. A., "A review of mentation in REM and NREM sleep: 'Covert' REM sleep as a possible reconciliation of two opposing models", *Behav. Brain Sci.*, 23, 6, 2000, pp. 851-866, discusión: pp. 904-1121; Takeuchi, T., Miyasita, A.,

primario.[15] Es así como los acontecimientos de un sueño pueden ocurrir de manera simultánea en diferentes lugares, sin ninguna señal de contradicción o de imposibilidad. Una de las características centrales del inconsciente freudiano es esta adimensionalidad. Con el inconsciente freudiano, los contenidos emocionales pueden ser asociados unos a otros de manera incongruente, las representaciones sustituirse unas a otras, el contenido emocional ser desplazado de una representación a otra. Por lo tanto, lo que caracteriza a las representaciones propias del inconsciente freudiano es que en todo caso no están en relación simple y directa con las experiencias que las produjeron. No sólo no son accesibles a la conciencia, como también ocurre con el inconsciente cognitivo, sino sobre todo son transformadas, reasociadas y, en cierta manera, embarulladas: esto es lo que distingue radicalmente el inconsciente freudiano del inconsciente cognitivo.

Además, el principio de placer y su más allá se juegan en el terreno del inconsciente.

¿Cuáles son los posibles mecanismos neurobiológicos para la constitución de este inconsciente freudiano? En otra parte lo hemos dicho, la plasticidad neuronal está en la base del establecimiento de huellas dejadas por la experiencia. Estas huellas están asociadas a estados somáticos a través de los cuales el inconsciente está marcado por su relación con el placer y el dis-

Inugami, M., Yamamoto, Y., "Intrinsic dreams are not produced without REM sleep mechanisms: Evidence through elicitation of sleep onset REM periods", *J. Sleep Res.*, 10, 1, 2001, pp. 43-52; Hobson, J. A., Pace-Schott, E. F., "The cognitive neuroscience of sleep: Neuronal systems, consciousness and learning", *Nat. Rev. Neurosci.*, 3, 9, 2002, pp. 679-693; Mancia, M., "The dream between neuroscience and psychoanalysis", *Arch. Ital. Biol.*, 142, 4, 2004, pp. 525-531.

15 Véanse los desarrollos de Freud, el capítulo 5 "Les propriétés particulières du système inconscient" de su texto sobre el inconsciente, en Freud, S., "L'inconscient" [1915], *Métapsychologie*, París, Gallimard, col. "Idées", 1976, pp. 96-101.

placer. La plasticidad neuronal implica, por un lado, una relación de continuidad entre la experiencia y la huella y, por el otro, una discontinuidad que hace perder la correspondencia lineal con la experiencia inicial (figuras 11.6 y 12.2). Las huellas son mucho más dinámicas de lo que parece, y cuando una huella es reactivada, está sujeta a diferentes destinos: puede reforzarse y consolidarse, como en los procesos de aprendizaje; puede también volverse transitoriamente más frágil y lábil, y reasociarse a otras huellas[16] (véase también el capítulo 11). Esta reasociación de huellas desembocará entonces en la constitución de nuevas huellas, nuevas asambleas de neuronas, que serán conectadas de manera facilitada unas a otras para formar una nueva representación (figuras 11.4, 11.6 y 12.2). Los procesos de reasociación, por lo tanto, introducen una discontinuidad respecto de las huellas primarias. Es así como, de manera totalmente paradójica, la inscripción de una huella y su reasociación con otras pueden separar de la experiencia y crear esa discontinuidad que contribuye a producir lo inconsciente. En otras palabras, el inconsciente freudiano sería para nosotros el producto de esta discontinuidad.

Con el objeto de ilustrar esta idea de reasociación, tomemos como metáfora los diferentes reacondicionamientos que puede padecer una ciudad. Ya hemos hablado en el capítulo precedente

16 Nader, K., Hardt, O., "A single standard for memory: The case for reconsolidation", *Nature Review Neuroscience*, 10, 2009, pp. 224-234; Dudai, Y., "Reconsolidation: The advantage of being refocused", *Curr. Opin. Neurobiol.*, 16, 2, 2006, pp. 174-178; Alberini, C. M., "Mechanisms of memory stabilization: Are consolidation and reconsolidation similar or distinct processes?", *Trends Neurosci.*, 28, 1, 2005, pp. 51-56; Sara, S. J., "The locus coeruleus and noradrenergic modulation of cognition", *Nat. Rev. Neurosci.*, 10, 3, marzo de 2009, pp. 211-223; McGaugh, J. L., "Memory: A century of consolidation", *Science*, 2000, 287, 5451, pp. 248-251; Tronel S., Milekic M. H., Alberini C. M., "Linking new information to a reactivated memory requires consolidation and not reconsolidation mechanisms", *PloS. Biol.*, 3, 9, 2005, e293.

del templo de Mitra, que se transforma en basílica San Clemente por el lado de una recomposición secuencial, pero es también el caso de algunas ciudades norteamericanas donde edificios antiguos, por ejemplo de mediados del siglo XIX, están integrados a construcciones contemporáneas para una función determinada. Es lo que ocurre a menudo con los grandes hospitales norteamericanos; por ejemplo, en el Massachusetts General Hospital de Boston, el edificio que albergaba el hospital oftalmológico a mediados del siglo XIX fue agrandado, mientras que otros edificios eran o bien integrados, o bien destruidos. Al final, el conjunto es heterogéneo, pero no excluye la armonía, asociando diferentes elementos arquitectónicos de diferentes épocas en una sola y misma superficie. Estos reacondicionamientos que mantienen lo antiguo para integrarlo a lo nuevo pueden ayudarnos a comprender mejor el fenómeno de asociación de huellas por las cuales elementos antiguos son integrados a nuevos, sin que pueda percibirse el trayecto de la huella inicial. ¿Según qué principios tuvo lugar esta reasociación? En otros términos, ¿cuál es el factor que hace que elementos de una huella determinada vengan a asociarse con elementos de otra huella? Nuestra idea es que esta reasociación de huellas opera según lo que Freud definió como el principio de placer, en particular según la manera en que entra en juego en el juicio de atribución[17] (véase el capítulo 12, figura 12.4).

Si retomamos las diferentes definiciones del inconsciente freudiano (figura 13.1), está ese primer inconsciente que se halla en relación directa con la experiencia, que Freud define como latente (*unbemerkt*,[18] inadvertido, no observado por la concien-

17 Freud, S., "La négation" [1925], *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, vol. II, pp. 135-139.

18 Véase este término de *unbemerkt* en la nota del capítulo 1 –"Consciente e inconsciente"– que, a nuestro juicio, pasa inadvertida en la traducción francesa, cuando precisamente subraya la diferencia entre el no-consciente y

cia) y que él designa con el término de preconsciente: en ciertos aspectos, podría corresponder al inconsciente cognitivo de las neurociencias contemporáneas, es decir, a ese inconsciente formado de representaciones que no llegan a la conciencia.

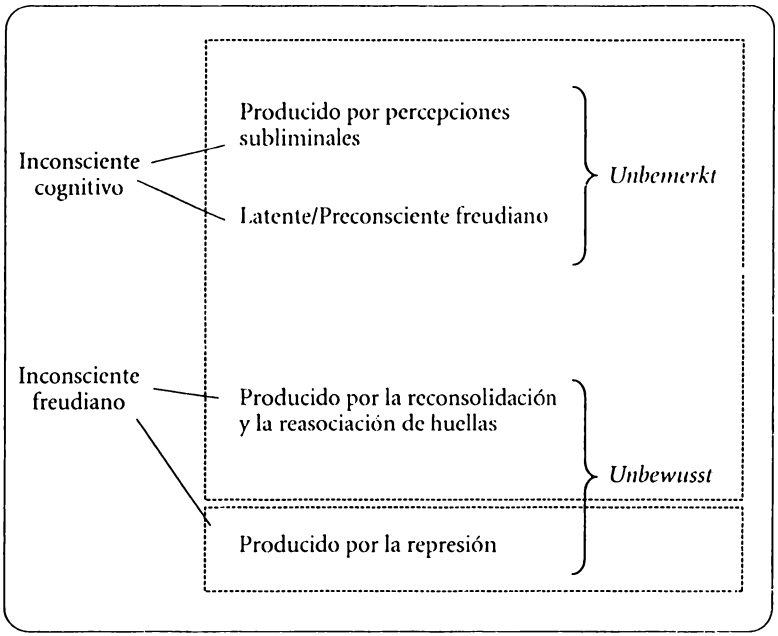


Figura 13.1. Distinción entre los diversos inconscientes propuestos por las neurociencias y la teoría psicoanalítica.

Pero Freud distingue radicalmente el inconsciente (*Unbewusst*) del preconsciente. Para la formación del inconsciente, supone un mecanismo específico que él llama represión. La represión[19]

el inconsciente propiamente dicho, en el sentido freudiano: Freud, S., "L'inconscient" [1915], *op. cit.*, pp. 250-251.

19 Freud, S., "Le refoulement" [1915], *Métapsychologie, op. cit.*, pp. 45-63.

constituiría un mecanismo protector del sujeto por el cual movimientos pulsionales perturbadores pueden permanecer desconocidos. Se trata también de un mecanismo por el cual recuerdos desagradables son rechazados sin que el sujeto tenga conciencia de ellos, según el predominio del principio de placer.

Añadiéndose al inconsciente producido por la represión, Freud postuló un tercer inconsciente. ¿Por qué tercero? Porque finalmente definió tres instancias: el preconsciente (*Unbemerkt*), el inconsciente (*Unbewusst*) producido por la represión y otro inconsciente resultante de un mecanismo diferente. Para este tercer inconsciente, Freud no sugiere ningún mecanismo de formación y no aclara su importancia en la economía global de los procesos inconscientes,[20] al tiempo que afirma claramente su existencia sobre la base del hecho de que si todo lo reprimido es inconsciente, no todo el inconsciente está constituido por lo reprimido.[21]

En nuestra tentativa de elaboración del inconsciente freudiano, justamente querríamos proponer que los datos recientes de las neurociencias que muestran la existencia de reasociaciones de huellas por reconsolidación participan en la producción de ese tercer inconsciente (figura 11.6). Mediante este mecanismo de reconsolidación y reasociación de huellas se crean nuevas representaciones que, al tiempo que integran elementos de la experiencia original, son distintas de esta última. El tercer inconsciente procedería así de la discontinuidad introducida por la reasociación de huellas. La existencia de esta discontinuidad implicaría

20 Freud, S., "Le moi et le ça" [1923], *op. cit.*, pp. 247-253.

21 *Ibid.*, pp. 247-253; véase también Freud, S., "L'inconscient" [1915], *op. cit.*, p. 65: "Todo lo reprimido tiene que permanecer inconsciente, pero queremos dejar sentado desde el comienzo que lo reprimido no recubre todo lo inconsciente. Lo inconsciente abarca el radio más basto; lo reprimido es una parte de lo inconsciente" [trad. esp. cit.: "Lo inconsciente", *Obras completas*, vol. XIV, 2000, p. 161].

también que el inconsciente freudiano, o por lo menos su componente constituido por la reasociación de huellas, no es un sistema de memoria.

Bajo la presión del principio de placer, las huellas pueden reasociarse de diferentes maneras. Freud distinguió la condensación y el desplazamiento. Con el término "condensación",[22] Freud designa la posibilidad de asociar entre sí elementos de huellas dejadas por experiencias diferentes integrándolos en una nueva huella única (figura 13.2). La "condensación" es un proceso por el cual una representación única integra diferentes cadenas representativas. Se conoce el lugar central que es reconocido a este proceso en el trabajo del sueño o en otras manifestaciones del inconsciente que participan en la formación de síntomas. Representaciones diversas R_1, R_2 y R_3 –o fragmentos de cada una–, asociadas a un estado somático S, pueden en efecto ser "condensadas" en una representación R_n, que las integra a todas, quedando ésta asociada al estado somático S (figura 13.2).

Otro mecanismo que Freud también discute es el "desplazamiento":[23] un estado somático S asociado a una representación R_1 resulta desplazado y asociado a una representación R_2 (figura 13.3). Un ejemplo típico nos lo da la fobia no justificada de objetos neutros, como la fobia a los animales: según nuestro modelo, el estado somático asociado a la representación en juego sería objeto por lo tanto de un "desplazamiento" sobre el animal, lo que es más soportable que la representación de marras.

La represión, la condensación, el desplazamiento, lo vemos, son mecanismos que de manera indirecta mantienen una continuidad de huella en huella. Mediante ese artificio que son el

22 Freud, S., "Le travail de la condensation", *L'Interprétation du rêve* [1900], *Œuvres complètes*, París, PUF, 2003, pp. 321-348.

23 *Ibid.*, pp. 349-353.

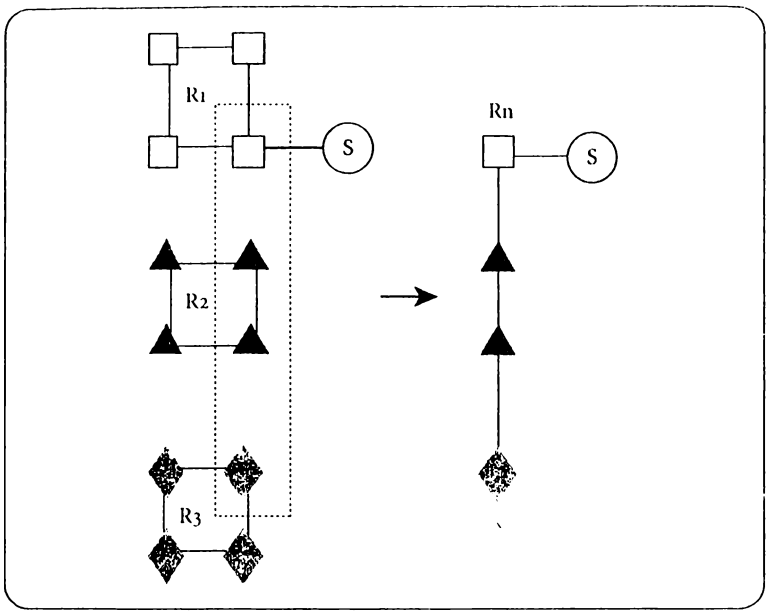


Figura 13.2. Representación esquemática del proceso de condensación.

desplazamiento y la condensación, la representación conflictiva, aunque apartada, sigue siendo sin embargo determinante. En cambio, el "tercer inconsciente" rompe la continuidad. Es también una versión muy importante de tener en cuenta por lo que respecta al inconsciente. Es también la hipótesis que Lacan parece seguir cuando afirma: "La discontinuidad es, pues, la forma esencial en que se nos aparece en primer lugar el inconsciente".[24]

Para resumir, si el preconsciente, *Unbemerkt*, es finalmente un no-consciente en el sentido propio del término, quedan por tanto dos inconscientes: *Unbewusst*, el producido por la repre-

24 Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro XI: *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse* [1964], París, Seuil, 1973, p. 28 [trad. esp. cit.: *El Seminario*, Libro 11: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, *op. cit.*, p. 33].

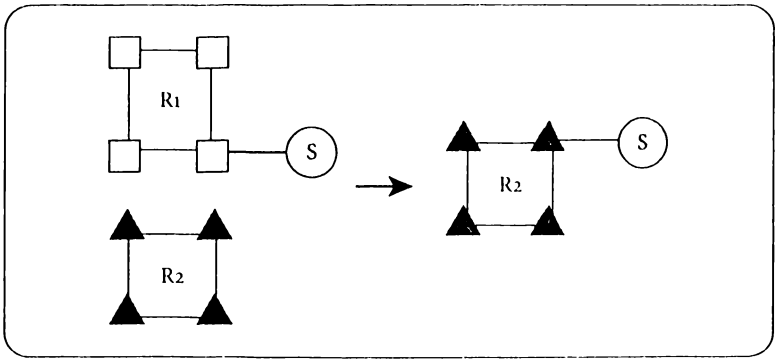


Figura 13.3. Representación esquemática del proceso de desplazamiento.

sión, y el que nosotros proponemos como procedente de la discontinuidad a través de la reasociación de huellas (figuras 11.6, 12.2 y 13.1). ¿Hay que hacer entonces un lazo con los dos tipos de inconsciente que el mismo Lacan distinguió, el inconsciente *automaton* y el inconsciente *tuché*?[25] El inconsciente *automaton* es el producido por la represión, que impone sus determinaciones, sus repeticiones; el inconsciente *tuché*, por el contrario, es un inconsciente no realizado, abierto sobre el porvenir, lo imprevisto, la sorpresa, la invención. Desde nuestro punto de vista puede ser visto en efecto como el tercer inconsciente freudiano que procede de la discontinuidad. El inconsciente *tuché* sería así un inconsciente poiético, de potencialidades creativas.[26]

Terminaremos aquí subrayando que, a nuestro juicio, cada una de estas dimensiones del inconsciente da paso a prácticas

25 Lacan, J., *ibid.*, cap. II: "L'inconscient freudien et le nôtre", y cap. V: "Tuché et automaton", pp. 21-30.

26 Deberían añadirse aquí las lecturas que hace de esto Jacques-Alain Miller con las oposiciones que él declina a lo largo de su enseñanza entre el inconsciente repetición y el inconsciente sujeto o entre el inconsciente transferencial y el inconsciente real.

distintas de la palabra en análisis. Cuando lo que es latente (el preconsciente) habría que llevarlo a la conciencia, el inconsciente reprimido, por su parte, se interpretaría, mientras que el tercer inconsciente de Freud, o el inconsciente *tuché* lacaniano, se utilizaría para dar paso a un cambio por vía de discontinuidad. Una discontinuidad es potencialmente instaurada por el proceso del tercer inconsciente, que deja abierto el campo de los posibles.

14
Las partes inferiores del iceberg
El costo energético de lo viviente

En este libro hemos querido explorar dos mecanismos fundamentales en la constitución del sujeto: la plasticidad neuronal y los procesos homeostáticos. La plasticidad desempeña un papel en la inscripción de la experiencia y a través de la reasociación de huellas, produciendo como vimos, de manera paradójica, una discontinuidad. Los procesos homeostáticos atañen en primer plano a los estados somáticos S, detectados por los sistemas interoceptivos, que están asociados a las representaciones R producidas por las asambleas de neuronas. Como vimos, de la tensión entre R y S resulta la pulsión que se descarga para mantener la homeostasis. Plasticidad y procesos homeostáticos son dos mecanismos en juego de manera permanente en el devenir específico de cada uno. Están tomados en la materialidad de lo viviente y a partir de entonces tienen repercusiones concretas en el plano energético. Es la ocasión de revisitar de una nueva manera la concepción freudiana que, en el centro de la cuestión del placer, pone parámetros energéticos, en que el aumento de excitación corresponde a un displacer y su descarga a un placer.

La energética es una noción de primer plano en biología; también es central en la teoría psicoanalítica, que se dedicó a distinguir el punto de vista tópico (es decir, el de las instancias inconsciente, preconsciente, consciente), el punto de vista dinámico (la dimensión conflictiva en la formación de los sínto-

mas) y, justamente, el punto de vista energético que, en Freud, está ligado a la cuestión del placer, por el sesgo de la descarga de la excitación.

Los procesos mentales, tal como aparecen por ejemplo gracias a la imagen cerebral, no pueden ser reducidos únicamente a la activación por estímulos procedentes del mundo externo, ya que no sólo existe una actividad basal importante del cerebro que resulta, entre otros, del tratamiento *off line* de los estímulos que recibe, sino también de las activaciones procedentes del cuerpo, de lo viviente que recibe nuestro cerebro.[1] Este último punto es esencial para nuestro propósito, puesto que concierne a la cuestión del displacer –más aun, al más allá del principio de placer– asociado al exceso de lo viviente.

Un hecho sorprendente de la fisiología del cerebro es su enorme consumo de energía. Aunque no representa más que el 2% de la masa corporal, el cerebro consume entre un quinto y un cuarto de la energía utilizada por el organismo en su conjunto.[2] ¿Serían las neuronas más golosas que los músculos? ¿Terminadas entonces las salas de musculación y de fitness? ¿Terminados los olores de transpiración? ¿Terminado el jogging? Para conservar la línea ¿no tendríamos otra cosa que hacer que reflexionar más? ¿Hagamos trabajar nuestras sinapsis y hete aquí que los michelines desaparecen? Claro que no, sería demasiado bello. En efecto, nuestro cerebro consume el 90% de su energía en condiciones llamadas "basales", es decir, cuando tenemos los ojos cerrados, las orejas tapadas y estamos extendidos en una

1 Raichle, M. E., "Two views of brain function", *Trends Cogn. Sci.*, 14, 4, 2010, pp. 180-190.

2 Magistretti, P., "Low-cost travel in neurons", *Science*, 325, 5946, 2009, pp. 1349-1351; Magistretti, P., "Brain energy metabolism", en Squire, L., Berg, D., Bloom, F. E., Du Lac, S., Ghosh, A., Spitzer, N. (eds.), *Fundamental neuroscience*, 3ª ed., Nueva York, Academic Press, 2008, pp. 271-293.

cama sin pensar en nada. Hacer un cálculo complicado, mover una mano, declamar una poesía aumentarán a lo sumo un 10%, localmente y por un tiempo limitado a la duración de la acción, el consumo de energía de las regiones cerebrales implicadas en estas funciones.[3] Hay que olvidar la idea de adelgazar gracias al ejercicio mental.

De hecho, nuestro cerebro es como un motor que girara en forma permanente a 6.000 revoluciones por minuto y que, ocasionalmente y por un tiempo limitado, pasara a 7.000 revoluciones. Para permanecer consciente, necesita un aporte energético permanente: una pequeña disminución de apenas algunos puntos del flujo sanguíneo que le aporta sus carburantes, la glucosa y el oxígeno, y se pierde el conocimiento. Pero ¿para qué sirve este consumo de energía desmesurado? Numerosos estudios mostraron que más del 80% es utilizado para la transferencia de informaciones entre neuronas.[4] Recordemos aquí que los 100.000 millones de neuronas contenidas en nuestro cerebro se comunican entre sí en el nivel de las sinapsis y que al estar conectada cada neurona a otras por alrededor de 10.000 sinapsis, existen en total 10^{15} sinapsis en el nivel de las cuales nuestras neuronas intercambian señales.[5],[6]

3 Magistretti, P., *De la synapse à l'image. Leçons inaugurales du Collège de France*, París, Collège de France/Fayard, 2008; Alle, H., Roth, A., Geiger, J. R., "Energy-efficient action potentials in hippocampal mossy fibers", *Science*, 325, 5946, 2009, pp. 1405-1408.

4 Magistretti, P., "Low-cost travel in neurons", *op. cit.*

5 Magistretti, P., *De la synapse à l'image*, *op. cit.*

6 Raichle, M. E., Mintun, M. A., "Brain work and brain imaging", *Annu. Rev. Neurosci.*, 29, 2006, pp. 449-476. Aunque estas técnicas hayan sido desarrolladas en el curso del último cuarto de siglo, debemos a un eminente neurofisiólogo inglés, Charles Sherrington, la formulación de un principio fundamental de la fisiología cerebral, a saber, el de la existencia de los mecanismos que garantizan el acoplamiento entre la actividad de las neuronas y el flujo sanguíneo local, es decir, el suministro de energía. Sherrington firma

La energética del sistema nervioso, que se designa como neuroenergética, nos ilustra en cuanto a los mecanismos celulares que son detectados por las técnicas de imagen cerebral.[7] Estas nuevas técnicas son particularmente instructivas para estudiar los correlatos neurobiológicos de la plasticidad, de los procesos homeostáticos y su lazo con el binomio placer-displacer que son indisociables. A partir de entonces conviene compararlos más de cerca, en sus principios generales.

Estas señales son vehiculizadas en el nivel de las sinapsis por moléculas que se llaman neurotransmisoras, de las cuales es la principal el glutamato. El glutamato liberado por una neurona ejerce su efecto sobre una o varias otras que interactúan con un receptor, un poco como una llave abriría una cerradura (figura 14.1). Abre así un canal, una "puerta", a través de la cual se precipitan cargas eléctricas. La comunicación es por tanto de naturaleza química entre las neuronas (neurotransmisores liberados en la sinapsis) y eléctrica en el interior de la neurona (cargas eléctricas). Contrariamente a la corriente eléctrica que se utiliza

---

junto con Roy un artículo publicado en 1890 en los primeros números del venerable *Journal of Physiology*. El artículo, titulado "On the regulation of the blood supply of the brain" (De la regulación del flujo sanguíneo en el cerebro), describe una serie de experiencias llevadas a cabo en conejos sobre los cuales fue practicada una ventana craneana de algunos centímetros justo por encima del córtex somatosensorial, una de las regiones cerebrales donde son tratadas las estimulaciones táctiles. Esta ventana, del tipo de aquellas practicadas todavía hoy en el hombre en neurocirugías, permite a nuestros dos investigadores visualizar los vasos sanguíneos en la superficie del cerebro, sobre todo mientras los experimentadores llevan a cabo una estimulación táctil. A partir de estas observaciones llegan a la siguiente conclusión: "El cerebro posee un sistema intrínseco por el cual el flujo sanguíneo puede ser variado localmente en relación con las variaciones locales de la actividad funcional". No cabe duda alguna de que estas observaciones, que se remontan a fines del siglo XIX, suministraron el marco experimental para el desarrollo de las técnicas de imagen cerebral funcional.

7 Magistretti, P., *De la synapse à l'image*, *op. cit.*

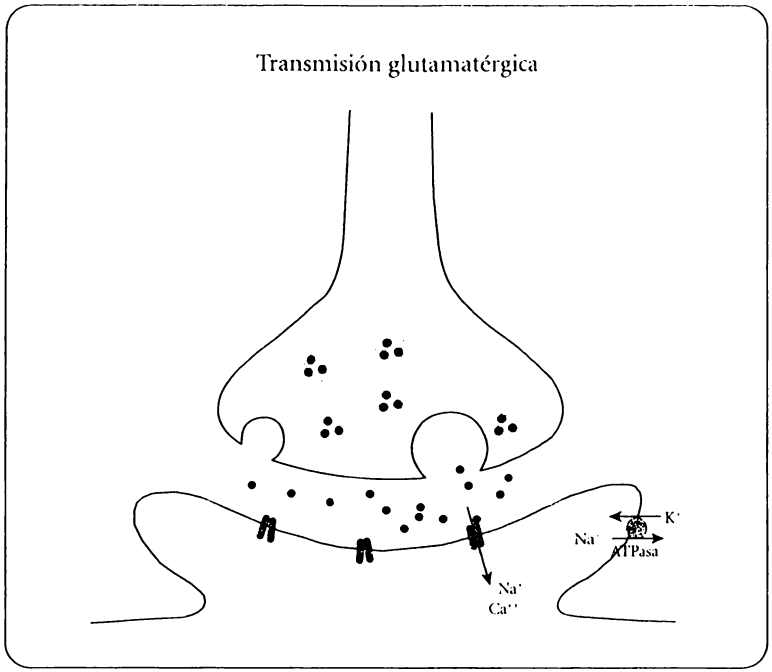


Figura 14.1. Representación esquemática de la neurotransmisión mediada por el glutamato. Obsérvese aquí el hecho de que el sodio (Na) que entra en la neurona postsináptica es remitido al exterior por la actividad de una bomba (ATPasa) que consume energía. Otros mecanismos, que implican igualmente demandas energéticas, mantienen la homeostasis del calcio (Ca) que es también perturbada por la transmisión glutamatérgica.

en nuestras casas, las cargas que llevan la corriente no son electrones, sino iones. Por ejemplo, el cloruro de sodio, constituido por un ion cloro que transporta una carga negativa y un ion sodio que transporta una carga positiva. Cuando el glutamato se une a su receptor, entra sodio en la neurona-blanco (en algunos casos habrá también otro ion, el calcio, que también

transporta cargas positivas) y engendra una señal eléctrica. Como la concentración de sodio y de calcio es más elevada en el exterior que en el interior de la neurona, estos iones siguen por tanto una "pendiente" que las hace ir hacia el compartimento donde la concentración es más débil, el interior de la neurona.

No obstante, se plantea un problema: como cada neurona es "bombardeada" a cada instante por millares de moléculas de glutamato, que desencadenan una entrada de cargas positivas, fácilmente se imagina uno que ese gradiente va a disiparse rápidamente y que esa "pendiente", que favorece la entrada de sodio y calcio en el interior de la neurona, va a desaparecer. Felizmente, existen mecanismos que restablecen esos gradientes devolviendo regularmente hacia el exterior de la neurona los iones que habían entrado bajo el efecto del glutamato. Mantèner esos gradientes es también mantener la vida, mantener los potenciales de lo viviente. Y es ahí, en el nivel de ese proceso, donde se hace el lazo entre la actividad de las neuronas y el consumo de energía. En efecto, estos mecanismos de restablecimiento de los gradientes cuestan energía, mucha energía, y están activos en forma permanente. Como si en una pequeña embarcación entrara agua y el marino sin descanso debiera vaciarla a baldazos para no zozobrar. Esto es lo que hacen en forma permanente las "bombas" presentes en las neuronas, que no eyectan agua, sino iones.

Como todos los procesos celulares, estas bombas utilizan ATP (adenosina trifosfato) como carburante, que es fabricado por las células a partir de la glucosa y del oxígeno aportados por el flujo sanguíneo. Según las estimaciones realizadas a partir de datos experimentales, el costo energético de una sinapsis sería de 3×10^9 moléculas ATP/neurona/segundo, lo que implica un consumo energético considerable. La actividad eléctrica y química de cada neurona, en la base de los procesos de señalización y de tratamiento de la información por el cerebro, es por tanto

un proceso costoso en energía, que es utilizada de algún modo para "recargar" en forma permanente las "baterías" neuronales.

Pero ¿por qué todos estos detalles? Porque la glucosa y el oxígeno, a partir de lo cual se fabrica el ATP necesario para el mantenimiento de la actividad de las neuronas, son justamente los dos parámetros medidos por las técnicas de imagen cerebral, que permiten visualizar la marcha de lo viviente. Lo que está en juego en este capítulo, en efecto, es dialectizar el placer con los mecanismos que lo sustentan. En cambio, no se trata de reducir el placer a dichos mecanismos, así como no se reduciría el amor a los mecanismos somáticos que le están asociados. No se trata de hacer una neofrenología del placer con una cartografía de las zonas implicadas. Más bien se trata de captar los mecanismos celulares en juego. Es posible acumular imágenes de actividad cerebral durante el placer y el displacer: ellas no nos informan sobre los procesos celulares que están en su base. No es haciendo un mapeado como se va a comprender la implicación de lo viviente en el placer.

El principio de constancia y el principio de inercia propios de la teoría freudiana podrían ser revisitados a la luz de estos datos. En efecto, en estos principios se encuentra la noción de costo energético de lo viviente y de procesos homeostáticos que apuntan a restablecer un nivel basal constante. Allí también se aprecia la naturaleza dinámica de los procesos propios de lo viviente.[8] En la teoría freudiana, el placer corresponde a la descarga de la excitación. En vista de lo que precede, podría decirse que el costo energético del placer reside más bien en el restablecimiento de las condiciones que permiten la descarga. En efecto,

8 Assoun, P. L., "De la dynamique à l'économique. Le modèle Fechnero-Helmhotzien", en *Introduction à l'épistémologie freudienne*, París, Payot, 1981, pp. 145-187.

lo que cuesta, en términos celulares, no es la actividad de la neurona, sino más bien el mantenimiento de la potencialidad de estar activo, por tanto el restablecimiento de las condiciones que permiten la excitabilidad de la neurona. Lo que cuesta energía es la recarga más que la descarga. En términos freudianos, son los principios de constancia (mantenimiento de la excitabilidad) y de inercia (restablecimiento de la excitabilidad según la neuroenergética) los que cuestan energía.[9] Somos conscientes de los niveles lógicos diferentes que estamos relacionando, por un lado con el costo energético que permite la descarga de la actividad neuronal, y por el otro con la exigencia de una descarga de la excitación propia de la realización del placer en la concepción freudiana. Para nosotros, lo que cuenta es apuntar a la naturaleza dinámica de los procesos energéticos en juego en los dos niveles lógicos. Esta concepción dinámica de la energética y del placer parece autorizarnos a que nos arriesguemos en ese lazo. No se trata de suministrar explicaciones definitivas, sino más bien de iniciar un razonamiento alrededor de la intuición freudiana de los principios de constancia y de inercia, con los procesos que propone la biología contemporánea en torno de los procesos homeostáticos. Lo que cuesta es la recarga. En todo caso, la neuroenergética contemporánea encuentra las intuiciones y los razonamientos freudianos de manera inesperada, para ir al encuentro de los enigmas del placer.

Otro aspecto sorprendente de la actividad cerebral es que las neuronas son activas incluso cuando el cerebro está en estado llamado "basal", es decir, cuando el sujeto no recibe ninguna es-

9 Se comprueba por lo tanto que, para el principio de constancia, hay una convergencia entre la hipótesis freudiana y la neuroenergética contemporánea. En cambio, para el principio de inercia, la hipótesis freudiana de la descarga de la excitación es más bien considerada en términos neuroenergéticos como un restablecimiento de la excitabilidad.

timulación sensorial ni está comprometido en ninguna actividad motriz o de reflexión. Son las técnicas de imagen cerebral funcional las que nos informan sobre este punto. Todo el mundo está familiarizado hoy con las imágenes producidas por estas técnicas, ya sea la tomografía con emisión de positrones (TEP) o la imagen por resonancia magnética funcional (IRMf) que permiten visualizar las regiones cerebrales activadas para una tarea determinada, ya sea sensorial, motriz o abstracta. Pronuncien algunas palabras y la TEP revelará por ejemplo la activación de una región del lóbulo temporal, el área de Broca; esta área "se encenderá" rubricando así su movilización en esta tarea. Lo que es quizá menos conocido por los no especialistas es que dichas técnicas detectan, no la actividad eléctrica o química de las neuronas, sino el consumo de energía ligado a su "trabajo", es decir, al trabajo de las "bombas" que recargan las baterías neuronales.[10] Lo esencial es ante todo el mantenimiento de una constancia, lo que es producto de la vida. La descarga realmente tiene lugar, pero el costo energético está ligado al retorno a la homeostasis celular. Este mantenimiento es también una de las versiones del mantenimiento de la vida, que la materia propia de lo viviente esté "animada".[11] Así como el trabajo muscular está acoplado al aumento del flujo sanguíneo y a la disponibilidad de sustratos energéticos en forma de glucosa y de oxígeno, la activación de las neuronas es consumidora de más energía. Lo que detectan las técnicas de imagen funcional son esas señales ligadas con el consumo de energía, por tanto de glucosa y de oxígeno liberados por el flujo sanguíneo.[12]

Como vimos más arriba, el cerebro no está únicamente activo cuando efectuamos una tarea motriz, cognitiva, o experimentamos

10 Magistretti, P., *De la synapse à l'image*, *op. cit.*

11 Tal vez por eso Freud tenía razón de ver la pulsión de muerte como un retorno a lo inanimado.

12 Magistretti, P., *De la synapse à l'image*, *op. cit.*

una sensación o una emoción que pueden ser visualizadas por las técnicas de imagen funcional en el curso de paradigmas llamados de activación. Estos abordajes que tanto contribuyeron al avance de nuestros conocimientos, en particular en el campo de las neurociencias cognitivas, mediante la identificación de regiones particularmente implicadas en tal o cual proceso mental, utilizan con sobrada razón protocolos de sustracción. Así, mediante algoritmos apropiados, se sustraen las imágenes obtenidas en condición "basal" de aquellas obtenidas durante la activación, poniendo de manifiesto las regiones implicadas en el paradigma examinado.

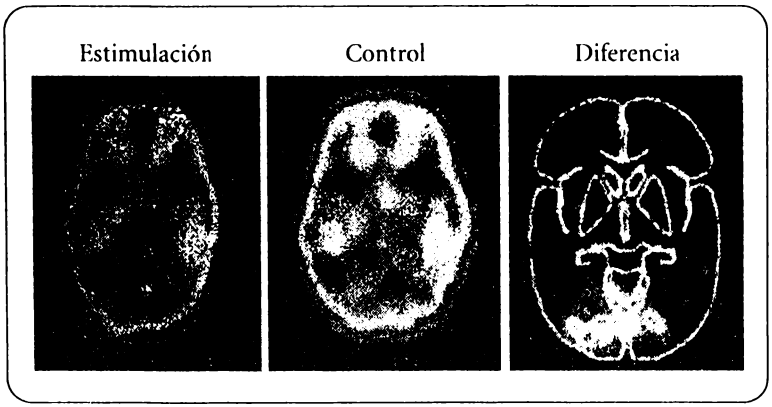


Figura 14.2. Las imágenes producidas por las técnicas de imagen cerebral funcional resultan de procedimientos de sustracción de una actividad basal muy importante, las "partes inferiores del iceberg".

Los aumentos locales de flujo sanguíneo, de consumos de glucosa o de oxígeno asociados a la activación que es detectada por las técnicas de imagen funcional corresponden a cambios del orden del 10% a lo sumo. Por lo tanto, resta el enigma del consumo de energía basal por el cerebro que corresponde al 90% de su consumo total. ¿Es esto una pista para captar el enigma del placer?

¿Cuáles son pues los mecanismos que operan en condición basal y cuál es su función? Pueden evocarse diversas posibilidades para dar cuenta de esta importante actividad basal. Volvamos un instante a la comunicación entre las neuronas. Hemos hablado del papel del glutamato como molécula de señalización en el nivel de la sinapsis. Haciendo entrar cargas positivas (sodio y calcio), el glutamato activa las neuronas; en términos neurofarmacológicos, se diría que el glutamato es liberado a sinapsis excitadoras que constituyen alrededor del 80% de las sinapsis del sistema nervioso. Como en la mayoría de los sistemas biológicos, un "acelerador" (el efecto excitador del glutamato) es contrabalanceado por un "freno". ¿Cuál es ese freno para las neuronas? Se trata de otro neurotransmisor liberado por 15% de las sinapsis del cerebro, el ácido gamma-aminobutírico, o GABA. Como el glutamato, este último actúa sobre receptores específicos (las claves) que abren canales (las puertas) permeables a un ion, el cloro, que transporta cargas negativas, que por tanto pueden contrabalancear las cargas positivas transportadas por el sodio y el calcio. Cada neurona del sistema nervioso recibe en forma permanente señales excitadoras e inhibidoras en las sinapsis que utilizan respectivamente el glutamato y el GABA. Estas señales están integradas en el nivel de cada neurona: si la excitación predomina, esta neurona activará a otras que forman parte del mismo circuito de neuronas; si, por el contrario, predomina la inhibición, la actividad global de un circuito neuronal determinado disminuirá. La actividad global de la red de neuronas resulta de un sutil equilibrio entre excitación e inhibición.[13]

Tomemos el caso frecuente en que predomina la actividad inhibidora: el circuito involucrado no será activado desde el

13 Buzsáki, G., Kaila, K., Raichle, M., "Inhibition and brain work", *Neuron*, 56, 5, 2007, pp. 771-783.

punto de vista eléctrico pero, paradójicamente, lo será desde el punto de vista del consumo de energía. En efecto, los gradientes iónicos del sodio, del calcio y del cloro habrán sido disipados por el glutamato y el GABA liberados simultáneamente en las sinapsis excitadoras e inhibidoras que convergen sobre las neuronas del circuito. Las "bombas" de iones van a activarse y consumir energía, incluso en ausencia de señal eléctrica. Aquí podría retomarse la analogía del motor del auto. Imaginemos que usted esté al volante y apriete a fondo y en forma simultánea los pedales del acelerador y el freno: su auto no avanzará, pero consumirá gasolina. ¿Con qué objeto?, dirá usted. Optimizar la velocidad de ejecución. En el deporte automotor, esta modalidad es regularmente utilizada en las carreras en que vehículos con motores rutilantes son inmovilizados en una línea de partida, con los frenos bloqueados y el acelerador a fondo; el objetivo es realizar la aceleración más rápida en un centenar de metros, tras haber "soltado" el freno. De la misma manera, para los circuitos neuronales, el equilibrio entre excitación e inhibición, entre "freno" y "acelerador", permitiría movilizar instantáneamente un circuito neuronal levantando la inhibición. El precio que hay que pagar por esta disponibilidad sería un costo energético elevado en condición basal.[14]

Pero este equilibrio dinámico permanente entre excitación e inhibición no aporta más que una explicación parcial al consumo de energía en condición basal y pueden evocarse otros mecanismos, sobre todo aquellos relacionados con los modos de funcionamiento del cerebro visibles gracias a la imagen funcional. Primero, el modo de la activación: el cerebro está entonces *en línea*, ya sea sobre una estimulación procedente del mundo exterior, o sobre una actividad motriz, o bien incluso sobre una

14 Magistretti, P., *De la synapse à l'image*, *op. cit.*

operación mental que efectúa el sujeto, y la imagen funcional revela las regiones cerebrales empeñadas en estas tareas en función de una señal de activación. Como la experiencia, ya sea sensorial, motriz o puramente mental, deja una huella en la red neuronal gracias a los mecanismos de la plasticidad, podrían definirse los procesos de plasticidad como correspondientes a un modo de funcionamiento cerebral *off line*, implicando procesos desencadenados por la percepción, pero desfasados en el tiempo y que se despliegan como consecuencia de una estimulación, incluso cuando esta última ha cesado: la información sigue siendo tratada *off line*.

Los mecanismos de la plasticidad neuronal ponen en juego toda una serie de procesos celulares y moleculares ligados, entre otros, a la actividad de canales iónicos, a la activación de enzimas, a la regulación de diversos genes y hasta a modificaciones microestructurales de las sinapsis.[15] Y todo indica que estos procesos ligados a la plasticidad sináptica tienen un costo energético que les es propio y que es independiente de los costos ligados a la actividad *en línea* del cerebro. Conviene observar aquí que algunas regiones del cerebro son más activas cuando no se emprende ninguna estimulación o actividad que movilice una modalidad particular. Estas regiones parecen constituir una red particularmente activa cuando el cerebro está *off line* (sin estimulación sensorial, ninguna actividad motriz o cognitiva). Esta red fue definida como el *default network*, una suerte de actividad "por defecto", basal del cerebro.[16] La significación de este modo

15 Yoshihara, Y., De Roo, M., Muller, D., "Dendritic spine formation and stabilization", *Curr. Opin. Neurobiol.*, 19, 2, 2009, pp. 146-153.

16 Raichle, M. E., Snyder, A. Z., "A default mode of brain function: A brief history of an evolving idea", *Neuroimage*, 37, 4, 2007, pp. 1083-1090; discusión: pp. 1097-1099.

de actividad sigue siendo todavía enigmática, pero tal vez esté ligada a los mecanismos de plasticidad sináptica.

Así, nuestro cerebro es modificado en forma permanente por la experiencia, poniendo en juego mecanismos de la plasticidad que participan por ello en el consumo de energía en condición basal, en la medida en que esos mecanismos operan en forma permanente y por fuera de la activación en línea del cerebro. La imagen que a menudo se toma para figurar esta actividad basal *off line* es la del iceberg. En esta imagen, la activación no representa más que la punta del iceberg del consumo de energía, mientras que la parte sumergida, mucho más importante, representaría el consumo basal. Pero hay más, ya que nuestro cerebro no recibe únicamente estimulaciones del mundo externo, por el sesgo de lo que la neurofisiología define como el sistema exteroceptivo (por ejemplo, los sistemas visual, auditivo, olfativo, somatosensorial); está igualmente el sistema interoceptivo, y nuestro cerebro es "bombardeado" en forma permanente por estimulaciones que proceden del interior del cuerpo, a partir de las vísceras (por ejemplo, el sistema digestivo, el sistema cardiovascular), de los músculos y de las articulaciones. Sin contar los niveles de hormonas y otras moléculas que, presentes en la circulación, son detectadas a cada instante.[17]

Así, nuestro cerebro recibe en forma permanente informaciones sobre el estado del cuerpo; esto es lo que hemos llamado la lectura por el cerebro de los "estados somáticos". El cuerpo, lo viviente, nos "habla" por lo tanto en forma permanente, aunque no lo oigamos, ya que las percepciones vehiculizadas por el sistema interoceptivo permanecen en su mayoría inaccesibles a

17 Craig, A. D., "Interoception: The sense of the physiological condition of the body", *Current Opinion in Neurobiology*, 13, 4, 2003, pp. 500-505; y "How do you feel – now? The anterior insula and human awareness", *Nature Reviews Neuroscience*, 10, 1, 2009, pp. 59-70.

la conciencia. ¿Quién tiene conciencia del estado de su bazo o de su colon ascendente? Por lo que respecta a la vejiga, uno sólo se acuerda de ella cuando está llena, nada más. Sin embargo, toda percepción, consciente o no, activa el sistema nervioso y en consecuencia hace aumentar el consumo de energía. Por lo tanto, nos parece razonable postular que esta actividad permanente del sistema interoceptivo comprende un costo energético que interviene en el consumo basal de energía por el cerebro. Para retomar nuestra imagen, en términos energéticos, la parte sumergida del iceberg sería producida por procesos neruronales *off line* ligados a la plasticidad neuronal, a la interocepción y a los procesos homeostáticos que le son subyacentes.

Estos procesos están en juego en la constitución del inconsciente freudiano, *Unbewusst*. Nosotros proponemos que el estudio de la dinámica de la actividad basal cerebral, tal y como nos es revelada por la imagen funcional, podría ser un medio de explorar el inconsciente en obra en el curso de una cura analítica. En efecto, realmente se trata de una dinámica. El inconsciente puede ser visto no sólo como un sistema de huellas que se impone de manera determinante, sino como el movimiento de una discontinuidad dinámica, dando paso a lo que aún no se realizó, que podría ser reflejado por el estudio de los costos energéticos asociados a la actividad basal.

Epílogo
La salida

A todo lo largo de este libro tomamos como hilo conductor la comprobación que puede hacer cualquiera, a saber, que la vida no es una partida de placer. Cuando todo está dado para que ésta pueda transcurrir adecuadamente, para que sea posible un acceso al placer, hete aquí que uno se pone a ingeniárselas para caer en sus propias trampas, a encerrarse en ellas, a poner todo en juego, en contra de su voluntad, para desembocar en el displacer. Peor aun, en ocasiones uno se pone a repetir lo que conduce al displacer, como si estuviera tomado por un placer en el displacer. Esta paradoja alimentó la interrogación de los humanos en todas sus formas de expresión. Los medios contemporáneos cultivan el efecto de las malas noticias, de las que cabría preguntarse por qué producen tanto placer, por qué provocan semejante atracción.

Que uno sea consciente de esta trampa no por fuerza permite salir de ella. Placer y displacer se combinan de una manera enigmática que desemboca en el malestar tanto individual como colectivo. Cuando uno trata de salir del malestar, a menudo vuelve a caer en él. Si uno quiere reducirlo a través de la puesta en juego de una racionalidad dominada, éste puede retornar en otra forma. La conciencia del problema no suministra las claves de una salida. Hay que admitir por fuerza que hay aquí algo que nos supera, que se juega en un plano que no es accesible a nuestra conciencia. Las cosas se juegan también en otra escena, in-

consciente: es en esta otra escena donde el psicoanálisis hace su entrada. Hay que ver el psicoanálisis como una tentativa de captar lo que permanece inasible a través de una deliberación consciente. El atolladero debe ser descifrado, como se descifra una adivinanza. Explicitando los anudamientos de la vida inconsciente, en ocasiones se abre la posibilidad de encontrar una salida.

Pero este proceder, como se sabe, a menudo dista de ser suficiente. A veces uno está más preocupado por sus síntomas que por sí mismo. Como si éstos nos sirvieran para algo. ¿Para qué? ¿Para qué goce? Lo hemos desarrollado largamente en este libro: uno puede permanecer apegado a lo que nos hace sufrir por una fuerza enigmática, que va contra el principio de placer, que Freud ubicó como una compulsión a la repetición, una compulsión a poner en juego el displacer, en contra de su bien. Es así como un análisis apunta también a cortar el sistema en el que está entrampado el sujeto: a cortar su sistema de goce.

Sea como fuere, el desafío de un psicoanálisis es la salida. El psicoanálisis no está hecho para dejar que el sujeto se encierre en sus propias construcciones, en el sentido que él produce, en los meandros del desciframiento de su historia. Por el contrario, el psicoanálisis apuesta al corte, va hacia la libertad, da paso a la invención, de manera que cada uno encuentre su propia solución. En un psicoanálisis, cada uno puede fabricarse de una manera renovada, más allá de lo que lo determina, más allá de aquello en lo cual él mismo se ha entrampado. El psicoanálisis procede a una limpieza. Si hay una interpretación que descifra, también hay una interpretación que corta, que hace que uno se suelte, que se alivie, que se libere, que se vuelva "indeductible" respecto de lo que era, finalmente capaz de placer.

A partir de este corte, cada uno puede reinventarse, diferente. Aunque lo haga apoyándose en lo que era, es para ir hacia una salida que le es propia, que es el único que puede descubrir.

Nadie puede conocer el bien del sujeto en su lugar. Cada uno es único y diferente. Es esta singularidad lo que está en juego en cada análisis. Es un trabajo de salida, en que el sujeto juega diferentemente de lo que lo constituye, en que lo utiliza de una nueva manera, para reinventarse, a través de un acto creativo, poiético, que siempre debe volver a empezar.

Unicidad y diferencia: neurociencias y psicoanálisis convergen alrededor de estos dos ejes que constituyen lo propio de la singularidad. Por la discontinuidad surgida de las reasociaciones de huellas y por las potencialidades abiertas por la posibilidad de un cambio permanente, cada uno puede advenir diferente de lo que era, recrearse. Por lo menos, podría hacerlo de no ser por esas fuerzas que por el contrario lo llevan, a su pesar, hacia el displacer, conducido por una compulsión a la repetición que lo arrastra más allá del principio de placer.

Hay una paradoja con la huella: hemos intentado mostrarla a todo lo largo de esta obra. En efecto, la huella es a la vez un factor de continuidad y un factor de discontinuidad. Ella se encuentra en la encrucijada entre lo viviente y el lenguaje, entre el estado somático y la representación. En esto es un tope tanto para las neurociencias como para el psicoanálisis.

La cuestión central en psicoanálisis, el desafío del acto analítico, de la intervención del analista, de la interpretación, es dar paso a una salida en un efecto de creación. Como en la creación musical, es preciso algo que corte, un acto, pero también es preciso algo que una, que permita permanecer sujeto a una historia al tiempo que la modifica. Entre dos notas, todo puede dar un vuelco: una creación que entra en lo inesperado, la sorpresa.[1] El acontecimiento que se realiza en una creación musical

1 Cada instante es crucial. Sobre eso apuesta también el acto analítico. En el instante, todo puede dar un vuelco y cambiar; en el instante hay un desafío

–entre dos notas– es una buena metáfora de lo que un sujeto puede crear en su vida, cuando ésta se vuelve su creación, su invención o, más modestamente, su bricolaje. Así, cada uno de nosotros puede hacer su camino y volverse potencialmente tanto creador como destructor, según sus elecciones, según los movimientos de la cultura en los cuales se encuentra cautivo. Y si lo está, también puede salir, deshacerse de su destructividad, para recuperar la vida, en sus otras versiones fuera de aquella de la destrucción. ¡A cada cual su cerebro, a cada cual su invención, a cada cual hacer frente al enigma que lo constituye y encontrar, crear, sus propias soluciones más allá del malestar contemporáneo o de aquel en el que se ha metido él mismo! Realmente, ése es el desafío de un psicoanálisis.

de creación, ya que toda creación descansa en las potencialidades del instante, del "no-espacio-tiempo", para retomar la expresión de Hannah Arendt (Arendt H., *La Crise de la culture*, prefacio, París, Gallimard, "Folio/Essais", 1972, p. 24 [trad. esp.: *Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Barcelona, Ediciones Península, 1996.]), tan elocuente en su aplicación a lo que enseña la plasticidad. El instante abre a lo nuevo: ya sea a partir del espacio entre dos notas o en la vida, entre lo que es y lo que será, o incluso en un análisis a través del acto analítico que puede venir a hacer un corte en lo que era, en lo que no deja de repetirse, para dar paso finalmente a una nueva salida.

Bibliografía

Adorno, T. W., "Schönberg et le progrès", *Philosophie de la nouvelle musique*, París, Gallimard, "Tel", 1962 [trad. esp.: *Filosofía de la nueva música*, Madrid, Akal, 2003].

Agamben, G., *Enfance et histoire* [1978], París, Payot & Rivages, 2000.

Alberini, C. M., "Mechanisms of memory stabilization: Are consolidation and reconsolidation similar or distinct processes?", *Trends. Neurosci.*, 28, 1, 2005, pp. 51-56.

—, "Transcription factors in long-term memory and synaptic plasticity", *Physiol. Rev.*, 89, 1, 2009, pp. 121-145.

Alle, H., A. Roth, J. R. Geiger, "Energy-efficient action potentials in hippocampal mossy fibers", *Science*, 325, 5946, 2009, pp. 1405-1408.

Allman, J. M., N. A. Tetreault, A. Y. Hakeem, K. F. Manaye, K. Semendeferi, J. M. Erwin, S. Park, V. Goubert, P. R. Hof, "The von Economo neurons in frontoinsular and anterior cingulate cortex in great apes and humans", *Brain Struct. Funct.*, 214, 5-6, 2010, pp. 495-517. EPUB, 29 de mayo de 2010.

Ansermet, F., *Clinique de l'origine*, Lausana, Payot, 1999.

—, "Ce que la psychanalyse peut apprendre aux neurosciences", *Lettre mensuelle, École de la cause freudienne*, 271, 2008, pp. 4-7.

—, "Trace et objet, entre neurosciences et psychanalyse", *La Cause freudienne*, 71, 2009, pp. 170-174.

Ansermet, F. y P. Magistretti, *À chacun son cerveau*, París, Odile Jacob, 2004 [trad. esp.: *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2006].

Assoun, P.-L., *Dictionnaire des œuvres psychanalytiques*, París, PUF, 2009.

—, *Introduction à l'épistémologie freudienne*, París, Payot, 1981.

Baars, B. J., "Global workspace theory of consciousness: Toward a cognitive neuroscience of human experience", *Prog. Brain Res.*, 150, 2005, pp. 45-53.

Bataille, G., *Histoire de l'œil*, París, Éditions Jean-Jacques Pauvert, 1967 [trad. esp.: *Historia del ojo*, Barcelona, Tusquets, 1986].

Bear, M., M. A. Paradiso, B. W. Connors, *Neuroscience: Exploring the brain*, 2ª ed., Filadelfia, Lippincott Williams & Wilkins, 2001 [trad. esp.:

Neurociencia: explorando el cerebro, Barcelona, Masson-Williams & Wilkins, 1999].

Bergson, H., *Matière et mémoire. Essai sur la relation du corps à l'esprit* [1939], París, PUF, 1965.

Braitenberg, V., A. Schüs, *Cortex: Statistics and geometry of neuronal connectivity*, Berlín, Springer, 1998.

Buzsáki, G., A. Draguhn, "Neuronal oscillations in cortical networks", *Science*, 304, 5679, 2004, pp. 1926-1929.

Buzsáki ,G., K. Kaila, M. Raichle, "Inhibition and brain work", *Neuron*, 56, 5, 2007, pp. 771-783.

Camus, *L'Étranger*, París, Gallimard, 1942.

Carhart-Harris, R. L., K. J. Friston, "The default-mode, ego-functions and free-energy: A neurobiological account of Freudian ideas", *Brain*, 133, (Pt 4), 2010, pp. 1265-1283.

Centonze, D., A. Siracusano, P. Calabresi, G. Bernardi, "Long-term potentiation and memory processes in the psychological works of Sigmund Freud and in the formation of neuropsychiatric symptoms", *Neuroscience*, 130, 3, 2005, pp. 559-565.

—, "The Project for a scientific psychology (1895): A Freudian anticipation of LTP memory connection theory", *Brain Res. Rev.*, 46, 3, 2004, pp. 310-314.

Cleeremans, A., "Consciousness: The radical plasticity thesis", *Prog. Brain Res.*, 168, 2008, pp. 19-33.

Cowey, A., P. Stoerig, "The neurobiology of blindsight", *Trends Neurosci.*, 14, 4, 1991, pp. 140-145.

Craig, A. D., "Interoception: The sense of the physiological condition of the body", *Current Opinion in Neurobiology*, 13, 4, 2003, pp. 500-505.

—, "How do you feel-now? The anterior insula and human awareness", *Nature Reviews Neuroscience*, 10, 1, 2009, pp. 59-70.

—, "How do you feel? Interoception: The sense of the physiological condition of the body", *Nature Reviews Neuroscience*, 3, 8, 2002, pp. 655-666.

Damasio, A. R., "The somatic marker hypothesis and the possible functions of the prefrontal cortex", *Philosophical Transactions of the Royal Society of London. Series B, Biological Science*, 351, 1346, 1996, pp. 1413-1420.

—, *L'erreur de Descartes*, París, Odile Jacob, 1995 [trad. esp.: *El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano*, Barcelona, Crítica, 1996].

Dechambre, V., P. Dusapin, S. Cottet, F. Ansermet, "Pascal Dusapin, composer avec la vie", *La Cause freudienne*, 70, 2008, pp. 213-228.

Dehaene, S., L. Naccache, "Towards a cognitive neuroscience of consciousness: Basic evidence and a workspace framework", *Cognition*, 79, 2001, pp. 1-37.

Dehaene, S., J.-P. Changeux, L. Naccache, J. Sackur, C. Sergent, "Conscious, preconscious, and subliminal processing: A testable taxonomy", *Trends Cogn. Sci.*, 10, 5, 2006, pp. 204-211.

Del Cul, A., S. Baillet, S. Dehaene, "Brain dynamics underlying the non-linear threshold for access to consciousness", *PloS. Biol.*, 5, 10, 2007, p. e260.

Dijksterhuis, A., M. W. Bos, L. F. Nordgren, R. B. Van Baaren, "On making the right choice: The deliberation-without-attention effect", *Science*, 311, 5763, 2006, pp. 1005-1007.

Dragoi, G., G. Buszaki, "Temporal encoding of place sequences by hippocampal cell assemblies", *Neuron*, 50, 1, 2006, pp. 145-157.

Driver, J., P. Vuilleumier, "Perceptual awareness and its loss in unilateral neglect and extinction", *Cognition*, 79, 1-2, 2001, pp. 39-88.

Dudai, Y., "Reconsolidation: The advantage of being refocused", *Curr. Opin. Neurobiol.*, 16, 2, 2006, pp. 174-178.

Foucault, M., "La vie: l'expérience et la science", 1985, *Dits et Écrits*, París, Gallimard, 1994, vol. IV.

Freud S., "Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hystériques", París, Édition Notes, extraído de los *Archives de Neurologie*, 1893, 77, pp. 29-43 [trad. esp.: "Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas", *Obras completas*, vol. I, trad. de J. L. Etcheverri, Buenos Aires, Editorial Amorrortu].

—, "Esquisse d'une psychologie scientifique", 1895, *La Naissance de la psychanalyse*, París, PUF, 1956 [trad. esp.: "Proyecto de psicología", *Obras completas*, vol. I].

—, "Lettre à Wilhelm Fliess du 6 décembre 1896", *La Naissance de la psychanalyse* [trad. esp.: "Fragmentos de la correspondencia con Fliess", *Obras completas*, vol. I].

—, "Lettre à Wilhelm Fliess du 21 septembre 1897", en Freud S., *La Naissance de la psychanalyse, op. cit.*

—, "L'interprétation du rêve", 1900, *Œuvres complètes*, París, PUF, 2004, vol. IV [trad. esp.: "La interpretación de los sueños", *Obras completas*, vol. IV].

—, *La Psychopathologie de la vie quotidienne*, 1901, París, Gallimard, 1997 [trad. esp.: "Psicopatología de la vida cotidiana", *Obras completas*, vol. VI].

—, *Le Mot d'esprit et sa relation avec l'inconscient*, 1905, París, Gallimard, "Connaissance de l'inconscient", 1988 [trad. esp.: "El chiste y su relación con lo inconciente", *Obras completas*, vol. VIII].

—, "Remarques sur un cas de névrose obsessionnelle: l'homme aux rats", 1909, *Cinq Psychanalyses*, París, PUF, 1954 [trad. esp.: "A propósito de un caso de neurosis obsesiva", *Obras completas*, vol. X].

—, "Sur la psychanalyse", 1910, *Cinq Conférences*, París, Gallimard, 1991 [trad. esp.: "Cinco conferencias sobre psicoanálisis", *Obras completas*, vol. XI].

—, "Formulations sur les deux principes du cours des événements psychiques", 1911, *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1984 [trad. esp.: "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico", *Obras completas*, vol. XII].

—, "L'intérêt de la psychanalyse", 1913, *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1984, t. I [trad. esp.: "El interés por el psicoanálisis", *Obras completas*, vol. XIII].
—, "Considérations actuelles sur la guerre et sur la mort", 1915, *Essais de psychanalyse*, París, Payot, "Petite Bibliothèque Payot", 1981 [trad. esp.: "De guerra y muerte. Temas de actualidad", *Obras completas*, vol. XIV].
—, "L'inconscient", 1915, *Métapsychologie*, París, Gallimard, "Idées", 1976 [trad. esp.: "Lo inconciente", *Obras completas*, vol. XIV].
—, "Pulsions et destins des pulsions", 1915, *Métapsychologie*, París, Gallimard, Col. "Idées", 1976 [trad. esp.: "Pulsiones y destinos de pulsión", *Obras completas*, vol. XIV].
—, "Le refoulement", 1915, *Métapsychologie*, París, Gallimard, "Idées", 1976 [trad. esp.: "La represión", *Obras completas*, vol. XIV].
—, *Une difficulté de la psychanalyse* (1917), *L'Inquiétante Étrangeté*, París, Gallimard, 1985 [trad. esp.: "Una dificultad del psicoanálisis", *Obras completas*, vol. XVII].
—, "Au-delà du principe de plaisir", 1920, *Essais de psychanalyse*, París, Payot, "Petite Bibliothèque Payot", 1981 [trad. esp.: "Más allá del principio de placer", *Obras completas*, vol. XVIII].
—, "Psychologie des foules et analyse du moi", 1921, *Essais de psychanalyse*, París, Payot, "Petite Bibliothèque Payot", 1981 [trad. esp.: "Psicología de las masas y análisis del yo", *Obras completas*, vol. XVIII].
—, "Le moi et le ça", 1923, *Essais de psychanalyse*, París, Payot, "Petite Bibliothèque Payot", 1981 [trad. esp.: "El yo y el ello", *Obras completas*, vol. XIX].
—, "Le problème économique du masochisme", 1924, *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973 [trad. esp.: "El problema económico del masoquismo", *Obras completas*, vol. XIX].
—, "La négation", 1925, *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, t. II [trad. esp.: "La negación", *Obras completas*, vol. XIX].
—, "Note sur le Bloc-notes magique", 1925, *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, t. II [trad. esp.: "Nota sobre la 'pizarra mágica'", *Obras completas*, vol. XIX].
—, *Inhibition, symptôme et angoisse*, 1926, París, PUF, 1973 [trad. esp.: "Inhibición, síntoma y angustia", *Obras completas*, vol. XX].
—, *L'Avenir d'une illusion*, 1927, París, PUF, 1980 [trad. esp.: "El porvenir de una ilusión", *Obras completas*, vol. XXI].
—, *Malaise dans la civilisation*, 1929, París, PUF, 1971 [trad. esp.: "El malestar en la cultura", *Obras completas*, vol. XXI].
—, "Pourquoi la guerre ?" (correspondencia con Albert Einstein en 1932, publicada por la Sociedad de Naciones en 1933), *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, t. II [trad. esp.: "¿Por qué la guerra?", *Obras completas*, vol. XXII].
—, "Construction dans l'analyse" [1937], *Résultats, idées, problèmes*, París, PUF, 1985, t. II [trad. esp.: "Construcciones en el análisis", *Obras completas*, vol. XXIII].

Freud, S., Breuer J., *Études sur l'hystérie*, 1895, París, PUF, 1973 [trad. esp.: "Estudios sobre la histeria", *Obras completas*, vol. II].

Fuster, J. M., "The cognit: A network model of cortical representation", *Int. J. Psychophysiol.*, 60, 2, 2006, pp. 125-132.

Gazzaniga, M. S., R. B. Ivry, G. R. Mangun, *Cognitive neuroscience: The biology of the mind*, Oxford University Press, 2008.

Gross, C. G., "Genealogy of the Grandmother cell", *The Neuroscientist*, 8, 2002, pp. 512-518.

Hassin, R. R., J. S. Uleman, J. A. Bargh (eds.), *The new unconscious*, Oxford University Press, 2006.

Hebb, D. O., "Neurons which fire together, wire together", *The organization of behavior*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1949 [trad. esp.: *Organización de la conducta*, Barcelona, Debate, 1985].

Hobson, J. A., E. F. Pace-Schott, "The cognitive neuroscience of sleep: Neuronal systems, consciousness and learning", *Nat. Rev. Neurosci.*, 3, 9, 2002, pp. 679-693.

Hofmannsthal, H. von, *Lettre de Lord Chandos*, París, Payot & Rivages, Col. "Rivages poche/Petite bibliothèque", 2000 [trad. esp.: *Carta de Lord Chandos*, Baleares, José de Olañeta, 2007].

Hohwy, J., A. Roepstorff, K. Friston, "Predictive coding explains binocular rivalry: An epistemological review", *Cognition*, 108, 3, 2008, pp. 687-701.

James, W., *Précis de psychologie* [1890], París, Les Empêcheurs de penser en rond, 2003.

—, *The principles of psychology* [1890], Nueva York, Dover, 1950.

Kihlstrim, J. F., "The cognitive unconscius", *Science*, 18, 237 (4821), 1987, pp. 1445-1452.

Koob, G. F., M. Le Moal, "Addiction and the brain antireward system", *Annual Review of Psychology*, 59, 2008, pp. 29-53.

—, "Plasticity of reward neurocircuitry and the dark side of drug addiction", *Nat. Neurosci.*, 8, 11, 2005, pp. 1442-1444.

—, "Review. Neurobiological mechanisms for opponent motivational processes in addiction", *Philos. Trans. R. Soc. Lond. B. Biol. Sci.*, 363, 1507, 2008, pp. 3113-3123.

Kouider, S., S. Dehaene, "Levels of processing during non-conscious perception: A critical review of visual masking", *Philos. Trans. R. Soc. Lond. B. Biol. Sci.*, 362, 1481, 2007, pp. 857-875.

Krafft Ebing, R. von, *Psychopathia sexualis*, 1886, París, Payot, 1932 [trad. esp.: *Psychopathia sexualis*, Valencia, La Máscara, 2000].

Kuhn, T. S., *La Structure des révolutions scientifiques*, 1970, París, Flammarion, 1983 [trad. esp.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2005].

Kundera, M., *La Valse aux adieux*, París, Gallimard, "Folio", 1995 [trad. esp.: *La despedida*, Barcelona, Tusquets, 2005].

La Boétie, E. de, *Le Discours de la servitude volontaire*, París, Payot, 1976 [trad. esp.: *El discurso de la servidumbre voluntaria*, trad. de V. G., Buenos Aires, Editorial Superabundans Haut, 2006].

Lacan, J., *Le Séminaire*, Libro II, *Le Moi dans la théorie de Freud et dans la technique de psychanalyse, 1954-1955*, París, Seuil, 1978 [trad. esp.: *El Seminario*, Libro 2, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós].

—, *Le Séminaire*, Libro III, *Les Psychoses*, 1955-1956, París, Seuil, 1981 [trad. esp.: *El Seminario*, Libro 3, *Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós].

—, *Le Séminaire*, Libro IV, *La Relation d'objet*, 1956-1957, París, Seuil, 1994 [trad. esp.: *El Seminario*, Libro 4, *La relación de objeto*, Buenos Aires, Paidós].

—, "Fonctions de la psychanalyse en criminologie", 1956, *Écrits*, París, Seuil, 1966 [trad. esp.: *Escritos*, Buenos Aires/México, Siglo XXI, 2001].

—, "La psychanalyse vraie, et la fausse", 1958, *Autres Écrits*, París, Seuil, 2001 [trad. esp.: *Suplemento de escritos*, Barcelona, Argot, 1984].

—, *Le Séminaire*, Libro V, *Les Formations de l'inconscient*, 1957-1958, París, Seuil, 1998 [trad. esp.: *El Seminario*, Libro 5, *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós].

—, *Le Séminaire*, Libro VII, *L'Éthique de la psychanalyse*, 1959-1960, París, Seuil, 1986 [trad. esp.: *El Seminario*, Libro 7, *La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós].

—, *Le Séminaire*, Libro X, *L'Angoisse*, 1962-1963, París, Seuil, 2004 [trad. esp.: *El Seminario*, Libro 10, *La angustia*, Buenos Aires, Paidós].

—, *Le Séminaire*, Libro XI, *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse*, 1964, París, Seuil, 1973 [trad. esp.: *El Seminario*, Libro 11, *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Barral].

—, "Résumé rédigé pour l'annuaire de l'École pratique des hautes études", 1965, *Le Séminaire*, Libro XI, *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse*, París, Seuil, 1973.

—, "La science et la vérité", 1966, *Écrits*, París, Seuil, 1966.

—, "Remarque sur le rapport de Daniel Lagache: psychanalyse et structure de la personnalité", 1961, *Écrits*, París, Seuil, 1966.

—, "Allocution sur les psychoses de l'enfant", 1967, *Autres Écrits*, París, Seuil, 2001.

—, *Le Séminaire*, Libro XVI, *D'un autre à l'autre*, 1968-1969, París, Seuil, 2006 [trad. esp.: *El Seminario*, Libro 16, *De un Otro a otro*, Buenos Aires, Paidós].

—, *Le Séminaire*, Libro XX, *Encore*, 1972-1973, París, Seuil, 1975 [trad. esp.: *El Seminario*, Libro 20, *Aun*, Buenos Aires, Paidós].

—, *Le Séminaire*, Libro XXIII, *Le Sinthome*, 1975-1976, París, Seuil, 2005 [trad. esp.: *El Seminario*, Libro 23, *El Sinthome*, Buenos Aires, Paidós].

Lau, H. C., R. E. Passingham, "Unconscious activation of the cognitive control system in the human prefrontal cortex", *J. Neurosci.*, 27, 21, 2007, pp. 5805-5811.

Laurent, É., *Lost in cognition. Psychanalyse et sciences cognitives*, Nantes, Cécile Defaut, 2008.

Le Bé, J. V., H. Markram, "Spontaneous and evoked synaptic rewiring in the neonatal neocortex", *Proc. Nat. Acad. Sci.*, 103, 35, 2006, pp. 13214-13219.

Lecadet, J., P. Vidal, B. Baris, N. Vallier, P. Fender, H. Allemand y el grupo Médipath, "Médicaments psychotropes: consommation et pratiques de prescription en France métropolitaine: 1 - Données nationales, 2000", *Rev. Med. Ass.-maladie*, 34, 2, 2003, pp. 75-84.

Magistretti, P., F. Ansermet (dirs.), *Neurosciences et Psychanalyse*, París, Odile Jacob/Collège de France, 2010.

Magistretti P., "Brain energy metabolism", en L. Squire, D. Berg, F. E. Bloom, S. Du Lac, A. Ghosh, N. Spitzer (eds.), *Fundamental neuroscience*, Nueva York, Academic Press, 2008, 3ª ed., pp. 271-293.

—, *De la synapse à l'image. Leçons inaugurales du Collège de France*, París, Fayard/Collège de France, 2008.

—, "Low-cost travel in neurons", *Science*, 325, 5946, 2009, pp. 1405-1408.

Mancia, M., "The dream between neuroscience and psychoanalysis", *Arch. Ital. Biol.*, 142, 4, 2004, pp. 525-531.

Markram, K., T. Rinaldi, D. La Mendola, C. Sandi, H. Markram, "Abnormal fear conditioning and amygdala processing in an animal model of autism", *Neuropsychopharmacology*, 33, 4, 2008, pp. 901-912.

Matsumoto, M., O. Hikosaka, "Two types of dopamine neuron distinctly convey positive and negative motivational signals", *Nature*, 459, 2009, pp. 837-841.

McGaugh, J. L., "Memory - A century of consolidation", *Science*, 287, 5451, 2000, pp. 248-251.

Miller, G., "L'acte sexuel comme acte manqué", *Lacan*, París, Bordas, 1987.

Miller J.-A., "Squizophrénie et paranoïa", *Quarto*, 2, 10, 1983, pp. 18-38.

—, "Quelques réflexions sur le phénomène psychosomatique", en *Le phénomène psychomoteur et la psychanalyse*, *Analytica*, 48, París, Navarin, 1986, pp. 113-126.

—, "Clinique ironique", *La Cause freudienne*, 1993, 23, pp. 7-13.

—, "Les six paradigmes de la jouissance", *La Cause freudienne*, 43, 1999, pp. 7-29.

—, "Biologie lacanienne et événements de corps", *La Cause freudienne*, 44, 2000, p. 47.

—, *Le Point*, 10 de abril de 2008, pp. 64-65.

Milner J.-C., *L'Amour de la langue*, París, Seuil, 1978.

—, *L'Œuvre claire*, París, Seuil, 1995.

Morris, R. G. *et al.*, "Elements of a neurobiological theory of the hippocampus: The role of activity-dependent synaptic plasticity in memory", *Philos. Trans. R. Soc. Lond. B. Biol. Sci.*, 358, 1432, 2003, pp. 773-786.

Müller, H., *Quartett*, París, Minuit, 2007.

Nader, K., O. Hardt, "A single standard for memory: The case for reconsolidation", *Nature Review Neuroscience*, 10, 2009, pp. 224-234.

Neves, G., S. F. Cooke, T. V. Blis, "Synaptic plasticity, memory and the hippocampus: A neural network approach to causality", *Ann. Rev. Neurosci.*, 9, 1, 2008, pp. 65-75.

Nielsen, T. A., "A review of mentation in REM and NREM sleep: Covert REM sleep as a possible reconciliation of two opposing models", *Behav. Brain Sci.*, 23, 6, 2000, pp. 851-866, discusión: pp. 904-1121.

Pasolini, P. P., *Saló o los 120 días de Sodoma*, film, 1975.

Pavese, C., *Le Métier de vivre*, París, Gallimard, "Du monde entier", 1958 [trad. esp.: *El oficio de vivir*, Barcelona, Seix Barral, 2008].

Peirce, C. S., *Écrits sur le signe*, París, Seuil, 1978.

Quignard, P., *La Leçon de musique*, París, Hachette, 1987 [trad. esp.: *La lección de música*, Barcelona, Versal, 1988].

Quiroga, R. Q., L. Reddy, G. Kreiman, C. Koch, I. Fried, "Invariant visual representation by single neurons in the human brain", *Nature*, 435, 7045, 2005, pp. 1102-1107.

Raichle, M. E., M. A. Mintun, "Brain work and brain imaging", *Annu. Rev. Neurosci.*, 29, 2006, pp. 449-476.

Raichle, M. E., A. Z. Snyder, "A default mode of brain function: A brief history of an evolving idea", *Neuroimage*, 37, 4, 2007, pp. 1083-1090; discusión: pp. 1097-1099.

Raichle, M. E., "Two views of brain function", *Trends Cogn. Sci.*, 14, 4, 2010, pp. 180-190.

Rees, G., "Neural correlates of the contents of visual awareness in humans", *Philos. Trans. R. Soc. Lond. B. Biol. Sci.*, 362, 1481, 2007, pp. 877-886.

Russo, S. J., D. M. Dietz, D. Dumitriu, J. H. Morrison, R. C. Malenka, E. J. Nestler, "The addicted synapse: Mechanisms of synaptic and structural plasticity in nucleus accumbens", *Trends Neurosci.*, 33, 6, 2010, pp. 267-276.

Safouan, M., *L'Échec du principe de plaisir*, París, Seuil, 1979.

Sakurai, Y., "How do cell assemblies encode information in the brain?", *Neurosci. Biobehav. Rev.*, 23, 6, 1999, pp. 785-796.

Sara, S. J., "The locus coeruleus and noradrenergic modulation of cognition", *Nat. Rev. Neurosci.*, 10, 3, 2009, pp. 211-223.

Saussure, Ferdinand de, "Troisième cours de linguistique générale, 1910-1911", *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 58, 2005.

Schönberg, A., *Correspondance, 1910-1951*, París, J.-C. Latès, 1983 [trad. esp.: *Cartas*, Madrid, Turner, 1987].

Seeley, W., "Anterior insula degeneration in frontotemporal dementia", *Brain Struct. Funct.*, 214, 2010, pp. 465-475.

Sjöström, P. J., E. A. Rancz, A. Roth, M. Häuser, "Dendritic excitability and synaptic plasticity", *Physiol. Rev.*, 88, 2, 2008, pp. 769-840.

Smith, R., "In search of non-diseases", *B. M. J.*, 324, 2002, pp. 883-885.
Snodgrass, M., H. Shevrin, "Unconscious inhibition and facilitation at the objective detection threshold: Replicable and qualitatively different unconscious perceptual effects", *Cognition*, 101, 1, 2006, pp. 43-79.
Soon, C. S., M. Brass, H. J. Heinze, J. D. Haynes, "Unconscious determinants of free decisions in the human brain", *Nat. Neurosci.*, 11, 5, 2008, p. 543.
Sutherland, G. R., B. McNaughton, "Memory trace reactivation in hippocampal and neocortical neuronal ensembles", *Curr. Opin. Neurobiol.*, 10, 2000, pp. 180-186.
Takeuchi, T., A. Miyasita, M. Inugami, Y. Yamamoto, "Intrinsic dreams are not produced without REM sleep mechanisms: Evidence through elicitation of sleep onset REM periods", *J. Sleep Res.*, 10, 1, 2001, pp. 43-52.
Tronel, S., M. H. Milekic, C. M. Alberini, "Linking new information to a reactivated memory requires consolidation and not reconsolidation mechanisms", *PloS. Biol.*, 3, 9, 2005, p. e293.
Tse D. *et al.*, "Schemas and memory consolidation", *Science*, 316, 5821, 2007, pp. 76-82.
Viskontas, I. V., R. Q. Quiroga, I. Fried, "Human medial temporal lobe neurons respond preferentially to personally relevant images", *Proc. Nat. Acad. Sci.*, 106, 50, 2009, pp. 21329-21334. EPUB, 1 de diciembre de 2009.
Vuilleumier, P., "Cognitive science: Staring fear in the face", *Nature*, 433, 7021, 2005, pp. 22-23.
Vuilleumier, P., G. Pourtois, "Distributed and interactive brain mechanisms during emotion face perception: Evidence from functional neuroimaging", *Neuropsychologia*, 7, 45(1), 2007, pp. 174-194.
Weiskrantz, L., "Blindsight revisited", *Curr. Opin. Neurobiol.*, 6, 2, 1996, pp. 215-220.
Yoshihara, Y., M. De Roo, D. Muller, "Dendritic spine formation and stabilization", *Curr. Opin. Neurobiol.*, 19, 2, 2009, pp. 146-153.